

Informe:

michael parenti

LA LUCHA DE LA CULTURA





kata
krak
liburuak

(+34) 948 225 520
Iruñea - Pamplona

LA LUCHA DE LA CULTURA

Michael Parenti

Editorial Hiru
Hondarribia
2007

Título original: *The Culture Struggle*
Originally published by
Seven Stories Press, New York, USA

Reservados todos los derechos.
Queda prohibido reproducir
total o parcialmente esta obra
por cualquier medio, sin permiso
previo de esta Editorial.

© Michael Parenti
© de la traducción: José Sastre
© de esta edición Argitaletxe HIRU, S.L.

Apartado de Correos 184
20280 HONDARRIBIA (Guipúzcoa)
e-mail: hiru@euskalnet.net
www.hiru-ed.com

Diseño de la colección: Eva Forest
Maquetación: Eva Sastre

Impresión: Gráficas Lizarra, S.L. (Estella-Navarra)
ISBN: 978-84-96584-12-9
Depósito Legal: NA-3673-2007

LA LUCHA DE LA CULTURA

Michael Parenti

Traducción del inglés:

José Sastre

Agradecimientos

Violetta Ettare, Richard Wiebe y Tobey Wiebe leyeron el manuscrito completo y me ofrecieron sus valiosos comentarios, así como Jenny Taylor, a quien está dedicado este libro. Mi editor en *Seven Stories*, Greg Ruggiero, fue de especial ayuda con su lectura experta del manuscrito, a la vez que siempre fue respetuoso con el estilo del autor y sus decisiones finales. Amanda Bellerby sacó tiempo de sus atareados días para colaborar en la investigación. Nick Weber me suministró una fuente de información importante. Emilie Parry me proveyó de información muy útil sacada de sus viajes. Peter Livingston y Willa Madden me ayudaron con los problemas de analfabetismo del ordenador, de los cuales yo tengo parte de culpa. Doy las gracias a todas estas amables personas.

INTRODUCCIÓN

Muchos de nosotros nos pasamos la vida intentando dar sentido al mundo en que vivimos. En nuestros momentos de más desánimo este esfuerzo puede parecerse inútil. Pero, lo hagamos de una manera más hábil o más torpe, intentar dar sentido a las cosas es lo que nos hace verdaderamente humanos. Y no importa lo imperfecto que pueda ser el esfuerzo, a veces puede ser satisfactorio al acercarnos más a la verdad y en cualquier caso siempre será mejor que la música celestial que pretenden hacernos escuchar con engaños aquellos que dominan la sociedad.

Una de las enseñanzas ideológicas más persistentes en los Estados Unidos es que nuestra sociedad está especialmente libre de enseñanzas ideológicas. La ideología es algo importado de tierras extrañas o que han introducido en nuestros hogares grupos supuestamente siniestros, como la “ideología comunista”. Sin embargo a los americanos se nos adoctrina sobre ciertos preceptos, como el patriotismo, el hombre rico hecho a sí mismo y la viabilidad rentable del mercado libre. También recibimos nociones sobre raza, clase y relaciones de género y sobre la distribución democrática-

ca del poder en nuestra sociedad pluralista. Mi opinión es que la mayoría de estas creencias son en sí mismas ideológicas. Sin embargo circulan ampliamente, permanecen libres de cualquier examen crítico y se considera que representan el orden natural de las cosas. Estas ideologías no surgen de forma espontánea, sino que las diseminan las instituciones dominantes de la sociedad. Sirven como instrumentos de control social. Por el contrario, los puntos de vista iconoclastas tienen una difusión limitada y generalmente se les considera como algo más allá de lo aceptable.

Para entender mejor la dinámica del gobierno autoritario de la sociedad no es suficiente estudiar la esfera de lo que prevalece políticamente. También debemos entender los desarrollos de la sociedad civil. En resumen, necesitamos entender el problema de la *cultura* así como el del poder. Para entender completamente lo que es la cultura necesitamos considerarla como un componente del poder social. Como se utiliza en este libro, la palabra "cultura" designa algo adicional al arte, la música y otros refinamientos de la *haute culture*. La cultura se refiere al panorama completo de las creencias y prácticas convencionales dentro de cualquier sociedad. En las páginas que siguen yo exploro los aspectos de la cultura que se manifiestan en los conflictos sociales, el género, la raza, la ciencia, la identidad sexual, las ideas de la Nueva Era, las percepciones personales y varios otros temas que van desde la vida diaria a lo esotérico.

Más que construir una teoría rigurosa y compleja, como en una monografía de ciencias sociales, presen-

to una serie de comentarios discursivos enlazados con asuntos que subyacen en la sociedad y llenos de ejemplos ilustrativos. Este libro está diseñado para que los lectores piensen sobre cosas que han estado indebidamente oscurecidas o son tan obvias que pueden pasarse fácilmente por alto.

**REFLEXIONES SOBRE
LA CULTURA**

LA POLÍTICA DE LA CULTURA

En las ciencias sociales académicas a los estudiantes se les enseña a pensar en la cultura como algo que representa las costumbres, los valores y las prácticas acumuladas por una sociedad, incluyendo su lenguaje, su arte, sus leyes y su religión. Tal definición suena muy bonita y neutral, pero la cultura es cualquier cosa menos neutral. Es algo más que nuestra herencia común, que el aglutinador social de nuestra sociedad. El pensador político del siglo XVIII, Edmund Burke, se refería a ella como el vínculo imponderable de consenso que mantiene unida a la sociedad. Pero la cultura además de ser un campo de consenso también lo es de conflicto. Mientras que algunos de sus atributos los comparten prácticamente todos los miembros de la sociedad, en otros no ocurre así. Muchas costumbres operan en beneficio de algunas personas en particular y en perjuicio de otras. En otras palabras, la cultura frecuentemente es algo que envuelve privilegios y desigualdades.

En el siglo XIX los alemanes acuñaron la palabra *Kulturkampf*, que con el tiempo pasó a la lengua inglesa, y que literalmente significa “lucha de la cultura”.

Se refería a los conflictos entre la iglesia y el estado por el control de la educación. Hoy día en los Estados Unidos hablamos de “guerra de culturas” para describir cómo segmentos de la cultura americana se han convertido en áreas de conflicto político.

La cultura no es una fuerza abstracta que flota en el espacio y se posa sobre nosotros, aunque dadas las formas aparentemente subliminales en que nos influye, a menudo nos podría parecer algo ubicuo e incorpóreo. En resumen, nosotros recibimos nuestra cultura a través de una estructura social, de una red de relaciones sociales que implican a otros grupos primarios, tales como la familia y otras asociaciones comunitarias o, como es cada vez más frecuente, a través de instituciones formales como las escuelas, los medios de información, las agencias del gobierno, los tribunales, las corporaciones, las iglesias y el ejército. Ligadas por compra o por persuasión a los intereses de los que dominan la sociedad, tales instituciones sociales se presentan engañosamente como políticamente neutrales, especialmente por parte de los que ocupan posiciones de mando dentro de ellas o se benefician de las mismas.

Mucho de lo que llamamos “nuestra cultura común” es realmente la transmisión selectiva de los valores de la elite dominante. Una sociedad construida sobre el trabajo de esclavos, por ejemplo, rápidamente desarrolla una cultura de autojustificación de la esclavitud, con sus propias leyes racistas, su ciencia, su mitología y sus predicamentos religiosos. De igual manera una sociedad basada en las grandes corpora-

ciones privadas desarrolla unos valores y creencias que presentan el sistema de los negocios como el modo óptimo y natural de organización social. Antonio Gramsci entendió todo esto cuando habló de *hegemonía cultural*, señalando que el estado es solo el “refugio externo tras el cual se encuentra un poderoso sistema de fortalezas y trincheras”,¹ una red de valores culturales e instituciones que normalmente no están pensadas como políticas, pero que sí lo son por su impacto.

Algunas partes de la cultura pueden ser compuestos neutrales de prácticas acumuladas, las “aglutinadoras de las relaciones sociales”, pero otras partes a menudo chocan con los verdaderos intereses de la sociedad. Cuando pensamos en “nuestra cultura común”, tendemos a disculpar tanto las divisiones de clase como las diferencias culturales que existen. Si la cultura define a un pueblo, a una sociedad, a una nación, ¿en qué grupo de gente y en qué subcultura dentro de esa nación estamos pensando? En los Estados Unidos, a través de gran parte del siglo XIX, los esclavistas y los abolicionistas adoptaron valores culturales que eran marcadamente distintos unos de otros, como ocurrió con los defensores de la supremacía masculina y las sufragistas femeninas.

Hay dos malentendidos que me gustaría señalar. El primero es la idea de que la cultura debe ser tratada como mutuamente exclusiva o incluso en competencia con la economía política. Un conocido mío que editaba un periódico socialista me comentó una vez: “Tú pones más énfasis en la economía, yo lo hago en

la cultura". Yo pienso que esta es una dicotomía errónea, ya que mi trabajo sobre los medios de información, la industria del entretenimiento, las instituciones sociales y la mitología política siempre ha estado profundamente referido tanto a la cultura como a la economía. De hecho uno no puede hablar inteligentemente sobre la cultura si no introduce también en algún punto la dinámica de la política económica y el poder social. Por esto es por lo que, cuando yo me refiero a la "política de la cultura", quiero decir algo más de lo que supone la última controversia respecto a la subvención federal a las artes.

El otro mito es que nuestras instituciones sociales son entidades autónomas no ligadas las unas con las otras. De hecho hay interconexión entre las subvenciones públicas y las privadas y elites corporativas que se solapan y que sirven a los consejos de gobierno de las universidades, colegios, escuelas privadas, museos, orquestas sinfónicas, a la industria de la música, escuelas de arte, bibliotecas, iglesias, periódicos, revistas, emisoras de radio y televisión, editoriales y fundaciones de caridad. Cualquiera que sea su subcultura institucional particular, generalmente comparten algún valor elitista común. Un columnista conservador llamado George Hill afirmó una vez que los radicales niegan la autonomía de la cultura. No completamente. Los radicales reconocen que pueden emerger fuerzas inesperadas y nuevos valores y prácticas culturales que se desarrollen entre la propia gente. Realmente yo me refiero a eso cuando digo que la cultura no es un producto fijo y acabado. No es que los radicales nie-

guen la autonomía de la cultura, es que reconocen la naturaleza condicional de esa autonomía.

Los profesionales y sus asociaciones ofrecen un ejemplo de la autonomía limitada de las prácticas culturales. Ya sean de antropólogos, politólogos, físicos, psiquiatras, médicos, abogados o bibliotecarios, sus asociaciones profesionales ponen énfasis en el compromiso de su independencia y nunca reconocen que están ligadas a la estructura social político-económica dominante. De hecho muchas de sus actividades más importantes están conformadas por intereses corporativos en un contexto social que cada vez tiene menos que ver con su propio hacer, como los médicos y enfermeras están descubriendo con sus problemas con la sanidad pública, o como los científicos que trabajan en proyectos subvencionados por las corporaciones o el Pentágono descubrieron hace mucho tiempo.

Generalmente los publicistas, eruditos y profesores pueden trabajar libremente solo en tanto se mantengan dentro de ciertos parámetros ideológicos. Cuando entran en territorio prohibido, manifestando o haciendo cosas iconoclastas, experimentan las restricciones estructurales impuestas a su subcultura profesional por la jerarquía social más elevada. Por dar un ejemplo: en 1996 Gary Webb, un periodista ganador del premio Pulitzer, hizo surgir un debate nacional con un artículo en el *San José Mercury News* que ligaba a la contra nicaragüense subvencionada por la CIA con el comercio de cocaína y crack en Los Ángeles y otras ciudades americanas². Rápidamente Webb sufrió un implacable ataque por parte de la prensa de la corriente principal,

que contó con fuentes del gobierno para dejar limpia a la CIA. La prensa le acusó de decir cosas que nunca dijo. Se cebaron con detalles menores en los que él no se había documentado completamente, mientras ignoraron la devastadora evidencia que surgió de su investigación.³ A pesar del descrédito que cayó sobre él, los artículos de Webb forzaron tanto a la CIA como al Departamento de Justicia a llevar a cabo investigaciones internas que, aunque tarde, le dieron la razón, demostrando que había relación entre la CIA y los traficantes de drogas y que el gobierno americano había ignorado regularmente estas conexiones. El inspector de la CIA, el General Frederick Hitz, informó de ello al Congreso en 1998, aunque en términos bastante descafeinados. El verdadero error de Webb no fue escribir falsedades, sino querer ir demasiado lejos en la verdad. Fue amenazado, denunciado, expulsado de su profesión e imposibilitado de volver a trabajar en un periódico importante. Como él lo describió:

“Si nos hubiéramos conocido cinco años antes, no podrían haber encontrado un defensor más firme de la industria del periodismo que yo... Estaba ganando premios y dinero, dando conferencias, aparecía en televisión y formaba parte de jurados de periodismo... Y entonces escribí algunas historias que me hicieron darme cuenta de lo tristemente equivocado que estaba. La razón por la que había disfrutado de tanto prestigio durante un tiempo no había sido, como yo presumía, por mi trabajo bueno,

cuidadoso y diligente... La verdad era que todos esos años yo no había escrito nada lo suficientemente importante como para ser censurado”.⁴

Gary Webb nunca soportó haber sido traicionado por muchos de sus compañeros periodistas. Sabía que su trabajo era digno de respeto y sin embargo continuó siendo tratado como un proscrito, incluso después de que su libro hubiera sido objeto de críticas favorables, lo cual debería haber eliminado las acusaciones que se le habían hecho anteriormente.⁵ En diciembre de 2004 se suicidó.

* * *

Los círculos más altos de la riqueza y el poder se resisten instintivamente ante cualquier presión hacia la igualdad social, no solo respecto al estatus económico, sino también respecto a lo que se ha llamado *política de identidad*, que tiene que ver con el género, la raza, el estilo de vida y la orientación sexual. Pero alguna vez los líderes aprenden a hacer algún acomodo limitado al tema de la identidad, e incluso consiguen ventajas de esas reformas. Las concesiones que hacen generalmente se refieren al estilo personal y operativo, dejando los intereses institucionales completamente intactos. Eso fue lo que ocurrió cuando las mujeres se quejaron del militarismo patriarcal y el

resultado no fue el final del militarismo, sino la emergencia de mujeres generales.

Al fin tenemos mujeres que son líderes políticos, ¿pero de qué calaña? Lynn Cheney, Elizabeth Dole, Margaret Thatcher, Jean Kirkpatrick y, justo cuando algunos de nosotros nos estábamos recuperando de Madeleine Albright, nos encontramos con Condolezza Rice (que además satisface otra concesión de identidad política al ser afro-americana). No es accidental que este tipo de mujer conservadora tenga más probabilidad de alcanzar altos puestos de gobierno en las administraciones conservadoras. Mientras que permanecen indiferentes o incluso son hostiles al movimiento feminista, las mujeres de derechas no renuncian a sus beneficios.

En resumen, la cultura es algo cambiante y en evolución. Y una de las mayores fuerzas que conforman su desarrollo es el poder de los intereses. Estos intereses generalmente son capaces de mantener su hegemonía mientras que hacen alguna concesión marginal y limitada para seguir controlando a la sociedad.

EXPLICACIONES CULTURALES

Enseñados a pensar en la cultura como un conjunto de antiguas prácticas y tradiciones, podemos cometer el error de pensar que no es algo fácilmente modificable. De hecho cuando las condiciones sociales y los intereses cambian, gran parte —aunque ciertamente no toda— de la cultura se modifica.

Durante casi cuatrocientos años las elites ricas de América Central fueron católicas romanas devotas, una adscripción religiosa que se decía estaba profundamente enraizada como parte de su cultura. Entonces, a finales de la década de 1970, en Nicaragua y otros lugares, después de que un creciente número de sacerdotes católicos se pusieran al lado de los pobres y propugnaran un igualitarismo radical, en lo que se llamó *teología de la liberación*, esas mismas elites ricas abandonaron su catolicismo y se hicieron protestantes, algo que cuadraba más con su línea reaccionaria. Cuatrocientos años de cultura católica “profundamente enraizada” se desecharon en poco tiempo cuando los intereses de clase estaban en juego.⁶

No solo las elites sociales, sino también el pueblo empobrecido se convirtió al fundamentalismo protestante. Por ejemplo, en Guatemala, en un intento de aplastar la insurgencia popular de las décadas de 1960 y 1970, los militares destruyeron cientos de pueblos mayas y atacaron deliberadamente la espiritualidad maya yendo contra sus lugares sagrados y sus sacerdotes. Mientras tanto, se movilizaron numerosas sectas protestantes conservadoras bien financiadas. Dividieron a los miembros de la comunidad en bandos en competencia, distanciándoles tanto de la cultura maya como de la teología de la liberación del catolicismo.

Traumatizada por la guerra y despojada de todo lo que poseía, mucha gente abrazó la nueva religión esperando encontrar algo de comprensión sobre lo que les había ocurrido. Algunos predicadores evangélicos declararon que los guatemaltecos habían sufrido tanto en la guerra por haber vivido en pecado o haber seguido la religión equivocada. El fundamentalismo protestante “anima a la gente a aceptar su suerte en la vida sin protestar y a que se ocupe de la vida del más allá”.⁷ Muchos guatemaltecos pobres pensaron que si seguían siendo católicos podrían ser sospechosos de simpatizar con la guerrilla, por lo que se convirtieron a las nuevas sectas protestantes. La que antes fue una población insurgente y unida estaba ahora ocupada en divisiones sectarias, pedía indulgencia por su vida “pecaminosa” y sólo se ocupaba del más allá. Si algún componente de la cultura ha probado ser útil como instrumento de control por parte de las elites sociales en América

Central y en otros lugares, ése ha sido el proselitismo religioso fundamentalista.

Por supuesto que la religión es algo más que un instrumento de control de clase. No podemos reducir toda experiencia religiosa a su base social. Pero es importante señalar —y esto a menudo se olvida convenientemente— que la adscripción religiosa puede estar fuertemente conectada a las preocupaciones materiales.

Siempre que alguien ofrece interpretaciones culturales a los fenómenos sociales debemos ser cautos. Oímos que las cosas ocurren o no ocurren en alguna sociedad particular porque precisamente esa es su cultura. Así que lo que debe explicarse —la cultura— es en sí misma tratada como una explicación, una especie de causa autogenerada.

Cuando se aplican a las condiciones sociales del Tercer Mundo, las explicaciones tienden a ser protectionistas y etnocéntricas. He oído a alguien describir la pobre actuación del ejército mexicano en las operaciones de rescate con motivo de una tormenta en Acapulco en 1997, como algo emblemático de la forma chapucera mexicana de hacer las cosas: es su cultura, ya sabes; todo es mañana, mañana, para esa gente. De hecho las actuaciones de rescate inadecuadas han sido evidentes en los Estados Unidos y en numerosos otros países, y lo que es más, el ejército mexicano, financiado y aconsejado por los Estados Unidos, actuó brillantemente cada vez que, haciendo aquello para lo que

estaba entrenado, no rescataba a la gente, sino que la sojuzgaba promoviendo una guerra de baja intensidad, ocupando sistemáticamente sus tierras, quemando cultivos, destruyendo pueblos, torturando y ejecutando a los sospechosos de pertenecer a la guerrilla y persiguiendo a los disidentes zapatistas en Chiapas. Decir que el ejército mexicano actuó pobremente en operaciones de rescate es presumir erróneamente que el ejército está allí para servir al pueblo en vez de para controlarlo en nombre de los dueños de México. Las explicaciones culturales separadas de las realidades económico-sociales rápidamente nos conducen a esa ofuscación fácil.

Las explicaciones culturales demasiado a menudo ignoran las realidades materiales. Consideremos el intento de explicar, por parte del columnista conservador y comentarista de la PBS David Brooks, a) el crecimiento de las comunidades suburbanas distantes en América, b) la tendencia de los americanos a cambiar de trabajo más frecuentemente que en Europa occidental y c) su disposición a trabajar más horas, cerca de diez semanas más al año, que en otras naciones industrializadas de occidente. “¿Qué impulsa a los americanos a vivir tan febrilmente, incluso contra sus propios intereses? ¿Qué fuente de energía origina todo esto?”, se pregunta Brooks.⁸

En todo su largo artículo Brooks nunca contempla las obvias realidades político-económicas. Como se sabe comúnmente, el asentamiento en “áreas suburbanas” remotas —generalmente de renta más baja que las mejor situadas— surge principalmente por la búsqueda

de casas asequibles en comunidades seguras, incluso aunque eso suponga recorrer largas e incómodas distancias para ir al trabajo. Un informe de 2005 indica que los porcentajes de pobreza en las áreas suburbanas son casi tan altos como en las urbanas.

Asimismo, los cambios frecuentes de empleo y el mayor número de horas de trabajo (mayor que en Europa occidental, menor que en algunos lugares más pobres del mundo) son el resultado, al menos parcialmente, de un sistema político que está más dominado por las corporaciones y el dinero que en Europa, originando leyes anti-laborales, sindicatos más débiles, pérdida de antigüedad, menor seguridad en el trabajo y reducciones en salarios y beneficios laborales.⁹ Un creciente número de empleos en los Estados Unidos son temporales. El mayor número de horas de trabajo y el cambio de empleo frecuente no surge por tanto de un arrebato masivo, sino que es el resultado de políticas que van en contra de los trabajadores americanos, políticas que se están intentando implantar también en Europa, aunque con menos éxito.¹⁰

Inconsciente de tales realidades bien documentadas, Brooks se sumerge en una fiebre romántica intentando explicar lo que él ve como la vida inspirada y el modelo de trabajo en América. Nos dice que “muchos millones de americanos se lanzan a lo desconocido cada año... hacia el vacío” porque “les atraen los lugares donde las posibilidades parecen ilimitadas”. ¿Posibilidades ilimitadas en suburbios alejados de renta baja? Los americanos están poseídos por un “misterioso anhelo” que es “la raíz de la gran disper-

sión”, continúa Brooks. Es el “anhelo escatológico que supone la esencia de la identidad americana... Lo que sorprende de este país es la forma en que se hacen las cosas con ilusión. América, después de todo, nació de un delirio de la imaginación”. Los primeros colonos “construyeron imaginativamente la grandeza que inevitablemente marcaría su futuro”.

Los americanos estamos poseídos de una fuerza cultural inusual que Brooks llama “el hechizo del paraíso”; la tendencia a fantasear sobre la felicidad inminente. “El hechizo del paraíso es la ideología que controla la vida nacional”. Es lo que nos mantiene en marcha “justo más allá del próximo reto, justo hacia el suburbio más lejano... la casa para el próximo verano o el vehículo todo terreno... la cerveza adecuada con el grupo de amigos adecuado... tras la última tecnología o tras la próxima salida de compras”. Esta incansable búsqueda “es la raíz de nuestra tendencia a trabajar tan duro, consumir tan febrilmente, movernos tanto... Es la llamada que nos hace... ser la irresistible locomotora del mundo”. La América suburbana burguesa, concluye Brooks, es realmente “un lugar trascendente insuflado con la utopía de todos los días”.

Todo esto debería sonarle extraño al obrero exhausto que vive en los suburbios alejados o a la empleada de servicio que necesita tener dos trabajos mal pagados para poder sobrevivir.¹¹ Se les puede perdonar a los escritores que a veces se enamoren de sus propias arengas delirantes, pero el lirismo equivocado de Brooks es un sustituto pobre de un análisis serio.

Una explicación culturalista es más una tautología que una explicación. Nos dice que las cosas ocurren en la cultura a causa de la propia cultura. Y la cultura se manifiesta a sí misma —si hacemos caso a Brooks— a impulsos que no vienen de ninguna parte; simplemente están encarnados dentro de la psique colectiva, lo que él llama “la mentalidad distintiva americana”. Pero de hecho la mayoría de las prácticas culturales tiene su origen en necesidades e intereses reales.

Para demostrar este punto el antropólogo Marvin Harris consideró la adoración de los indios por las vacas. Algunos expertos occidentales argumentan que el tabú contra el sacrificio de las vacas en la India está manteniendo vivos a millones de animales inútiles. Criaturas que producen poca leche y no se pueden utilizar para carne compiten por los alimentos con los desnutridos humanos. Sin embargo los granjeros tratan a las vacas como parte de su familia, rezan por ellas cuando se ponen enfermas y llaman a un sacerdote para celebrar el nacimiento de un ternero. Mientras los campesinos pasan hambre, la “vaca sagrada” deambula suelta irrumpiendo en patios y jardines para comer e interrumpiendo el tráfico en cruces complicados.¹² ¿Pero la vaca es realmente tan inútil? Primero, señala Harris, las vacas producen bueyes, los animales de tiro que hacen posible la vida en las granjas familiares de la India. El cebú jorobado es un animal resistente capaz de aguantar las largas sequías que afligen a una gran parte del país. Raramente enferma, tiene un fuerte poder de recuperación, sobrevive con muy poco y

puede trabajar hasta el día en que cae definitivamente. La vaca que produce este valioso animal tiene a su vez un enorme valor.

Segundo, aunque la producción de leche de la vaca cebú es sólo de 500 libras al año (el promedio que produce una vaca americana de leche es diez veces mayor), incluso esas pequeñas cantidades de leche pueden llegar a jugar un papel crucial en la supervivencia de esas familias pobres. Tercero, las vacas que son propiedad de gente pobre pueden pastar sin ser molestadas en los fértiles pastos de los ricos. Al ser sagradas nadie puede hacerles ningún mal por traspasar cualquier límite. Y sus incursiones consiguen una modesta redistribución de los valores calóricos a favor de las familias más pobres.

Cuarto, el ganado de la India produce anualmente unos 700 millones de toneladas de estiércol recuperable, la mitad del cual se utiliza como fertilizante y el resto se quema como combustible para cocinar. El excremento de vaca arde con una llama limpia, lenta y duradera que no chamusca la comida, lo que permite al ama de casa india dejar encendido el hornillo mientras atiende a otros trabajos. El excremento también se usa como material de solado, creando una superficie suave y dura fácil de mantener libre de polvo.¹³

Los expertos occidentales piensan que el campesino indio antes moriría de hambre que matar su vaca sagrada, pero el campesino entiende que seguramente él y su familia morirían de hambre si no tuvieran su ganado. "Siempre existe la posibilidad de que un mon-

zón favorable pueda restaurar el vigor del animal más decrepito, y que éste pueda engordar, parir y comenzar a dar leche otra vez. Por esto es por lo que reza el campesino; algunas veces sus oraciones son escuchadas. Mientras tanto la producción de excrementos continúa. Y así uno empieza a entender poco a poco por qué esa escuálida, sucia y vieja vaca todavía parece hermosa a los ojos de su propietario".¹⁴

Lo que es más, el engorde de ganado para consumo de carne no supondría un uso más eficiente de los recursos de la India, sino que dañaría seriamente su ecosistema. Los animales consumen mucho más en términos de valor calórico de lo que luego producen como productos cárnicos. A causa del alto nivel de consumo de carne de vaca en los Estados Unidos, el 75% de nuestros cultivos se usan para alimento de ganado y no para la gente. Cambiar sus cultivos para producir carne tendría como resultado escasez de alimentos, precios más altos y sería un desastre para millones de pobres en la India.¹⁵

En una palabra, las creencias culturales no existen en un vacío social. Los tabúes aparentemente irracionales pueden tener su origen en consideraciones racionales. El comportamiento humano es generalmente práctico, dirigido hacia las necesidades materiales, aunque como veremos, esto a veces es difícil de creer.

EL COMERCIO MASIVO DE LA CULTURA

Como la economía de mercado corporativa ha crecido en influencia y poder, penetrando en tantos aspectos de la vida social en este país y en todas partes, la propia cultura se convierte en un artículo de consumo, algo para ser comercializado y obtener beneficios. La gente dice cuando se queja que “la única cosa que importa en estos días es el dinero”. Así que creamos menos nuestra cultura y la compramos más, hasta que realmente deja de ser nuestra cultura.

Ahora utilizamos un término especial para denominar algunos de los aspectos de la cultura que permanecen enraizados en la práctica popular: *cultura folk*. Esto incluye música folk, baile folk, medicina folk y folklore. Son unos términos curiosos cuando piensas en ello, ya que por definición toda cultura debería ser cultura folk, esto es, surgiendo de las costumbres del pueblo. Pero este sentido primario se ha hecho tan limitado que se ha convertido en una etiqueta distintiva.

Un escritor se queja de la “seudocultura... algo prefabricado” que es “un producto de la ideología y la tec-

nología, no de las costumbres y la tradición”¹⁶ Otro crítico señala que las expresiones elementales de la creatividad humana —la música, la danza, el drama, la narrativa y otras artes creativas— están separadas “de su grupo y sus orígenes comunitarios con el propósito de *vendérselas* a los que pueden pagar por ellas”.¹⁷ Una gran parte de nuestra cultura ahora es un producto de comercialización masiva, oportunamente denominado como “cultura de masas”, “cultura popular”, “cultura de los medios” e incluso cultura de la “*mass media*”. Esta cultura es propiedad y la manejan corporaciones gigantescas cuyas principales preocupaciones son a) acumular ganancias y b) hacer del mundo un lugar seguro para todo el sistema corporativo de obtención de beneficios. El resultado es una sociedad organizada alrededor del *valor de cambio* más que del *valor de uso*, del control social centralizado en vez de la creatividad común.

Gran parte de la cultura comercializada masivamente nos aparta de pensar demasiado en realidades más importantes. Es el celebrado mundo de las estrellas de cine, los cantantes pop y los acontecimientos deportivos sin fin. Ahí tenemos los espectáculos de policías y criminales, los concursos, los seriales, los “reality shows”, etc. Y también las manías y entusiasmos, los estilos de moda y los estilos de vida, las “personalidades” de los medios y los telepredicadores religiosos. Hay partes de la cultura popular que desearíamos que la gente olvidara y partes que secretamente nos divierten. Cualquiera de nosotros puede sentirse complacido con tales distracciones de vez en cuando.

Después de todo es más fácil sentirse entretenido que informado, aunque raras veces es más interesante.

Las imágenes hiperbólicas de la cultura del entretenimiento pueden suscitar el interés fácilmente. Apelando constantemente al común denominador más bajo, una cultura popular sensacionalista baja todavía más ese común denominador. Los gustos del público se convierten en algo en armonía con la cultura basura, las ofertas de lo inútil, lo grosero, lo tremendamente violento, lo estimulante de momento y lo desesperadamente superficial. Tales contenidos a menudo tienen un verdadero contenido ideológico. Incluso si fuera supuestamente apolítica en sus fines, la cultura del entretenimiento (que realmente es la *industria* del entretenimiento) es política en su impacto, propalando imágenes y valores que tienen que ver con lo sexista, racista, autoritario, materialista y militarista.¹⁸

Con el crecimiento de la cultura de consumo de masas podemos observar una pérdida de la cultura del pueblo. Desde el siglo XIX hasta mediados del XX existió una verdadera cultura de la gente trabajadora, con sus canciones, su poesía, su literatura, su teatro, sus escuelas nocturnas, sus campamentos de verano y sus sociedades de asistencia mutua. Gran parte de todo esto estaba organizado por activistas laborales y políticos radicales y sus diversos grupos de acción. Pero poco de esta cultura sobrevivió a los dos golpes que a principios de la década de 1950 le dieron el macarthismo y la televisión.

Los efectos de esta cultura de consumo se pueden observar en el declinar de la cultura de los niños. En mi juventud mis compañeros y yo salíamos a las calles de Nueva York a jugar sin la vigilancia de adultos: el escondite, tú-la-llevas, Johnny-sobre-el-pony, golpea el bote, hockey, balonmano, etc. Hoy día se puede ver muy poco de la cultura infantil en la mayoría de las comunidades americanas. Lo mismo parece haber ocurrido en otros países. Martin Large escribe sobre Inglaterra:

En la época anterior a la televisión los patios, las calles y los jardines estaban vivos con niños jugando a multitud de juegos, cantando canciones, a veces con siglos de antigüedad, siguiendo las costumbres tradicionales y llevando a cabo todas las actividades que formaban nuestra "cultura de los niños"... Juegos como las canicas, los aros, el salto a la comba y otras actividades incontables formaban parte de la rica cultura infantil... Semanas después de la abdicación de Eduardo VIII los niños de todo el país cantaban, "Escucha la canción del heraldo de los ángeles, ¡la señora Simpson nos ha birlado a nuestro Rey!".

Hoy en día uno puede estar en un parque o una calle que antes era un hervidero de niños jugando; ahora no hay sino unos pocos niños y de ellos muy pocos que jueguen a los antiguos juegos. ¿Dónde se han

ido todos los niños un sábado por la mañana, un domingo a mediodía o después de la escuela? La televisión... se ha llevado a todos nuestros niños alejándoles de las calles, los jardines, sus juegos, al menos durante veinte horas a la semana. Sólo los pocos y raros que ven poco o nada la televisión continúan jugando.¹⁹

Y si no es la televisión, tenemos los juegos Nintendo y los juegos de vídeo sin fin en internet que hoy día ejercen la misma influencia.

Este proceso por el cual una cultura de masas dirigida a obtener beneficios se apropia de la cultura del pueblo se está extendiendo por todo el mundo, como nos recuerdan repetidamente los críticos del imperialismo cultural en el Tercer Mundo. Y no es simplemente un asunto de que los productos de consumo occidentales reemplacen a las artes folclóricas. En Ecuador una comunidad de indios quechuas organizó una campaña para prevenir la explotación del petróleo en sus tierras ancestrales. Un portavoz de sus protestas declaró que “el desarrollo del petróleo ha sido un desastre... generando crisis medioambientales, sociales y culturales, causando finalmente la extinción de los pueblos indígenas. Queremos mantener nuestra forma de vida, libre de contaminación y en armonía con la naturaleza”.²⁰

En la región del norte del Amazonas, decenas de miles de campesinos protestaron por la gran deforestación y contaminación causada por Têxaco durante

muchos años, incluyendo el vertido de dieciocho millones de galones de materias tóxicas cancerígenas a los estuarios, ríos y cientos de zanjas abiertas que destruyeron la pesca y la caza de la región, así como los suministros agrarios.²¹ En zonas de todo el mundo las comunidades indígenas y sus tierras están siendo destruidas por las corporaciones occidentales, cuyo objetivo es transformar la naturaleza viva en productos de consumo y los productos de consumo en capital muerto, tratando el propio medio ambiente como una fuente de recursos.

Se nos ha dicho que el “mercado libre de ideas e imágenes”, según existe hoy día dentro de la cultura masiva, es una respuesta a los gustos populares. Los que suministran esta cultura simplemente le dan al público lo que este quiere, nos dicen. Esta idea suena muy democrática. Pero en el mundo del consumo muy a menudo ocurre lo contrario: el suministro crea la demanda. El sistema de suministro a una librería o emisora de televisión está enormemente influido por toda clase de cosas distintas a las preferencias del público.

Las discusiones sobre censura de libros generalmente suponen controversias muy limitadas, como cuando alguna gente se agita porque este o aquel libro ofensivo se ha retirado de las estanterías. Tales incidentes dan la impresión de que la librería está luchando por mantener un sistema libre y abierto. Se soslaya la selección que tiene lugar *antes* de que la librería

empiece su propio proceso selectivo, la censura *de facto* impuesta por la industria editorial, dominada por un puñado de sociedades gigantescas. Los libros publicados por estas grandes corporaciones tienen más posibilidad de distribución y de ocupar lugares prominentes en los escaparates, así como de incluirse en bibliotecas y clubes del libro, que los títulos publicados por editoriales más pequeñas, menos conocidas, y a veces iconoclastas, que carecen de las sumas de dinero necesarias para hacer sus promociones. Bibliotecas y librerías, por no mencionar grandes almacenes, están más dispuestas a hacer pedidos de *Time* y *News Week* que de publicaciones disidentes como *Z Magazine* y *Dollars and Sense*. En resumen, hay una diferencia entre censura *incidental* y censura sistemática. Los eruditos de la corriente principal evitan diligentemente discutir sobre esta última.

David Barsamian me habló de una pequeña biblioteca que protestaba por no tener fondos para adquirir títulos políticamente disidentes pero que luego almacenaba toda clase de publicaciones mediocres, y se las arregló para obtener siete ejemplares de la autobiografía de Colin Powell. Esto no es precisamente un asunto de que el suministro responda a la demanda. ¿De dónde venía la demanda para leer algo sobre Powell? El bombardeo de los medios que ayudó a legitimar la Guerra del Golfo de 1991, también catapultó a su alto mando militar hacia la atención nacional y le convirtió en una superestrella. El suministro de los medios creó la demanda.

La represión sistemática también prevalece en otras áreas del entorno cultural. Consideremos las controversias de la censura respecto al arte. Esta se enfoca en si un cuadro o una fotografía en particular, que representa un tema escabroso, como un desnudo frontal, debería tener subvención pública y mostrarse a los adultos que lo desearan. Pero existe también una supresión sistemática que es parte del proceso de comercialización. La imagen que tenemos del artista como proveedor independiente de cultura creativa puede ser errónea cuando hablamos de un científico, un psiquiatra, un educador, un sacerdote, un escritor u otros profesionales.

Lo que se conoce como “mundo del arte” no es algo aparte del *mercado* del arte. Este último ha estado enormemente influido por personajes adinerados como Huntington, Hartford, John Paul Getty, Nelson Rockefeller, Paul Mellon y Joseph Hirschorn, quienes han tratado las obras de arte, no como una parte de nuestro tesoro común, sino como, al verdadero estilo capitalista, objetos de inversión de dinero y de adquisición privada. Han financiado los museos y las galerías principales, los libros de arte, las revistas de arte, han entregado dotaciones a las universidades y a diversos centros y escuelas de arte, consiguiendo importantes deducciones de impuestos al hacerlo.²²

Como administradores, editores, patrones y especuladores, estos pocos ricos y sus asociados ejercen su influencia sobre los medios de producción artística, marcando límites ideológicos implícitos a la expresión creativa. Aunque no siempre pueden predeterminar la

obra final, ejercitan el control sobre su distribución.²³ Los artistas que se mueven más allá de las fronteras aceptables corren el riesgo de no ser mostrados. En la mayoría de los altos círculos artísticos, al arte que tiene un contenido radical se le tacha de estúpido y se le etiqueta como “propaganda”. El arte y la política no se deben mezclar, se nos dice, de lo cual tendrían algo que opinar grandes hombres como Goya, Daumier, Picasso y Ribera.

Mientras manifiestan mantener el arte libre de la política (“el arte por el arte”), estos ricos guardianes imponen su propia definición, motivada por la política, de lo que es y lo que no es arte. Durante años el arte que ellos compraron, mostraron y han revisado fue generalmente expresionista abstracto y otras formas de “arte no objetivo”, un género que es lo suficientemente ambiguo como para estimular una amplia gama de interpretaciones estéticas, manteniendo una apariencia iconoclasta y experimental suficiente mientras que sigue siendo políticamente seguro en su contenido, o carece de contenido. En tiempos más recientes, cuando los artistas han revertido a formas más realistas, su arte sigue estando generalmente desprovisto de temas sociales y críticos. Sólo hay que visitar nuestros museos y galerías para confirmar este punto.

LA PSIQUIATRÍA COMO ARMA DE CONTROL

La ciencia ocupa un lugar inusual en la sociedad, porque sus métodos pueden trascender los confines de la cultura. Los científicos de diferentes disciplinas en todo el mundo son capaces de entender y desarrollar el trabajo de cada uno (al menos dentro de sus respectivas disciplinas). No obstante el empeño científico lo pueden distorsionar los intereses de otro tipo o el clima ideológico dominante. Lo que se subvenciona y se divulga puede tener poco que ver con la información desinteresada. Las compañías de tabaco producen estudios científicos que prueban que los cigarrillos no hacen daño, las petroleras promocionan a un puñado de científicos que aseguran que el calentamiento global es una quimera, la industria química lleva a cabo investigaciones que demuestran la naturaleza supuestamente benigna de los pesticidas y los herbicidas y las compañías farmacéuticas subvencionan pruebas que demuestran que diversos medicamentos son perfectamente seguros, cuando de hecho a veces producen efectos dañinos y deberían ser retirados del mercado inmediatamente.

Durante siglos los científicos innovadores han pagado caro el mantener puntos de vista que iban contra los preceptos más ortodoxos. Sus opresores a menudo han sido otros científicos que trabajaban al unísono con las autoridades del estado, o que estaban en posiciones dominantes dentro de sus profesiones. Una y otra vez los intereses creados se han apropiado del campo del discurso, dejando sin subvención o negando la publicación de perspectivas alternativas, despidiendo investigadores disidentes, permitiendo que cuestiones científicas importantes se establezcan por decreto más que por un examen riguroso. Muchas opiniones científicas establecidas han sido poco más que creencias embellecidas enmascaradas de hallazgos objetivos. Y algunas controversias científicas son poco más que *Kulturkampf* vestida con traje de laboratorio. Esto parece especialmente cierto en lo referente a las ciencias médicas y psiquiátricas.

Durante siglos, al servicio de la supremacía masculina y la dominación colonial, hombres doctos de la sociedad occidental produjeron exégesis científicas sobre la inferioridad natural de las mujeres y las deficiencias morales y mentales de las “razas oscuras” y las “clases bajas”, estas últimas también denominadas “clases peligrosas”.²⁴ Los practicantes de la medicina y la psiquiatría trataron las enfermedades castigando a los pacientes. En la antigüedad las personas con serios problemas físicos fueron sangradas, escaldadas, sometidas a la ingesta de brebajes perniciosos, quemadas con mercurio, se les serraron los miembros fracturados o fueron sometidas a toda clase de procedimientos qui-

rúrgicos dañinos, a menudo con resultados fatales. Los doctores frecuentemente expandían enfermedades letales al permanecer indiferentes a las más mínimas prácticas higiénicas.

Durante gran parte del siglo XX cuando las amígdalas se inflamaban como muestra de la resistencia del cuerpo a una infección, los doctores resolvían el problema de forma rutinaria extirpándolas, como si este órgano estuviera *ofendiendo* más que *defendiendo* al organismo. A mediados de siglo las histerectomías hicieron furor: siempre que había un fibroma (tumor benigno) en el útero, se extirpaba el útero. Hoy día la vesícula biliar se extirpa de forma rutinaria por hacer su trabajo de formar piedras debido a las impurezas que acumula el cuerpo. En la segunda mitad del siglo al cáncer se le ha tratado con la estrategia de la cuchilla, la quemadura y el veneno (cirugía, radiación, quimioterapia), que es la única designada para destruir las células del cuerpo que han sucumbido al cáncer.²⁵ Mientras tanto los tratamientos alternativos continúan suprimidos por la industria del cáncer y sus aliados de la Administración de Alimentos y Medicamentos (FDA) en los Estados Unidos.²⁶ Recientemente algunas mujeres se han cortado los pechos para evitar la posibilidad de desarrollar cáncer de mama, una terrible aplicación de la medicina preventiva. Una íntima amiga mía ha sido aconsejada recientemente por su médico de cuchillo fácil para que se extirpara los ovarios perfectamente sanos, porque había “un cinco por ciento de posibilidades de que pudieran desarrollar un cáncer”.

Las personas que han sido diagnosticadas como *mentalmente* trastornadas han sufrido un acoso similar: encarceladas (a menudo de por vida), golpeadas, heridas, amordazadas, aisladas y drogadas. Entre las enfermedades tratadas durante el siglo XIX y principios del XX estaban la “ninfomanía”, la “demencia masturbatoria” y el comportamiento destructivo de casi cualquier clase.²⁷ Los psiquiatras y médicos creyeron durante mucho tiempo que la histeria era una enfermedad causada por alteraciones en el útero, y por tanto una enfermedad exclusiva de la mujer. Un médico eminente del siglo XIX, William Goodell, sugirió que lo mejor era “detener la enfermedad extirpando los ovarios de la mujer enferma”.²⁸

Benjamín Rush, conocido por muchos como el “padre de la psiquiatría americana”, definió la *cordura* como la práctica de “hábitos regulares” y “una aptitud para juzgar las cosas como los demás hombres”, mientras que la *demencia* era “lo contrario de esto”. Rush mantenía, y muchos de sus colegas estaban de acuerdo, que la locura podía curarse tratando a la víctima con duras sesiones de “terror” y “flagelación”, utilizando el “miedo acompañado de *dolor* y el sentimiento de *vergüenza*”. La inmovilización total y el confinamiento “de todas las partes del cuerpo” produce efectos tan tranquilizantes en el paciente que “realmente me han producido deleite”, dijo Rush extasiado.²⁹

Durante los días anteriores a la guerra en los Estados Unidos, algunas autoridades médicas pusieron seria atención a la condición mental que supuestamente afligía a los esclavos. Se la llamó *drapetomanía*,

el impulso loco que hacía que aquellos que eran esclavos “huyeran del servicio”. Se entendía que los esclavos, que abandonaban los felices confines de la servidumbre y el cuidado solícito de sus amos, persiguiendo la libertad incierta en lugares extraños, debían de sufrir un desorden serio. En 1851, en su “Informe sobre enfermedades y peculiaridades psíquicas de la raza negra”, el doctor Samuel Cartwright llega a la conclusión de que la drapetomanía, que induce al esclavo a huir de la esclavitud, “es un desarreglo de la mente como cualquier otra alienación mental, y mucho más curable, como regla general”.³⁰ La cura consistía en aplicaciones feroces de latigazos y, para los reincidentes, grilletes, hierro candente, corte de orejas y en algunos casos, castración.

Más recientemente a los enfermos mentales se les trataba con dosis fuertes de medicamentos, electroshock o lobotomía. Al cerebro enfermo se le trata como un cerebro molesto, como si las víctimas fueran el problema más que la enfermedad. Una aplastante mayoría de los pacientes tratados de este modo en los asilos públicos provienen de las clases bajas, los elementos de la sociedad presumiblemente más recalcitrantes. “Los médicos de todas las épocas”, concluye R.D. Laing, “han hecho fortunas matando a sus pacientes por medio de sus curas. La diferencia en la psiquiatría es que supone la muerte del alma”.³¹

He aquí algunos ejemplos de cómo la falsa ciencia ha servido al paradigma dominante: En 1952 la

Asociación Americana de Psiquiatría (APA) añadió la homosexualidad a su lista oficial de enfermedades emocionales en su *Manual de Diagnóstico y Estadística de Enfermedades Mentales*, etiquetando a los homosexuales como inadaptados mentales. Esta inclusión le dio el respaldo científico a la discriminación anti-gay en la vivienda, el empleo, la formación profesional y a las leyes que trataban los enlaces gays y sus reuniones públicas como crímenes.³²

Lo que faltaba en el manual era cualquier explicación sobre los medios científicos a través de los que la psiquiatría había llegado a esa conclusión. ¿Dónde estaba la evidencia que apoyara la idea de que la homosexualidad era una enfermedad mental? ¿Y en qué consistía específicamente esa evidencia? Los psiquiatras podían haber señalado un siglo de práctica en el cual los homosexuales habían buscado —o se habían visto obligados a hacerlo— tratamiento para su *inversión* (un término psiquiátrico que era el favorito en el siglo XIX y que más tarde se reemplazó por *perversión*). Este tratamiento incluía análisis, confinamiento institucional, medicaciones, programas de modificación del comportamiento, terapia de choque e incluso cirugía del cerebro. En sus varios intentos de tratar a la gente infeliz que resultaba ser gay, los psiquiatras confirmaron la evidencia de que la homosexualidad era una patología seria y difícil de erradicar.

Algunos homosexuales mantenían que ellos no estaban enfermos, que a los gays se les había enseñado a odiarse a sí mismos por serlo a causa de una cultura homofóbica. No era su homosexualidad lo que les

afectaba, sino la animadversión de los demás, incluyendo sus padres y familiares, junto con las prácticas punitivas de la psiquiatría y de las leyes.

En la década de 1960 y principios de la de 1970, los hombres y mujeres homosexuales empezaron a manifestarse abiertamente por sus derechos, insistiendo en que su orientación sexual no suponía una patología. En la convención de la Asociación Americana de Psiquiatría de 1971 en Washington D.C., los activistas gays se enfrentaron a los psiquiatras. Como señaló un escritor: “Los psiquiatras no están acostumbrados a oír de los homosexuales que se sienten sanos y normales”.³³ Los defensores de los gays fueron entonces invitados a participar en la convención del año siguiente. Después de diversas protestas y debates el consejo de gobierno de la APA votó para eliminar la homosexualidad de la lista de enfermedades mentales, declarando que “los homosexuales deben tener todas las protecciones y garantías como el resto de los ciudadanos”. Los miembros de la asociación ratificaron esta decisión en abril de 1974.

Nota bene, ni la inclusión de la homosexualidad en la lista de enfermedades mentales ni su exclusión de esa lista estaban basadas en criterios científicos. La lista de 1952 fue la respuesta a una cultura homofóbica y a una larga práctica dentro de la propia psiquiatría. Y la decisión de 1974 de quitarla de la lista fue la respuesta a la lucha política llevada a cabo por los gays contra esa cultura homofóbica. Ambas decisiones demuestran a) cómo los sesgos culturales penetran en los sistemas de creencias, incluyendo los sistemas cien-

tíficos que presumen de estar libres de sesgos culturales, y b) cómo la cultura no siempre es un concepto fijo e inmutable, sino que a veces la puede cambiar una agitación consciente organizada.

La demanda de la cultura libre y la objetividad científica también se puede cuestionar si nos fijamos en las prácticas médicas trans-culturales. Consideremos cómo los médicos británicos y americanos administran antidepresivos a los niños. Ajustando el tamaño de la población de ambos países, nos encontramos que los doctores americanos están cinco veces más dispuestos que sus colegas británicos a recetar antidepresivos a menores.³⁴ La forma en que están regulados los antidepresivos en los dos países es un factor. Después de extensos ensayos clínicos con más de 2.300 jóvenes, los reguladores británicos recomendaron fuertemente a los médicos que no usaran determinados medicamentos para la depresión infantil. En los Estados Unidos, conociendo los mismos datos, la FDA todavía tiene que publicar sus avisos de seguridad, y los médicos continúan recetando antidepresivos a los niños en grandes cantidades.

La distribución en el mercado en ambos países también es un factor. En los Estados Unidos, cuando las empresas farmacéuticas empiezan a encontrar difícil que los médicos prescriban sus caras medicinas, las comercializan directamente a los pacientes. De ahí los anuncios en televisión urgiendo a los pacientes potenciales a que pidan las medicinas a sus médicos. Esta

publicidad del medicamento está prohibida en Gran Bretaña.³⁵

Las compañías farmacéuticas en los Estados Unidos tienden a vender la propia enfermedad mental y no solo las píldoras para tratarla. Las nuevas enfermedades mentales las diseñan a menudo las propias compañías, especialmente en las áreas de la ansiedad y la depresión. La lista de desarreglos mentales en el *Manual de Diagnóstico y Estadística* de la APA creció de 106 en 1952 a 357 en 1994. Promulgando nuevas categorías de desarreglo mental, la industria crea nuevos mercados para sus nuevas medicinas.³⁶

En 2004 la erróneamente llamada Comisión de la Nueva Libertad Sobre Salud Mental del presidente G.W. Bush, lanzó un plan para imponer de forma mandatoria un reconocimiento de la salud mental de toda la población de los Estados Unidos. El objetivo era determinar quiénes necesitaban “tratamiento y apoyo”. El reconocimiento de adultos estaba previsto que se hiciera durante los exámenes físicos rutinarios, mientras que el de la población joven se haría dentro del sistema escolar. Los niños de pre-escolar tendrían “reconocimientos de desarrollo” periódicos. Según los críticos este reconocimiento masivo era un plan de la industria farmacéutica para captar clientes y extender las ventas de sus nuevos y más caros medicamentos psiquiátricos. El programa tenía más que ver con el mercado que con la medicina. El reconocimiento de toda la población daría también a las autoridades la oportunidad de medicar a gran número de ciudadanos privados y posiblemente conseguir un nuevo nivel de

control sobre los personajes políticamente preocupantes.

Los críticos avisaron de que el plan de la Nueva Libertad de Bush supondría el control por parte del estado de las vidas privadas y el incremento masivo del consumo de drogas psiquiátricas. De acuerdo con el psicólogo Dr. Daniel Burston, “cualquier número de cosas que son, o podrían ser, respuestas perfectamente naturales en un entorno determinado, pueden ser consideradas como una señal de desorden mental”.³⁷ El plan de Bush ponía énfasis en la importancia de los “medicamentos adecuados” sin ningún aviso de que algunos eran de dudoso beneficio y a veces perjudiciales. Ciertos antidepresivos aparecen ligados a comportamientos homicidas en algunos adultos. Un comité de la FDA advirtió severamente que los antidepresivos debían tener la etiqueta de “atención más estricta”, porque podían ser causa de comportamiento suicida en los jóvenes.

La proclama de la Comisión de la Nueva Libertad sobre que la seguridad de los medicamentos radica en prácticas “basadas en la evidencia”, no está confirmada por estudios recientes, que indican que las compañías farmacéuticas manipulan lo que se supone deberían ser evaluaciones independientes de los medicamentos. Un artículo de la publicación médica británica *Lancet* (24 de abril de 2004) ponía sobre aviso de lo que parece ser la práctica común y continua de distorsionar los resultados a favor de la industria del medicamento. De acuerdo con los críticos la industria utiliza regularmente su dinero y su poder para manipular

a los grupos de profesionales. Las organizaciones sin ánimo de lucro Alianza Nacional de la Enfermedad Mental y Asociación Americana de Psiquiatría han hecho frente a tales críticas y ambas apoyan la Nueva Libertad.

Podríamos continuar hablando sobre la forma en que una ciencia supuestamente libre de cualquier sesgo es utilizada por intereses que pretendiendo ayudar a los demás sólo se ayudan a sí mismos. Lo que hemos presentado aquí es sólo un pequeño ejemplo.

**JUZGANDO DIFERENTES
CULTURAS**

ETNOCENTRISMO E IMPERIALISMO CULTURAL

Como hemos visto, la cultura no es sólo un compuesto neutral de soluciones acumuladas y prácticas habituales, al menos no enteramente. La cultura puede abarcar gran cantidad de indeterminación y conflictos. A veces sirve como instrumento de control a favor de unos intereses sobre otros, reforzando las desigualdades sociales existentes. ¿Cómo debemos juzgar entonces a la cultura?

Generalmente se nos dice que evitemos el *etnocentrismo*, la tendencia a considerar a los demás de acuerdo con las características preferidas de nuestro propio grupo, despreciándoles cuando vemos que son diferentes a nosotros. En vez de eso debemos aprender a respetar o al menos tolerar las diferentes maneras de los diferentes pueblos. Esto parece un consejo inteligente. No hay nada menos atrayente que aquellos que parecen pensar que sus propios valores culturales son la única forma natural y universal de evaluar a todas las otras gentes y lugares. Un estereotipo de etnocentrismo es el turista inculto que viaja por el extranjero

sólo para desahogar su irritación al ver que las cosas que encuentra no son exactamente como en su casa.

Ejemplos menos divertidos de etnocentrismo los podemos encontrar en las miles de guerras y atrocidades que ha habido entre religiones enfrentadas, en las que cada fe tenía la certeza de que sus credos y ritos estaban ordenados por la divinidad (léase ordenados *culturalmente*). He aquí un tema que podría llenar muchos volúmenes: el daño que los creyentes religiosos etnocéntricos infligen a los que tienen otras creencias y a los no creyentes. A través de los siglos los cristianos masacraron a los judíos.³⁸ Durante las cruzadas, que se extendieron a varias generaciones, los cristianos y los musulmanes se exterminaron unos a otros. En África oriental en el siglo XIX, musulmanes, protestantes y católicos conversos dentro de las poblaciones indígenas mantuvieron guerras sangrientas alimentadas por los colonizadores británicos y franceses.³⁹ En nuestros días los cristianos y los musulmanes han intercambiado golpes letales en Nigeria y Filipinas, musulmanes e hindúes han perpetrado matanzas masivas en Cachemira y la India, musulmanes chíies y suníes se han lanzado al cuello unos y otros en diversos países de Oriente Medio, budistas e hindúes se han matado en Sri Lanka y en 2004 budistas y musulmanes lo han hecho en Tailandia.

En numerosos otros lugares alrededor del globo los creyentes de un lado han hecho la guerra a los creyentes de otro lado, a menudo por el control de las tierras y los escasos recursos. En la América moderna los autodenominados soldados de Cristo han atacado las

clínicas abortistas matando o hiriendo seriamente a gran número de trabajadores y médicos y causando daños por valor de millones de dólares.

También podemos hablar de la destrucción que la colonización industrial ha causado en las culturas de las poblaciones indígenas en el hemisferio occidental en África, Oriente Medio y Asia durante los últimos cinco siglos. El imperialismo es el proceso del imperio. Ocurre cuando los intereses dominantes de una nación hacen caer su poder militar y económico sobre otra nación o región para expropiar sus tierras, su trabajo, su capital, sus recursos naturales y sus mercados. Durante el curso de la conquista, los colonizadores pisotean el tejido social de los pueblos indígenas. La gente pierde no solo sus tierras, sino su modo de vida, sus tradiciones, sus costumbres históricas, sus artes curativas, su música, sus mitos, sus dioses y a veces incluso su idioma.

En tiempos recientes hemos sido testigos en los Estados Unidos de la utilización de enormes fuerzas militares para imponer un cambio de régimen en diversos países, como Granada, Panamá, Mozambique, Yugoslavia, Somalia, Afganistán, Iraq y Haití. En gran parte del Tercer Mundo el poder de los Estados Unidos ha jugado un papel crucial para *prevenir* cambios de régimen que han intentado movimientos reformadores o revolucionarios. Las corporaciones americanas transnacionales, a cambio, confiscan las instalaciones industriales de la zona y sus recursos naturales, con ganancias sustanciales para sí mismas. Los mercados locales, empresas, manufacturas y alimentos se elimi-

nan debido a la influencia de las importaciones. Como ellos dicen, tras los misiles está al acecho Mc Donalds's.⁴⁰

Raramente el imperialismo no da sus razones. Muy a menudo el poder imperial nos ofrece los más elevados motivos para justificar su proceso de saqueo, tales como llevar la libertad, la prosperidad, la paz y la estabilidad a otras tierras. El conquistador señala la presumiblemente innata inferioridad de la población indígena, sus carencias culturales y su incapacidad para la democracia y el autogobierno. A veces se pone en cuestión la propia humanidad del pueblo colonizado; se les considera una raza sub-humana, traicioneros, violentos, vagos, infantiles y bastante estúpidos.⁴¹ En resumen, el compañero del imperialismo político-económico es el *imperialismo cultural*. Y al servicio del imperio, el compañero del imperialismo cultural es el etnocentrismo racista.

Los colonizadores no solo expropiaban los recursos naturales de los colonizados, sino su producción cultural creativa. Los museos de Europa y Norteamérica están llenos de artesanía y obras de arte indígenas de Oriente Medio, China, África y todo el hemisferio occidental. Un conocido nigeriano me informó recientemente que había visitado el Louvre en París, donde vio una bonita colección de arte africano, incluyendo algunas obras que procedían de una región cercana a su propia casa. Lo que no le hizo muy feliz era que nunca había visto ese tipo de obras en la propia África.

Tuvo que pagar diez euros para echar un vistazo a su propia cultura del pasado, que ahora se mantenía bajo llave en un museo europeo.

Sobre el etnocentrismo imperial sólo hay que recordar las tonterías que durante casi dos siglos han producido los publicistas y educadores europeos y norteamericanos respecto a la tremenda inferioridad del “África más oscura”. Nada menos que el gran filósofo alemán Hegel, a principios del siglo XIX describía el continente africano como una tierra “sin interés histórico propio, en la que encontramos a sus habitantes viviendo en el salvajismo y la barbarie, sin ningún ingrediente cultural”.⁴²

Sólo en tiempos recientes se ha conocido con certeza que, en los siglos pasados, todas las regiones de África habían desarrollado organizaciones sociales complejas y culturas avanzadas. En África occidental estuvo el reino de Timbuktú con su gran palacio, su corte bien organizada y una caballería entrenada, su sistema de canales de agua, centros de enseñanza y comercio de libros, tiendas, industria textil, mercaderes, maestros, bailarines y una animada vida nocturna.⁴³ En África oriental estuvo el reino de Buganda, con su burocracia centralizada, ejército disciplinado, gobernadores y sub-gobernadores provinciales, impresionantes carreteras, casas y jardines espaciosos y un monarca que gobernaba sobre un millón de personas que pagaban impuestos.⁴⁴ Todo esto le suena a nuevo a mi generación, que sólo tuvo información sobre África a través de las películas de Hollywood sobre la jungla.

El imperialismo cultural se puede practicar contra los pueblos indígenas y los grupos minoritarios dentro del propio país imperialista. En los Estados Unidos hemos visto las culturas de los nativos americanos destrozadas a causa del robo de sus tierras, de masacres continuas y de programas de culturización impuestos a los niños en las escuelas de las reservas. De igual modo, durante más de un siglo, los esfuerzos de “americanización” en las escuelas públicas se han enfocado a los descendientes de familias de emigrantes, presionándolos para que desechen la lengua y el estilo de vida de sus padres y abuelos.

Hoy día los movimientos etnocéntricos en diversas comunidades americanas se dedican a hacer del inglés la única lengua oficial en la vida pública, incluida la enseñanza en clase, los impresos para el pago de impuestos, las papeletas de voto y las señales en las calles. El movimiento de “sólo inglés” es especialmente irónico en un lugar como California. Ocupadas previamente por españoles y mexicanos, las ciudades y pueblos de California están dotadas de nombres como Los Ángeles, San Francisco, Sacramento, San Diego, Vallejo, Santa Bárbara, Santa Cruz, etc., por no mencionar el nombre español del propio estado.

Dadas las estupideces del etnocentrismo y las atrocidades del imperialismo cultural, es fácil formarse una imagen idealizada de las víctimas, los pueblos indígenas. Es tentador asumir que han sido felices con sus culturas tradicionales y sus costumbres. Pero ese

no ha sido siempre el caso. Un observador saudí señala el marcado estrés de su sociedad islámica, la cual, según declara, contribuye al más alto nivel de accidentes de tráfico del mundo y a unos porcentajes extraordinarios de diabetes y alta tensión sanguínea, “y eso que no tenemos el problema del alcohol”. Se piensa que gran parte del estrés está causado por el estricto puritanismo y misoginia impuestos por la *muttawa'a*, la policía religiosa patrocinada por el gobierno.⁴⁵

Como en cualquier sociedad en la que hay una represión intensa, en Arabia Saudí existe gran cantidad de hipocresía. Por ley y por principios religiosos a nadie le está permitido tener una antena de televisión por satélite. Sin embargo el país es el mayor consumidor de televisión por satélite de Oriente Medio y los hombres de negocios saudíes los mayores inversores en la TV por satélite. Por ley y por principios no puede haber bancos que cobren intereses, sin embargo el 90% de los bancos saudíes están basados en el sistema de intereses. Por ley y por principios las imágenes y prácticas sexuales deben estar fuera de la vista y de la mente, pero los hombres ven pornografía en internet de forma regular. Privados de relaciones sexuales normales, “viven todo el tiempo con la imaginación del sexo”, señala un saudí, “no crecemos con el amor de una forma natural... Dos terceras partes de los matrimonios son sin amor.” El hombre saudí que puede se marcha al extranjero en busca de compañía femenina. Como proclama otro, “todos somos sexomaniacos”. Un periodista saudí deplora el trato que se le da a las mujeres: “Limitamos su papel en público... dudamos

de ellas y las confinamos en casa porque pensamos que son todo el origen de la seducción y del mal del mundo".⁴⁶

Otra sociedad teocrática tradicional, y ésta dentro de los Estados Unidos, es la de los mormones, que ejercen una influencia preponderante social y política en la vida de Utah. Los líderes mormones dicen que los miembros de su iglesia viven en una comunidad estable, moral y feliz. Probablemente a causa de su bajo consumo de alcohol y tabaco, los mormones tienen una esperanza de vida mayor que la media del país. Sin embargo consumen grandes cantidades de azúcar, siendo la tarta su comida oficial. Como consecuencia sus porcentajes de diabetes son marcadamente altos comparados con el resto de los Estados Unidos, donde el consumo de azúcar ya es de los más altos del mundo. La violencia en la familia mormona está dentro del promedio nacional, mientras que el porcentaje de nacimientos es un 50% más alto. La poligamia todavía se practica bajo cuerda por parte de algunos y las actitudes racistas siguen siendo un problema sin resolverse entre muchos miembros de esa iglesia. Lo más revelador es cómo esta sociedad mormona estable lidera la nación en el uso de antidepresivos. El consumo de Prozac es un 60% más alto que el promedio nacional.⁴⁷

Así que toleremos otras culturas sin romanticismos o no las aceptemos sin ninguna crítica. A menudo hay mucha gente infeliz en las sociedades del mundo supuestamente estables. Respetar otras culturas no significa aceptar todos sus aspectos, a menos que uno esté

preparado para argumentar que toda cultura es buena en todos sus aspectos. ¿Cuál de las prácticas culturales en diversas sociedades, incluida la nuestra, convierte en víctimas a ciertos miembros de la propia sociedad? Trataremos esta cuestión en los diversos capítulos que siguen.

LOS RIESGOS DEL RELATIVISMO CULTURAL

No negaremos que hay que respetar los diversos estilos de vida. Debemos conocer los efectos nocivos del etnocentrismo y del imperialismo cultural. Pero una cosa es celebrar el multiculturalismo y otra decir que todos los aspectos de todas las culturas son igualmente aceptables.

Para los partidarios del *relativismo cultural* no hay un estándar universal para juzgar lo que es deseable o indeseable porque las tradiciones de cualquier cultura específica son únicas en esa cultura. En los círculos académicos los teóricos del postmodernismo ofrecen su propia variedad de relativismo cultural. Rechazan la idea de que las percepciones humanas pueden trascender la cultura; toda clase de conocimiento es poco más que una construcción social. Evaluar cualquier sociedad desde una plataforma de verdades fijas y finales, dicen que es un proyecto peligroso que a menudo conduce a formas extremas de dominación.

El resultado entonces es el relativismo cultural y moral. Pero este relativismo “sirve como justificación

para muchas prácticas sociales inhumanas”, nos recuerda Kathleen Barry. “Si uno cuestiona los principios del relativismo cultural se le acusa de etnocentrista. El etnocentrismo supone que los juicios que se hacen de otra cultura nacen de la presunción de la superioridad de la cultura propia”.⁴⁸ Se deduce que la mejor manera de evitar ser etnocentrista es abstenerse de hacer juicios sobre otras culturas. Pero por tanto elevamos el propio relativismo cultural a algo absoluto y debemos aceptar todas las sociedades que funcionan más allá de cualquier juicio crítico. Cuando nos enfrentamos a algo que podría merecer nuestra condena, levantamos los brazos y exclamamos: “¿Quién puede decir lo que es correcto y lo que no, lo que es justo o injusto? Todo está determinado culturalmente, incluidos nuestros propios estándares para juzgar lo correcto y lo erróneo”. Si el relativismo cultural puede ser tan lógicamente adecuado, ¿cómo desarrollaremos una perspectiva crítica sobre las relaciones sociales en cualquier parte del mundo, incluida nuestra propia sociedad?

Yo argumentaría que, incluso si no hay verdades absolutas en la cultura, no todo nuestro conocimiento está limitado sin esperanza por la cultura en todos los aspectos. *Aunque la cultura absorba todas nuestras percepciones, no es la totalidad de la experiencia humana.* La gente de culturas ampliamente diferentes todavía puede reconocer la experiencia humana común en diversas sociedades a través del tiempo y el espacio. Por esto es por lo que podemos comprender la historia de otras naciones, y por lo que podemos disfrutar de los

grandes escritores de muy diversas culturas y épocas. El trabajo literario de otras culturas y épocas no solo no es incomprensible para nosotros, sino que a menudo nos conmueve y nos influye. El deseo de respetar la autonomía cultural de las diferentes sociedades, por bien intencionado que pueda ser, aísla al oprimido dentro de los confines de su propia cultura.

No hay nada que sea único sobre la opresión que sufren los elementos más vulnerables de cualquier sociedad, excepto quizá la diversidad de estrategias que se emplean para llevarla a cabo.⁴⁹ Respecto a los derechos humanos básicos, hay valores que trascienden la cultura. Un niño hambriento es un niño hambriento en cualquier entorno cultural. Un preso torturado es un preso torturado en cualquier país, o un periodista encarcelado, una mujer violada, un trabajador esclavizado, una joven obligada a prostituirse o un inocente asesinado. Y un medio ambiente químicamente tóxico daña la ecología global independientemente de la actitud cultural particular acerca de tales hechos.

A causa de estas preocupaciones compartidas, las naciones de culturas muy diferentes han sido capaces de firmar un acuerdo internacional sobre derechos humanos y calentamiento global. En la Conferencia Mundial sobre Derechos Humanos de Viena en 1993, unos 150 países reafirmaron su adhesión a la Declaración Universal de Derechos Humanos, un documento notable adoptado originalmente en 1948 por la Asamblea General de Naciones Unidas. La Decla-

ración Universal afirma, entre otras muchas cosas, que todos tenemos derecho a:

– La vida, la libertad y la seguridad de las personas, sin distinción de raza, género, idioma, religión, opinión política, origen social u otras distinciones.

– Libertad de expresión, reunión, educación, e igual salario por igual trabajo.

– Libertad de temer y querer, libres de esclavitud y servidumbre y de la tortura y el trato degradante.

– Un nivel de vida adecuado para el bienestar propio y de la familia, con “especial cuidado y atención a la maternidad y a la niñez”, y derecho a comida, ropa, casa, atención médica, los servicios sociales necesarios y seguridad en caso de desempleo, enfermedad, discapacidad, viudedad y vejez.

Que todos estos valores tengan diferentes niveles de aplicación en los diferentes países no contradice lo que argumentamos aquí. Por supuesto, la democracia social perfecta existe en relativamente pocos lugares del mundo, si es que existe en alguno.

Los mismos Estados Unidos se negaron a firmar uno de los dos convenios clave que reconocían algunos de los derechos mencionados, argumentando que suponían demasiada interferencia del gobierno en la vida social.⁵⁰ Sin embargo esta declaración internacional demuestra la existencia de una conciencia transcultural respecto a los valores humanos, una conciencia que no considera todas las condiciones localmente

fijas y más allá de los estándares universales. No podemos negar que los propios estándares universales pueden ser utilizados de forma oportunista por los constructores del imperio, como cuando la Casa Blanca justificó en 2003 la agresión ilegal contra Iraq como una cruzada para llevar la libertad y la democracia a todo el mundo.

La razón para respetar otras culturas es evitar hacer daño a la gente que vive en ellas. Pero, ¿qué ocurre si ciertas prácticas dentro de la propia cultura dañan a algún segmento de la población? ¿Qué reclama entonces esa cultura como para estar por encima del juicio? En Sudáfrica, por ejemplo, a la policía se le encarga con frecuencia investigar muertes múltiples, asesinatos cometidos para poder presentar a un sacerdote tradicional una mano amputada, los genitales o el corazón, para que éste pueda curar una enfermedad o hacer que le salga bien un negocio a un suplicante.⁵¹ Las autoridades sudafricanas parecen tener tolerancia cero ante este tipo de aspectos sagrados de la cultura indígena. Como les ocurriría a las víctimas si hubieran podido decir algo al respecto.

Una vez oí a un funcionario de Arabia Saudí pedir que los occidentales se abstuvieran de hacer juicios sobre su cultura. Se refería a los que criticaban la costumbre saudí de lapidar hasta la muerte a las mujeres condenadas por adulterio. Le faltó mencionar que hay mucha gente dentro de la sociedad saudí —incluidas

por supuesto las víctimas femeninas— que no apoyan este tipo de costumbres.

Lo que los abogados llaman “defensa de la cultura” (a menudo empleada en casos de abuso de los maridos y mutilación sexual de las mujeres) lo utilizan en los Estados Unidos toda clase de canallas. En 2001 a Lakireddy Bali Reddy, un empresario de Berkeley, California, que presidía un verdadero imperio empresarial de 50 millones de dólares, se le encontró culpable de traer ilegalmente mujeres jóvenes desde la India a los Estados Unidos. Las utilizaba para el servicio doméstico y el sexo, haciéndolas vivir en unas condiciones próximas a la esclavitud. Una de ellas murió accidentalmente por inhalación de monóxido de carbono mientras estaba recluida en uno de sus apartamentos.

Durante el juicio Reddy invocó la “defensa de la cultura”. Argumentó que tener sirvientes sin contrato en la India es una práctica cultural común. Realmente está fuera de la ley tanto en la India como en los Estados Unidos, y en cualquier caso Reddy vivía en este último país desde hacía cuarenta años.⁵² ¿Durante cuánto tiempo —si es que debería haber alguno— se puede reclamar inmunidad respecto a las leyes de un país de adopción? Si había cualquier tradición envuelta en el caso de Reddy era la antigua práctica del dominio del pobre por parte del rico, en este caso comprando mujeres jóvenes de familias pobres de castas inferiores, prometiéndoles una vida mejor y después utilizándolas para el sexo y la servidumbre.

Podemos hablar también del caso de un profesor de universidad iraní, Hashem Aghajari, que dio una conferencia en Teherán recomendando a la gente que no siguiera servilmente las interpretaciones del Islam proferidas por los sacerdotes. Por esta charla se le acusó de blasfemia y fue condenado a muerte. Sólo después de que cientos de miles de estudiantes y otras personas se manifestaran a su favor, y después de haber estado dos años en la cárcel, se le revocó la sentencia de muerte. Convicto del cargo menor de insultos a los dogmas sagrados del Islam, Aghajari fue desposeído de ciertos derechos durante cinco años y tuvo que pagar una fianza después de ser liberado en 2004. Negó haber insultado al Islam y declaró que él defendía “un Islam que trajera la libertad y que fuera compatible con la democracia y los derechos humanos”.⁵³ En el caso de Aghajari, “¡Respetad nuestra cultura!” se convierte en un eslogan sin sentido, porque somos testigos de cómo hay grupos ferozmente divididos dentro de una sociedad sobre hasta dónde llevar las creencias y las prácticas. ¿Qué cultura respetamos en este ejemplo: la tradición de la teocracia clerical ortodoxa o la tradición secular de la democracia iraní para disentir y protestar?

Consideremos algunos otros ejemplos. La Alemania nazi tuvo una cultura política que propugnó la adoración al estado militarista, la reacción económica, la supremacía de la raza aria y el antisemitismo. Podríamos pensar erróneamente que el sistema hitleriano lo llevaron a cabo unos cuantos megalómanos en el poder. La verdad es que el régimen totalitario contó

en sus filas con regimientos de burócratas, empresarios, jueces, abogados, profesores, periodistas, psiquiatras, oficiales de policía y otros. ¿Seríamos considerados imperialistas culturales etnocéntricos por negarnos a aceptar esta sociedad en sus propios términos? El relativismo cultural en este ejemplo significaría ser cómplices con el sistema nazi, un régimen profundamente opresivo con otras culturas.

Otro ejemplo: durante generaciones los esclavistas americanos del Sur anteriores a la guerra insistieron en que se respetara la “forma de vida” de su región, algo que los abolicionistas nunca estuvieron dispuestos a hacer. Al luchar por la emancipación de los esclavos, ¿los abolicionistas eran culpables de etnocentrismo e imperialismo cultural? Ciertamente algunos libros de historia los han retratado como extremistas. Sin embargo la oposición a la esclavitud existía en diversas partes de la nación —incluido el propio Sur— entre algunos blancos y ciertamente entre los esclavos, como evidenciaron sus numerosos intentos de sabotaje, evasión y rebelión.⁵⁴

Lo que es más, ¿no eran los propios esclavistas imperialistas culturales? No solo suprimieron a los abolicionistas disidentes dentro de su propia sociedad, sino que construyeron su “forma de vida sudista” sobre el trabajo de los africanos que habían sido arrancados a la fuerza de sus familias, hogares, lenguas y religiones, esto es, de *su* forma de vida.

La demanda de que se respetaran los “valores tradicionales” del Sur continuó oyéndose cien años des-

pués de la emancipación, en la década de 1960, respecto a la segregación racial. Ahora no son los abolicionistas, sino los integracionistas, los que son denunciados como intrusos. Fueron acusados de intentar imponer la ideología de los derechos civiles de la “mezcla de razas” sobre las costumbres del Sur. Se les dijo, “no podéis legislar la moralidad, no podéis cambiar las creencias y prácticas culturales por decreto del gobierno”. Sin embargo la propia segregación se hizo por decreto del gobierno, un imperialismo cultural impuesto a los afroamericanos por una serie de leyes de la pos-reconstrucción y por la regla del linchamiento.

También se olvida el hecho de que millones de afroamericanos y blancos, tanto del Norte como del Sur, no consideran la segregación racial como una práctica cultural sacrosanta. Respetar la cultura de los demás no significa que aceptemos las prácticas que dañan a gente inocente dentro de esa sociedad.

La esclavitud en el Sur anterior a la guerra se ha ido con el viento, pero no las prácticas antiguas de la propia esclavitud. De acuerdo con la Internacional Contra la Esclavitud, una de las organizaciones pro derechos humanos más antigua del mundo, hoy día hay alrededor de 27 millones de seres humanos en el mundo que están “confinados físicamente... forzados a trabajar o controlados con la violencia, y en algunos casos tratados como propiedades privadas”.⁵⁵ De acuerdo con una organización anti-esclavitud con base en los Estados Unidos, unas 100.000 de estas personas están en este país.⁵⁶

La forma más común de esclavitud es la servidumbre a través de la deuda: la gente pobre, transportada a largas distancias con la promesa de un trabajo, termina inmersa en un trabajo de esclavos para pagar los gastos del viaje. Muchos que piden prestado dinero para pagar gastos médicos u otras necesidades para sobrevivir, también se ven forzados al trabajo para pagar estas deudas. Porcentajes exorbitantes de interés, cuentas deshonestas y cargos inflados por manutención y vivienda perpetúan la deuda. Los deudores y sus familias están atrapados en el trabajo por una pequeña o ninguna paga, a menudo siete días a la semana durante el resto de sus vidas. Los padres pasan la carga de la deuda a sus hijos y ésta permanece durante generaciones. Aproximadamente dos tercios de los trabajadores cautivos son esclavos de la deuda en la India, Pakistán, Bangladesh y Nepal.⁵⁷

En Mauritania, Sudán, Níger, Chad y otros países a lo largo de las viejas rutas del comercio del África árabe y sahariana hay más de 200.000 esclavos, la mayoría como propiedades que viven bajo el látigo, comprados y vendidos como mercancías como en los viejos tiempos. La esclavitud ha sido declarada fuera de la ley tres veces por el gobierno islámico mauritano, sin embargo pocos casos terminan en los tribunales. En vez de eso, las autoridades han arrestado a activistas anti-esclavitud por difamar el buen nombre de Mauritania, insistiendo en que la esclavitud ya no existe en su país.⁵⁸ Países como Mauritania tienen leyes contra la esclavitud, pero una ley no puede transformar una práctica cultural si no se obliga a su cumpli-

miento, especialmente cuando va contra un tráfico lucrativo.

La Organización Internacional del Trabajo de las Naciones Unidas informó que una cantidad estimada de diez millones de niños en todo el mundo se ven forzados al trabajo como sirvientes domésticos en hogares privados. Los niños no reciben salario, no tienen tiempo libre ni protección ante los abusos sexuales, ni educación, ni oportunidad de desarrollar sus vidas más allá del largo día de trabajo en la casa. Sin embargo muchos países no ven como un problema el trabajo infantil.⁵⁹

La esclavitud no es legal en ninguna parte del mundo, pero se la puede encontrar en casi todos los países: grupos de esclavos brasileños talan la selva amazónica para hacer carbón para la industria del acero, niños de nueve años en la India trabajan setenta horas a la semana, entregados por sus padres pobres a los propietarios explotadores, niñas tailandesas se prostituyen para los turistas del sexo en Bangkok, emigrantes chinos están forzados a trabajar dieciocho horas al día en restaurantes e industrias del cuero en Italia, emigrantes mexicanos y de otros países de Centroamérica son trabajadores cautivos en las granjas de Florida, niños forzados a la prostitución o a la servidumbre doméstica en diversos lugares de los Estados Unidos, esclavos en las minas de diamantes de Sierra Leona, productores de chocolate en Costa de Marfil, recolectores de algodón en Benin y Egipto, cortadores de caña en Borneo y té, café y tabaco en otros lugares, todos mantenidos a raya por la autoridad de la violen-

cia, aplicada por patronos y traficantes muchas veces respaldados por funcionarios corruptos.⁶⁰

Ninguna tradición cultural puede servir como santuario para tales desmanes. El relativismo cultural ciertamente es un antídoto importante contra el imperialismo cultural, porque nos recuerda que el mundo está compuesto de diversos grupos que deben tener su lugar bajo el sol, apreciados por lo que tienen de humanos. Cuando el relativismo cultural se equivoca es cuando se convierte en cobertura para la opresión, cuando se utiliza para reclamar inmunidad por los crímenes contra la humanidad.

LA COSTUMBRE CONTRA LAS MUJERES

Las ideologías dominantes a menudo están formadas para mantener la estructura social imperante, presentando la ordenación social privilegiada como parte del orden natural de las cosas. Sin embargo, como nos recuerda Samir Amin, “el primer paso del pensamiento científico consiste precisamente en intentar ir más allá de la visión que el sistema social tiene de nosotros mismos”.⁶¹ Si nos sumergimos sin sentido crítico en el contexto cultural de cualquier sociedad, viéndola sólo como ésta se ve a sí misma, entonces caeremos en las mismas ilusiones autocomplacientes que ella tiene de sí misma. Percibir una sociedad “exactamente en sus propios términos” generalmente significa verla a través de los ojos de los grupos dominantes que ejercen una influencia preponderante en formar sus prácticas y creencias.⁶²

La cultura dominante frecuentemente descansa sobre normas que *no* están compartidas por todos dentro de la propia sociedad. Así volvemos a una cuestión clave: ¿de quién es esa cultura? Demasiado a menudo es el coto exclusivo de los privilegiados, un arma que se utiliza contra los que son más vulnerables.

Donde se observa esto más claramente es en la perversidad que se comete contra las mujeres. Un informe de Naciones Unidas demostró que los prejuicios y la violencia contra las mujeres “siguen firmemente enraizados en muchas culturas de todo el mundo”.⁶³ En muchos países, incluidos los Estados Unidos, las mujeres padecen discriminación en los salarios, la formación y la promoción laboral. En el África sub-sahariana la mujer no puede heredar o poseer la tierra, incluso aunque la cultive y produzca el 80% de la comida del continente.⁶⁴ En Arabia Saudí a la mujer no se le permite conducir y la ley obliga a que en público esté acompañada de un hombre.

A las mujeres todavía se les niega el control sobre su propia actividad reproductiva. Se estima que en todo el mundo hay al año unos 80 millones de embarazos no deseados. Se registran anualmente unos 20 millones de abortos ilegales inseguros, de los que resulta la muerte de unas 78.000 mujeres y algunos millones que sufren daños serios.⁶⁵ En China y otros países asiáticos, donde a las hijas se les considera una carga, millones de niñas desaparecen de la población por abortos, muertes al nacer o por negligencias y subalimentación.⁶⁶

Se estima que 100 millones de muchachas en África y en Oriente Medio han sufrido mutilación genital por ablación del clítoris o infibulación (escisión del clítoris, los labios menores y las paredes internas de los labios mayores, dejando la vulva cosida y casi cerrada, permaneciendo una abertura del tamaño de un lápiz). El propósito de tal mutilación es disminuir drástica-

mente la capacidad de la mujer para el placer sexual, asegurando que permanecerá en posesión sumisa de su marido. Algunas mujeres perecen en el proceso de ablación (generalmente llevado a cabo por otra mujer mayor sin ninguna formación médica). Las consecuencias a largo plazo de la infibulación incluyen obstrucción del flujo menstrual, infecciones crónicas, coitos dolorosos y complicaciones en los partos.⁶⁷

En gran parte de Oriente Medio las mujeres no tienen derecho a iniciar procesos de divorcio pero pueden divorciarse a voluntad del marido. En países islámicos y latinoamericanos los hombres no son castigados por defender su “honor”, matando a su supuestamente infiel esposa o novia.⁶⁸ En el Irán fundamentalista islámico la ley permite explícitamente la ejecución de la mujer adúltera por lapidación, quemada o arrojada por un precipicio. En países como Bangladesh y la India se mata a las mujeres para que sus esposos puedan volver a casarse por una dote mejor.⁶⁹ Un promedio de cinco mujeres al día mueren quemadas en la India por disputas sobre la dote, y hay muchos más casos que permanecen ocultos.⁷⁰

En Bihar, India, las mujeres acusadas de brujería todavía son quemadas en la hoguera.⁷¹ Hoy día en Ghana existen campos de prisioneros para mujeres acusadas de ser brujas. En contraste los sacerdotes fetichistas en Ghana viven libremente con sus prácticas mágicas. Estos sacerdotes a menudo consiguen mujeres jóvenes de familias pobres a las que dicen que tienen una deuda ancestral con los antepasados del sacerdote. Estas mujeres sirven como esclavas sexuales

de los sacerdotes. Las que se las arreglan para escapar no vuelven a ser aceptadas por sus temerosas familias. Para sobrevivir deben volver al santuario del sacerdote o irse de la ciudad y convertirse en prostitutas.⁷²

Millones de mujeres jóvenes de todas las partes del mundo se ven obligadas a la esclavitud sexual, dando lugar a un negocio que se estima en 7.000 millones de dólares anuales. Son secuestradas en estaciones de autobús, arrebatadas de las calles, vendidas por sus parientes o atraídas por agencias de empleo que les prometen trabajos decentes.⁷³ Más de un millón de muchachas y muchachos, muchos tan jóvenes como de cinco o seis años, son reclutados para la prostitución en Asia, y quizá un número igual en el resto del mundo.⁷⁴ Pedófilos de los Estados Unidos y otros países alimentan el tráfico asiático. Disfrutando del anonimato y la impunidad en el extranjero, estos “turistas del sexo” consideran sus actos de violación infantil como algo legal y aceptable culturalmente.⁷⁵

Hasta muy recientemente las mujeres de Afganistán vivían bajo la presión sofocante de los talibanes, una fuerza islámica puritana y extremista. Las mujeres eran cautivas en sus propios hogares, se les prohibía pedir atención médica, trabajar o ir a la escuela. La ocupación de Afganistán por los Estados Unidos fue aclamada por el presidente George W. Bush como una liberación para las mujeres.

La realidad es que en 2005 la mayor parte de Afganistán permanecía bajo control de los señores de la

guerra, que se oponían a cualquier movimiento de emancipación femenina. Si acaso, la situación de las mujeres rurales se hizo todavía más desesperada y peligrosa. Grupos de mujeres jóvenes intentaron auto-inmolarse para escapar de los abusos familiares y de matrimonios no deseados.⁷⁶ “Con los talibanes vivíamos en un cementerio, pero estábamos seguras”, opinaba una activista revolucionaria. Ahora las mujeres son presa fácil de violadores e intrusos armados. Continuó diciendo:

Dos mujeres que iban a la escuela sin sus burkas (el velo que cubre toda la cabeza y el rostro) fueron asesinadas y sus cuerpos depositados enfrente de sus casas. El último mes treinta y cinco mujeres saltaron a un río con sus hijos y murieron, intentando salvarse de la violación por parte de un grupo armado. Esto es Afganistán hoy día. Los talibanes y los señores de la guerra... son dos caras de la misma moneda. Para América es la historia de Frankenstein: fabricas un monstruo y el monstruo se vuelve contra ti. Si América no hubiera fabricado estos señores de la guerra, Osama bin Laden, y todas las fuerzas fundamentalistas de Afganistán durante la intervención rusa, éstos no habrían atacado a su amo el 11 de septiembre de 2001.⁷⁷

En Iraq nos encontramos algo similar: la situación de las mujeres empeorando a causa de la invasión de

los Estados Unidos. El antiguo partido Baath de Sadam Hussein creó un régimen despótico (respaldado fuertemente por Washington durante su período más represivo). Pero los baathistas permitieron a las mujeres disfrutar de derechos que no tenían parangón en la región del Golfo. Las mujeres podían ir a la universidad, viajar sin compañía, conducir, servir en el ejército y trabajar junto con el hombre en diversas profesiones. Podían escoger con quien casarse o negarse al matrimonio.

Sin embargo, con la creciente insurgencia contra la ocupación americana, las mujeres ahora están siendo blanco de los antiguos extremistas islámicos, y los sacerdotes les han impuesto nuevas restricciones. Están obligadas a usar el tradicional velo que les cubre la cabeza y la mayor parte de los días permanecen confinadas haciendo sus labores domésticas. Bandas incontroladas de hombres violan mujeres a su voluntad. La mayoría de las mujeres se ven privadas de educación pública. A menudo lo único que pueden hacer es leer el Corán. Muchas mujeres temen que nunca volverán a tener la libertad de que disfrutaron durante el régimen anterior.⁷⁸ Como una feminista iraquí señaló: “La condición de las mujeres se ha deteriorado... La situación actual, este fundamentalismo, ni siquiera es tradicional. Es desesperado y reaccionario”.⁷⁹

Las mujeres en lugares como Iraq y Afganistán necesitan apoyo y asistencia internacionales, pero invadir sus países y destruir sus ciudades, pueblos e infraestructuras *no es* la forma de proceder. En cambio es un ejemplo de cómo el imperialismo —en el nombre de la

guerra humanitaria— inflige un gran dolor a la población, especialmente a sus miembros más vulnerables y maltratados, de quienes los invasores se preocupan más bien poco.

A pesar de los grandes avances que han conseguido las mujeres en los Estados Unidos, siguen padeciendo una opresión desalentadora. Decenas de miles de ellas tienen que dedicarse a la prostitución debido a necesidades económicas o forzadas por un explotador, y se las mantiene en esta situación por medio de la violencia y la intimidación.⁸⁰ Se estima que tres de cada cuatro mujeres son víctimas de violencia durante su vida. Todos los días cuatro mujeres mueren a manos de los hombres con quienes han intimado. El asesinato es la segunda causa de muerte entre las mujeres jóvenes americanas.⁸¹

En los Estados Unidos una mujer es golpeada cada dieciocho minutos. La violencia doméstica es la causa principal de lesiones entre mujeres en edad reproductiva. Se estima que 3 millones de mujeres son golpeadas cada año por sus maridos o compañeros, a menudo repetidamente. Estadísticamente el hogar es el lugar más peligroso para una mujer, si también hay un hombre en él. La mujer maltratada generalmente carece de recursos financieros para escapar, especialmente si tiene hijos. Cuando lo intentan sus maridos o compañeros las persiguen y les infligen un castigo todavía peor. El arresto es la respuesta menos frecuente para la violencia doméstica y, en cualquier caso, la policía

generalmente es de poca ayuda. En la mayoría de los estados las palizas domésticas están clasificadas como “asaltos simples”, un delito menor.⁸²

Las mujeres que matan a quien ha abusado de ellas durante largo tiempo en un acto desesperado de auto-defensa, generalmente terminan en la cárcel sometidas a largas condenas. En los últimos tiempos las organizaciones de mujeres han tenido cierto éxito en proveer refugios para mujeres maltratadas y en presionar a las instancias públicas para que se muevan activamente contra la violencia machista.

Para concluir, puede haber prácticas en cualquier cultura, incluida la nuestra, que no merezcan ningún respeto. Los que piden respeto para su cultura pueden defender una postura legítima o realmente pueden buscar una licencia para cometer crímenes contra los elementos más vulnerables de su sociedad. Hay derechos básicos que trascienden todas las culturas, como incluso los gobiernos reconocen cuando declaran fuera de la ley ciertas costumbres terribles y firman acuerdos internacionales en apoyo de los derechos humanos.

LA CULTURA DE LA VIOLACIÓN GLOBAL

En muchas partes del mundo la violación se acepta como algo que ocurre todos los días e incluso como una prerrogativa del macho. En 1991, en un internado mixto en Kenia, setenta y una mujeres fueron violadas por sus compañeros y diecinueve murieron durante los momentos de pánico consiguientes. El director aseguró a la gente: "Los chicos nunca quisieron hacer daño a las muchachas. Sólo querían violarlas".⁸³ En algunas sociedades la violación frecuentemente es un miembro de la familia. En el hospital maternal de Lima, Perú, el 90 por ciento de las madres jóvenes de entre doce y dieciséis años han sido violadas por su padre, padrastro u otro familiar cercano.⁸⁴

En la provincia de Punjab, Pakistán, las violaciones son algo común, pero sólo un pequeño porcentaje se denuncia y es perseguido. La mitad de las veces las mujeres que denuncian haber sido violadas se encuentran con que su denuncia se considera una admisión de su culpabilidad. De acuerdo con los decretos islámicos que criminalizan las relaciones extramatrimoniales y dictan que el testimonio de las mujeres no

tiene peso legal o credibilidad, a las mujeres se les considera culpables de haber practicado sexo ilícito y se las envía a prisión. En contraste, es totalmente imposible declarar culpable a un violador en la provincia de Punjab (y en muchos otros lugares). Su crimen tiene que ser confirmado por no menos de cuatro varones musulmanes que hayan sido testigos.⁸⁵

No tenemos que ir a Kenia o Pakistán para encontrar ideas retrógradas sobre la violación. En muchos lugares dentro de los Estados Unidos, a las mujeres que denuncian haber sido violadas, frecuentemente no se les cree, se les acusa de provocación o se les calumnia acerca de sus vidas personales. Algunas autoridades todavía se cuestionan si la víctima “no se lo estaba buscando” vistiéndose o actuando provocativamente. Un representante republicano del estado de Carolina del Norte, Henry Aldrich, declaró que las víctimas de violación e incesto son sexualmente promiscuas. Demostrando su maestría en el saber popular ginecológico, Aldrich afirmó que la violación no puede causar el embarazo, porque “los hechos demuestran que a la mujer que es violada –realmente violada– los flujos no le fluyen, las funciones del cuerpo no funcionan y no se puede quedar embarazada”.⁸⁶

Una cantidad estimada de doce millones de mujeres en los Estados Unidos han sido violadas, o una de cada ocho (algunas estimaciones son más altas), a menudo por hombres que conocen, incluyendo miembros de su familia. *Una de cada cuatro informa haber sido molestada sexualmente de niña, generalmente de forma repetida, en períodos prolongados de tiempo, por*

*un familiar cercano.*⁸⁷ Sólo una estimación del 16 por ciento de violaciones, o una de cada seis, se denuncian. El responsable de pequeños robos tiene muchas más posibilidades de ser encarcelado que un violador. Menos del 40 por ciento de las violaciones *denunciadas* termina en arresto, y sólo el tres por ciento de estos termina con un veredicto de culpabilidad. Alrededor del 29 por ciento de violaciones en los Estados Unidos implican a mujeres de once años o menos. Otro 32,3 por ciento están entre once y diecisiete años de edad. Las víctimas de violación tienen un riesgo mucho mayor de cometer suicidio, desarrollar problemas con el alcohol, tener desórdenes alimentarios y experimentar depresiones u otros problemas postraumáticos.⁸⁸

Independientemente de las diferentes actitudes culturales, hay una serie de características sobre la violación que prevalecen en todas las sociedades. Ésta es —por definición— un acto no consentido, sino forzado y a menudo violento, de relación sexual. Hay riesgo de embarazo no deseado, de transmisión de enfermedad sexual y de daño físico. La violación va contra el sentido más íntimo de seguridad de la mujer y puede dejar secuelas de daño emocional. Y en casi todas las culturas, la víctima sufre alguna clase de estigma, o algo peor.

En algunos lugares la violación se considera un crimen, no de un hombre contra una mujer, sino de una mujer contra el honor de su familia. Todos los años miles de mujeres mueren a manos de familiares cerca-

nos por haber manchado la reputación de la familia practicando el sexo fuera del matrimonio, por haber sido violadas, por haber tenido una cita o simplemente por hablar con los hombres.⁸⁹ Consideremos los siguientes casos.

En Nigeria un tribunal islámico declaró culpable a una mujer por haber concebido un hijo con un vecino casado. Ella fue condenada a ser lapidada hasta morir por adúltera tan pronto como su hijo dejó de mamar.⁹⁰

Una esposa pakistaní de veintiséis años denunció haber sido violada por su cuñado, de lo que resultó embarazada. Por esto ella fue condenada a ser lapidada hasta morir. Dadas las protestas públicas un juez la perdonó.⁹¹

Un muchacho de once años en el Pakistán rural fue acusado de andar sin compañía con una mujer de una casta superior. El consejo tribal ordenó una venganza: cuatro miembros del consejo se turnaron para violar a la hermana de dieciocho años del muchacho, para vergüenza de toda su familia. Magullada y sollozante, a la hermana la obligaron a andar desnuda hasta su casa ante cientos de vecinos que reían divertidos. Que los violadores estuvieran manteniendo sus costumbres profundamente arraigadas era un pobre consuelo para la víctima, que estuvo a punto de suicidarse. La protesta airada de los pakistaníes que no estaban de acuerdo con las tradiciones del pueblo hizo que las autoridades procesaran a los culpables.⁹²

En el Pakistán central cuatro hombres declarados culpables de asesinato, acordaron ofrecer en matrimo-

nio a ocho mujeres jóvenes de su familia a la familia de las víctimas para saldar “la deuda de sangre, un caso que no es raro... donde todavía rigen las leyes tradicionales”.⁹³ El clamor nacional sobre el número y edades de las mujeres —una de cinco años— forzó a las familias a cancelar el acuerdo. Como se quejaba un abogado pakistaní, defensor de los derechos humanos: “A las mujeres se les sigue considerando una posesión de los hombres, que pueden entregarse como mercancías o dinero”.⁹⁴

Una mujer palestina fue severamente golpeada por sus familiares masculinos cuando supieron que había sido violada por su cuñado y estaba embarazada. Otras mujeres, que vivían en pueblos de la Orilla Oeste, declaradas culpables de haber practicado el sexo fuera del matrimonio, fueron asesinadas por sus familiares varones.⁹⁵

Si no muere a manos de un familiar, la víctima de una violación frecuentemente es expulsada. Una investigación en la India encontró que el 80 por ciento de las prostitutas llegan a esa profesión al haber sido expulsadas de sus comunidades por “convertirse en algo sucio” debido a una violación.⁹⁶

En Arabia Saudí un tribunal sentenció a un hombre a seis años de cárcel y a recibir 4.750 latigazos (administrados en sesiones de noventa y cinco cada vez) por haber tenido relaciones sexuales con la hermana de su mujer. El tribunal consideró que la mujer *no* había consentido la relación y había denunciado la

violación a la policía. No obstante ella fue condenada a seis meses de cárcel y a sesenta y cinco latigazos.⁹⁷

En Eslovenia una gitana de doce años fue torturada, violada, embarazada y comprada por un gitano varón por 11.000 marcos. Ella intentó escapar repetidamente, pero siempre fue capturada y golpeada. Un tribunal esloveno decidió que el trato del hombre a la mujer estaba “de acuerdo con las costumbres gitanas”, y los cargos contra él se desestimaron.⁹⁸

En Rumania, donde la edad legal para el matrimonio son los dieciocho años, una novia gitana de doce años iba a casarse con un muchacho de quince. Los funcionarios toleraron el matrimonio entre gitanos por ser una costumbre practicada durante cientos de años. La novia no pareció mostrar mucho aprecio por la tradición cultural ancestral. Se escapó de la iglesia en medio de la ceremonia y tuvieron que traerla a la fuerza llorando.⁹⁹

Irán ejecutó a una mujer retrasada mental de diecinueve años —tenía la capacidad mental de una niña de ocho años— por “actos contrarios a la castidad”. El motivo fueron sus servicios como prostituta, una profesión que comenzó siendo niña, después de haber sido forzada a tener relaciones sexuales con familiares masculinos. Fue azotada antes de su ejecución. No se tomó ninguna medida contra los violadores de su familia.¹⁰⁰

Hubo un incendio en una escuela de muchachas en la Meca, Arabia Saudí. Cuando el humo y el calor cercaron a las chicas, estas gritaron para que alguien

abriera la puerta y las dejara salir. Pero a los bomberos, los policías y gente que se había aglomerado alrededor les prohibió actuar la *muttawa'a*, la policía religiosa, porque las muchachas no llevaban ropa adecuada. Se les ordenó que retrocedieran dentro del edificio en llamas con objeto de que consiguieran las túnicas adecuadas y muchas murieron en el intento. Nadie fue acusado.¹⁰¹

En Níger los hombres santos incitaron a la multitud para que atacaran a las mujeres que se encontraran en los bares. Estos viejos hombres sabios habían adivinado que la ropa y la conducta indecente de las mujeres era la causante de la fuerte sequía que asolaba al país.¹⁰²

En Londres una muchacha kurda iraquí de dieciséis años, cansada de las palizas a las que le sometía su padre, pensó en escaparse de casa y comenzar una nueva vida por sí misma. Antes de que pudiera hacerlo su padre la apuñaló repetidamente y le cortó el cuello porque creía que estaba citada con un no musulmán y se había “occidentalizado” demasiado. Ahora está condenado a cadena perpetua por asesinato.¹⁰³

En Turquía una chica de catorce años fue golpeada y violada por una banda durante seis días y después la soltaron. Para restaurar el honor de la familia su padre, ignorando sus súplicas, la estranguló con un cable. Todos los años docenas de muchachas turcas mueren a manos de sus familiares por “desgraciar” a su familia.¹⁰⁴

Estos incidentes, y miles de otros como ellos, revelan cómo los seres humanos pueden estar tiranizados por las convenciones sociales. Los patriarcas llegan a cometer hechos terribles –incluso matarse a sí mismos– para mantener su posición y apariencia dentro de la comunidad. Durante siglos, en pueblos pobres de todo el mundo, la familia ha sido la unidad primaria para la supervivencia. Mantener su buen nombre y su nivel es algo imperativo. Las otras familias, clanes y tribus son rivales potenciales para obtener los recursos esenciales y escasos. A los hijos se les ve más fuertes, más productivos y más útiles que a las hijas. Las hijas tienen que ser protegidas, los hijos protegen. Los hijos pueden salir a trabajar, contribuyendo a la renta de la casa, las hijas tienen que quedarse en casa y ser apoyadas. Durante la niñez de la hija –sus años menos productivos– sigue siendo una carga para la familia, hasta que pueda casarse, si puede pagar una dote (otra carga), pasando a ser apoyada por otra familia el resto de su vida. He aquí la razón de que se intente casar a la mujer tan pronto como su edad lo permita.

Tratada como una carga, la nueva esposa de hecho es cualquier cosa menos eso. Provee los servicios sexuales a su marido y cuida a los niños que se necesitan para continuar la supervivencia de la unidad familiar del marido. La nueva esposa también comienza un trabajo duro para toda su vida tanto en el hogar como en los campos. Lejos de ser un parásito tiene un gran valor y su marido tendría difícil sobrevivir sin ella y otras como ella.

Por tanto las mujeres son una propiedad valiosa. Pero una propiedad tiene que ser comercializable. Una mujer que ha perdido su virginidad a causa de una violación pierde su valor de mercado; ya no vale para el matrimonio. Seguirá siendo una carga para la familia durante toda su vida. La tentación de deshacerse de una mercancía dañada es fuerte. Así que la mujer violada es expulsada de la casa o se termina con su vida para restaurar el honor de la familia.

Pero, ¿qué clase de honor es este que requiere la muerte de muchachas inocentes? La víctima de una violación no solo deja de ser comercializable, sino que es una ofensa para los ojos, un símbolo viviente de vergüenza y vulnerabilidad que amenaza la estabilidad de toda la familia. Una familia denigrada de este modo puede tener que hacer frente a riesgos que amenacen su supervivencia. Los hombres sienten la situación como una ofensa personal. Los hombres de pueblos pobres que disfrutaban de un hogar con señorío ven amenazado su estatus patriarcal y el nombre respetado de su familia. En los entornos estrechos de la vida del pueblo, la tiranía que ejercen sobre las mujeres es una de las pocas cosas que tienen por sí mismos. Como tanta gente que disfruta de unos derechos de propiedad especiales, matarán para mantener lo que tienen, considerando la muerte de la criatura que les ha ofendido como una obligación moralmente elevada, una operación de limpieza.

Las muertes por honor raramente las persiguen las autoridades locales, que piensan que los hombres que están ocupados en aterrorizar a sus mujeres y a man-

tenerlas bajo su bota, están menos dispuestos a actuar al unísono contra las injusticias de su sociedad. La violación y el asesinato de mujeres son en sí mismos un mecanismo clave de control social, que mantiene a la población dividida, reprimida, avergonzada, mientras se infligen daño unos a otros, familia contra familia, hombre contra mujer, hombre contra hombre, enzarzados y paralizados por sus códigos de honor homicidas.

* * *

A pesar de este nada prometedor retrato hay hechos esperanzadores en el mundo, tales como el naciente acuerdo internacional sobre derechos humanos. Además existe una creciente protesta pública dentro de los sectores más educados de diversos países y movimientos emergentes contra la violencia machista y la violación.

En Nagpur, una ciudad de la India central, multitudes de mujeres protestaron por la pasividad de los tribunales y la policía, ante el temor de volver a ser víctimas de los violadores que raramente son perseguidos y se sienten libres de repetir sus crímenes, amenazando con tomarse la justicia por su mano. En varias ocasiones han atacado y matado a violadores en serie que aterrorizaban a vecindarios enteros. "Hemos esperado a que actuara la policía, pero no ocurre nada. Las vejaciones y violaciones continúan y nadie hace nada",

acusaron las activistas por los derechos de la mujer de Nagpur.¹⁰⁵

Mientras tanto un alto miembro del Tribunal Supremo, Arvind Jain, publicó un comunicado extraordinario para las mujeres de Nagpur y del resto de la India. Animó a las estudiantes a que no dudaran en matar al hombre que intentara violarlas, porque en la India llevar un caso contra un violador es mucho más difícil que llevar un caso de muerte en defensa propia. “En mi opinión”, dijo, “la violación es un intento de la comunidad masculina de aterrorizar a las mujeres, diciéndoles ‘piensa que también puede ocurrirte a ti si te niegas a obedecer al hombre’ ”.¹⁰⁶

“LA INSTITUCIÓN MÁS FUNDAMENTAL DE LA CIVILIZACIÓN”

Durante 2003 y 2004 y con el corazón de América crispado de horrible asombro, miles de hombres homosexuales se casaron unos con otros, al igual que miles de lesbianas, en San Francisco y otros lugares. No tardó en surgir un grito de protesta de aquellos que proclamaban saber de qué lado de la *Kulturkampf* estaba Dios. El presidente George W. Bush propuso una enmienda a la Constitución declarando delito federal las bodas entre personas del mismo sexo. El matrimonio heterosexual, declaró, “es la institución más fundamental de la civilización”.

De acuerdo con las encuestas de opinión en 2004 una mayoría de americanos creían que el matrimonio debería ser un asunto exclusivo hombre-mujer. Al menos catorce estados han aprobado leyes o enmiendas a su constitución estatal prohibiendo el matrimonio gay. Ocho de esos estados también han declarado fuera de la ley las uniones civiles y las asociaciones conyugales domésticas, incluyendo las heterosexuales. O es un matrimonio hombre-mujer o no hay vínculo. Una victoria para la cultura tradicional.

Los que se oponen a las bodas del mismo sexo no ofrecen un solo ejemplo concreto de cómo esto dañaría a la sociedad. El matrimonio gay es legal en Bélgica, Holanda y en la mayoría de las provincias de Canadá, y esto ni ha afectado al matrimonio tradicional ni ha subvertido el orden civil en esas sociedades. Yendo más allá, si el matrimonio es una institución tan sagrada, ¿por qué dejarlo enteramente en manos de los heterosexuales? La historia nos da incontables ejemplos de cómo los *heterosexuales* han devaluado y deshonrado la santidad de esta institución supuestamente dada por Dios. Un líder de Ciudadanos para la Protección del Matrimonio, un grupo de Michigan, proclamó felizmente que la gente en su comunidad apoyaba “la definición tradicional, histórica y bíblica del matrimonio”,¹⁰⁷ pero, ¿cuál es realmente esa definición tradicional, histórica y bíblica? Durante milenios el matrimonio heterosexual consistió en un enlace, no entre un hombre y una mujer, sino entre un hombre y cualquier número de mujeres. La poligamia es un concepto aceptado en la propia Santa Biblia. El rey Salomón tenía 700 esposas, por no mencionar 300 concubinas, y sin embargo no sufrió el más mínimo rechazo por parte de Dios o de los hombres. Otros personajes célebres de las Escrituras y a través de la historia han tenido multitud de esposas.

Hoy día en algunas partes del mundo la poligamia todavía la practican los hombres que tienen dinero para comprar esposas adicionales. ¿*Comprar*? Exactamente. Demasiado a menudo el matrimonio no es de consentimiento mutuo, sino la esclavitud de una de las

partes. La mujer no tiene nada que decir en el asunto. En varios países del mundo los mullahs, los señores de la guerra, los jefes tribales y otros hombres prósperos y prestigiosos poseen tantas esposas como puedan abarcar. Las mujeres a menudo se encuentran encarceladas y sin amor de por vida, sujetas a control constante, a violencia periódica, aislamiento prolongado, analfabetismo forzoso, falta de atención si están enfermas y otras condiciones opresivas.

Otra práctica tradicional indeseable es la del matrimonio de niñas. Niñas de once o doce años todavía son permutadas en diversas partes del mundo, conducidas a una noche nupcial que supone una violación infantil, a menudo seguida de años de malos tratos por parte del novio y su familia. Los actuales defensores del matrimonio tradicional dicen poco de cómo su santa institución se utiliza en algunos lugares como instrumento de abuso sexual infantil y esclavitud.

Otra terrible vía para el santo matrimonio es la violación. En algunos lugares del sur de Europa y en catorce países de América Latina,¹⁰⁸ la costumbre, y a veces el propio código penal, exoneran al violador si éste se ofrece a reparar el daño casándose con la víctima y ella acepta. (En Costa Rica se le libera incluso si ella no acepta la oferta). Los familiares a menudo presionan a la víctima para que acepte, con objeto de reparar el honor de la familia y el de ella misma. Cuando una mujer es violada por una banda, *todos* los violadores pueden estar dispuestos a proponerle matrimonio para evitar la prisión. “¿Se puede imaginar a una mujer que ha sido violada por una banda, presio-

nada para que elija con cuál de sus atacantes quiere pasar el resto de su vida?”, comenta un irritado abogado de Perú.¹⁰⁹ Los grupos pro derechos de la mujer de Latinoamérica condenan las leyes que implícitamente perdonan el crimen de violación, ya que se obtiene fácilmente la absolución con una oferta oportunista de matrimonio.

Un abuso tradicional de la boda heterosexual es cuando se utiliza para cimentar alianzas políticas, reforzar fortunas familiares o avanzar en carreras profesionales. Desde la antigua Roma hasta los últimos tiempos de la aristocracia europea, las mujeres de las mejores familias de una nación o facción política eran tratadas como piezas de un juego y casadas con hombres bien situados de otra nación o facción. Y no solo entre aristócratas. Durante el siglo XIX y principios del XX, en la respetable sociedad burguesa, la disponibilidad de una esposa la determinaban precisamente la bolsa y el pedigrí como atractivos emocionales más genuinos. Históricamente el matrimonio ha tenido más que ver con la propiedad que con el amor, y los arreglos respecto a la propiedad han tendido a beneficiar más al esposo. Durante generaciones en los Estados Unidos y otros países occidentales una mujer casada no podía tener propiedades. Tenía que perder la herencia de su familia a manos de su esposo, por lo que quedaba reducida a un apéndice del padre de familia y raramente podía acceder a una educación avanzada o una carrera profesional.

Los arreglos matrimoniales continúan en nuestros días en muchas partes del mundo, con poca atención a los sentimientos de los jóvenes afectados y mucha a la dote, al nivel social y a la condición financiera de las respectivas familias. Incluso en nuestro país hay hombres y mujeres que se casan por dinero, estatus social u otras razones que tienen poco que ver con el sentimiento y afecto personales. ¿No devalúan estos cálculos oportunistas la institución? Sin embargo no oímos ningún clamor sobre este tema por parte de los guardianes de la heterosexualidad nupcial.

En nuestros días los matrimonios arreglados son relativamente raros en los Estados Unidos, excepto en los *reality shows* de la televisión, donde jóvenes y atractivas mujeres —seleccionadas por los productores— optan abiertamente por la oportunidad de casarse con un millonario a quien ni siquiera han visto antes. Se ponen en el escaparate, generalmente una docena a la vez, mientras algún gran hombre rico tarda torturantes semanas en ir las eliminando a todas excepto a una. Entonces él y su selección final se casan en la pantalla ante millones de telespectadores. Ésta seguramente es una calurosa bendición de la sagrada institución.

Otro capítulo triste en la historia del matrimonio heterosexual es la forma en que se ha utilizado para alentar el racismo. En unos diecisiete estados de los Estados Unidos el santo matrimonio fue una institución nada santa, con leyes que prohibían las bodas entre personas de diferentes razas. Durante generaciones hemos vivido con matrimonios entre personas de

la misma raza por mandato legal. La última de estas leyes estuvo en vigor hasta 1967.

* * *

Hoy en los Estados Unidos hombres de clase media abandonan a sus familias, dejando a la mujer con la carga de sacar adelante a los hijos. Son conocidos como los “padres ausentes”. A menudo ni siquiera conocen o están en contacto con sus hijos. Si el matrimonio heterosexual es “la institución más fundamental de la civilización”, deberíamos pensar que podría producir unos resultados algo más admirables que estos.

El matrimonio heterosexual no es una institución particularmente amable o incluso segura para millones de mujeres y sus hijos. Consideremos algunas estadísticas sacadas sólo de los Estados Unidos: una cantidad estimada de dos millones de mujeres son golpeadas repetidamente, y la mayoría están casadas con sus atacantes; la violencia doméstica es la mayor causa de lesiones y la segunda mayor de muertes entre las mujeres; un número incontable de esposas son violadas por sus maridos; casi tres millones de niños padecen un serio abandono, maltrato físico o abuso sexual y cada año decenas de miles de menores se van de sus casas para escapar del maltrato. Es evidente que tomar los votos sagrados del santo matrimonio no es una garantía contra este tipo de sucios hechos.

Los niños son maltratados en las familias cristianas tradicionales como en cualquier otra. Realmente la adscripción religiosa conservadora hace “muy predecible el abuso infantil, más que la edad, el género, la clase social o el tamaño de la vivienda”.¹¹⁰ Tampoco las mujeres lo pasan bien en los hogares fundamentalistas. Reducidas frecuentemente al papel tradicional de esposa, madre y ama de casa, dependen de sus maridos y por tanto son más vulnerables ante el abuso. Los sacerdotes fundamentalistas que consultan, a menudo están inclinados a menospreciar sus quejas y a aconsejarles que sufran calladamente como buenas esposas. Las leyes cristianas restrictivas con el divorcio hacen todavía más difícil para las mujeres dejar una relación opresiva y potencialmente letal.¹¹¹

Cuando las mujeres desarrollan su educación, ganan en poder y se hacen menos dependientes económicamente de los hombres, tiene menos posibilidades de padecer matrimonios abusivos. De hecho están menos dispuestas a casarse. En países como Japón la mitad de las mujeres de edades entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años que están solas no tiene intención de casarse y el 71 por ciento no quieren tener hijos. Las mujeres prefieren permanecer solas para poder “continuar manteniendo un amplio círculo de amigos y continuar sus carreras profesionales”, según un informe. La misma situación puede observarse en Singapur, Corea del Sur y otros países. A pesar del alto nivel de desempleo la mujer está poniendo primero su formación y su carrera, sin mostrarse ansiosa por el matrimonio tradicional.¹¹²

En los Estados Unidos el matrimonio se está haciendo cada vez menos popular tanto entre las mujeres como entre los hombres. Los números de la Oficina del Censo muestran que el 9 por ciento de los hombres de edades entre treinta y treinta y cuatro años nunca se habían casado en 1970; la cifra había saltado al 33 por ciento en 2003. Durante ese tiempo el porcentaje de nacimientos fuera del matrimonio se había más que triplicado.¹¹³ De nuevo, si el matrimonio está en declive, no es porque los gays lo hayan deteriorado.

Una encuesta informa que el 38 por ciento de los americanos casados dicen que están felizmente casados; no hay ningún estudio que nos diga cuánto dura esa felicidad.¹¹⁴ En cualquier caso, millones de parejas heterosexuales en los Estados Unidos y en todas partes encuentran que el matrimonio es una experiencia gratificante, si no para toda la vida, sí con una duración sustancial. Pero para la mayoría de los matrimonios en los Estados Unidos el final más predecible es el divorcio, el 51 por ciento para ser exactos, una estadística extraordinaria difícil de igualar. Si hubiera un 51 por ciento de asesinatos o suicidios o de abuso de narcóticos, la sociedad sería inhabitable. Sin embargo con un 51 por ciento de matrimonios que terminan en divorcio la sociedad no se ha desintegrado. Quizá entonces es que el matrimonio *no* es la institución más fundamental, la base de la sociedad. Más bien, en la mayoría de los hogares en que hay abusos el divorcio realmente es una bendición.

Otro dato significativo: los adoradores de Jesús pueden rezar juntos, pero no necesariamente estar

juntos. De acuerdo con un estudio de 2001, realizado por Barna Research Group Ltd., los cristianos confirmados se divorcian tanto como los menos creyentes, y casi todos los divorcios ocurren “después de que han aceptado a Cristo, no antes”. Los números de 2003 de la Oficina del Censo muestran que los porcentajes de divorcios son realmente *más altos* en las áreas donde viven los cristianos conservadores. Estados culturalmente convencionales y seguidores de la Biblia como Kentucky, Mississippi y Arkansas votaron multitudinariamente la enmienda constitucional que prohibía el matrimonio gay, sin embargo tienen los más altos porcentajes de divorcios del país, aproximadamente dos veces más altos que en estados más liberales como Massachussets.¹¹⁵ Parece que hay un número sustancial de compañeros religiosos que no practican lo que predicán.

Los fundamentalistas mantenedores de la moral pública lamentan el alto porcentaje de divorcios, pero no miden con el mismo rasero a la boda gay. El punto es, si individuos rectos, tales como el comentarista radiofónico reaccionario Rush Limbaugh, pueden casarse y divorciarse una y otra vez sin denigrar la institución, ¿qué es lo que hay de amenazante en la unión gay? ¿Piensa Limbaugh que el matrimonio gay hace mofa de sus tres incursiones en el santo matrimonio y de cualquier otra que pueda venir? Si acaso, los gays felices que quieren entrar en la institución pueden ayudar a compensar a todos aquellos infelices que quieren salir de ella.

En cuanto a si los niños pueden esperar tener una educación apropiada con padres gays, un juez de Arkansas sentenció que sí. Dictaminó que los gays y lesbianas pueden criar a sus hijos, encontró una serie de hechos que demostraban que los niños de los hogares de gays y lesbianas están igual de adaptados que los demás, no tenían mayores problemas académicos o confusiones con su identidad de género, o dificultades respecto a sus compañeros, o ejemplos de abuso sexual. No hay evidencia, concluyó, de que los padres heterosexuales sean mejores que los gays respecto a sus hijos.¹¹⁶

Si las uniones del mismo sexo violan las enseñanzas de la iglesia, entonces la iglesia (o la sinagoga, o la mezquita) deberían negarse a llevar a cabo matrimonios gays, y muchos lo hacen así. Los gays que yo vi casándose en el San Francisco City Hall en 2004 lo hacían con matrimonios civiles, sin ningún sacerdote en la ceremonia, y lo que contemplé me abrió el corazón. Era gente, muchos con largas relaciones, que experimentaba su humanidad, felices de tener el derecho a casarse con la persona a quien amaban, felices de poder ejercitar su ciudadanía y ser tratados como iguales ante las leyes. Como comentó un novio gay, que había estado con su pareja durante diecisiete años antes de casarse, “no sabíamos la vergüenza y la iniquidad con la que habíamos vivido hasta que se nos dio la bienvenida en el City Hall como a seres humanos iguales”.¹¹⁷

Pero no todo es amor y rosas en las bodas gays. Menos de un año después de casarse, cierto número de

parejas del mismo sexo pidieron el divorcio alegando “diferencias irreconciliables”, demostrando de nuevo que los gays no son diferentes al resto de nosotros.

He aquí algunas de las cosas que el matrimonio adecuado nos ha dejado a lo largo de los siglos: poligamia, novias infantiles, arreglos sin amor alguno, tráfico de mujeres, permuta de esposas, mujeres golpeadas, esposas violadas, esclavitud sexual, abuso y abandono de niños, leyes racistas y porcentajes astronómicos de divorcios. Si los gays no están cualificados para casarse, ¿qué podemos decir de los demás? Los homofóbicos adoradores de Jesús que quieren defender esta “institución más fundamental de la civilización” deben empezar por echar una mirada honesta a la sucia condición de muchas uniones heterosexuales en este país y en todo el mundo.



MITOS RACISTAS

DEL TRIBALISMO AL UNIVERSALISMO

El racismo es la creencia de que existe gente étnicamente distinta que no merece un tratamiento justo porque son biológica y culturalmente inferiores. Esta creencia puede ser militante y defendida abiertamente, como los miembros del Ku Klux Klan o de la nación aria nazi o la pueden llevar discretamente, e incluso inconscientemente, los ciudadanos más respetables, muchos de ellos que niegan rápidamente cualquier clase de prejuicios. Desgraciadamente pocas culturas están completamente libres de intolerancia étnica.

Según nuestro mejor saber, la idea de una inferioridad (o superioridad) biológica innata a cualquier grupo étnico no está apoyada en ninguna base científica fiable. Los racistas convencidos mantienen su idea por un proceso de percepción selectiva y un fracaso para dar peso a las condiciones culturales, materiales e históricas. Además de condenar el racismo como un mal, debemos intentar comprender qué lo causa, manteniendo en nuestra mente la idea de que entender no es perdonar.

El vínculo que mantiene unido a un clan o tribu para su supervivencia conduce a conflictos con otros clanes o tribus en su competencia por la comida y el territorio. A veces cuanto más éxito tiene un pueblo en número y movilidad, más fácil es que entre en conflicto con otros grupos. Por ejemplo, durante el siglo XIX en África del Sudoeste una variedad de etnias vivieron pacíficamente unas junto a otras con sólo alguna escaramuza ocasional. Esta amistad internacional tuvo lugar porque la tierra y los recursos eran abundantes. Sin embargo con la introducción de las armas de fuego desde Europa las tribus pudieron matar más número de animales y asegurarse más comida. Con la abundancia de comida se incrementó la población, al igual que la demanda de cada tribu sobre la vida salvaje disponible. La llegada de cazadores europeos redujo aún más los rebaños. Entonces los diversos pueblos entraron en guerra unos con otros, esta vez más seria porque ahora poseían armas de fuego. Este conflicto duró hasta la primera década del siglo XX, en que los pueblos indígenas (principalmente los hereros) fueron exterminados o esclavizados por los colonizadores alemanes.¹¹⁸

El propio acto de solidaridad tribal coloca una barrera implícita alrededor de ese grupo. Reclamando un estatus especial para un segmento de la humanidad, nosotros mismos nos apartamos del resto. Con la hermandad viene la idea de "los otros". Afortunadamente esta no es la única posibilidad. En el mundo de hoy día podemos sentir un apego particular por una etnia en concreto o por un grupo nacional y sin embar-

go sentir también una unión internacionalista con la “familia humana”. En los tiempos anteriores del tribalismo esta no era una solución adecuada. La idea de la humanidad universal era completamente incomprendible, porque había poca experiencia cultural más allá de la propia tierra para la gente corriente. La mentalidad dominante era detenerse en el propio terreno de la tribu.

Los italianos tienen un término para calificar este provincialismo: *campanilismo*, que se puede traducir como “la regla de la torre del campanario”. Nuestra lealtad se extiende sólo hasta donde podemos oír el *campanile*, el sonido del campanario de la iglesia de nuestro pueblo. Más allá de eso, uno está en territorio extraño, y potencialmente enemigo. Con o sin un campanario real, el *campanilismo* ha sido la mentalidad común de la mayoría de los pueblos indígenas, incluso bien entrada la era moderna.

Todavía en 1966, durante mi visita a los pueblos de las montañas en los Apalaches, esta gente hablaba recelosamente de los habitantes de la comunidad vecina, avisándome de que tuviera cuidado con ellos, porque “no eran buena gente”. Oí los mismos avisos en cada valle que visité sobre la gente que vivía en lugares cercanos. En cada caso mis informantes se referían a otros habitantes de los Apalaches, que en cuanto a etnia, lengua, clase, religión y todos los otros aspectos, eran indistinguibles unos de otros.

Esto sugiere que los conflictos surgen no solo entre gentes que son diferentes unos de otros, sino a menu-

do entre los más próximos e iguales. Shakespeare nos habló de los Capuletos y los Montescos, la vida real de los güelfos y los gibelinos, los iroqueses y los algonquianos, los hatfields y los maccosy. A lo largo de la historia y hasta el presente hemos sido testigos de guerras étnicas en Europa, África y Asia, a menudo entre gente que eran más iguales que diferentes unos de otros.

La gente de la misma etnia pueden enfrentarse ferozmente unos con otros a causa de la clase, la tierra, la religión y asuntos culturales.¹¹⁹ Louis Adolphe Thiers y su ejército eran tan franceses como los trabajadores revolucionarios de la Comuna de París, a quienes masacraron terriblemente en 1871, demostrando que naciones relativamente homogéneas pueden desgarrarse por la guerra. Un vínculo de sangre común no impide que los anglosajones protestantes propietarios de fábricas hagan trabajar hasta la extenuación y paguen mal a sus empleados en Inglaterra y los Estados Unidos. Los propietarios chinos de tiendas en los Estados Unidos no dudan en explotar a los propios inmigrantes chinos.

El conflicto étnico no es algo inevitable o una propensión de la raza humana, pero existe como una fuerza poderosa y, desgraciadamente, todavía permanece entre nosotros. Recordemos la canción de Rodgers y Hammerstein en el musical de Broadway *South Pacific*:

Te han enseñado a odiar y temer

Te han enseñado año tras año

*Te han machacado con esa idea tu pequeño oído
Te han enseñado cuidadosamente.*

Lo que yo estoy sugiriendo es justo lo contrario. Tienen que enseñarte cuidadosamente a no odiar ni temer. Recientes investigaciones indican que la idea de “dejad que los niños sean niños” no siempre asegura la ausencia de prejuicios, ciertamente no en una sociedad que tiene tantos. En un momento bastante temprano de la vida los niños empiezan a notar y reaccionar ante las diferencias de género, edad y apariencia física. Los investigadores llegan a la conclusión de que en situaciones multiculturales frecuentemente es necesario un esfuerzo consciente y un trabajo consistente de reafirmación.¹²⁰

Esta observación no es una regla de oro, porque hay muchos ejemplos felices en los que los niños de diferente origen étnico, bien sean europeos, latinoamericanos, africanos o asiáticos, conviven perfectamente bien unos con otros, juegan y son compañeros, poniendo poca atención a las diferencias de apariencia u otros rasgos superficiales. Lo he visto por mí mismo. En estos ejemplos, sin embargo, tiene que haber ciertas similitudes en edad y estilo de vida para que se forme esa amistad.

Antiguamente, aún más que hoy día, el extraño de fuera era considerado un enemigo, un inferior moral, no totalmente humano o, en cualquier caso, alguien que no debía ser tratado como los miembros del clan

propio, alguien que cuando era capturado en la guerra tenía que morir o convertirse en esclavo. Este tipo de ética operativa la implantó Yaveh, también conocido como Jehová, en el Antiguo Testamento judeocristiano, un dios tribal como el que más. Yaveh prestó su ayuda homicida a su “pueblo escogido” en sus guerras, para que pudiera destruir totalmente a los hombres, mujeres y niños de este o aquel reino pagano.

El Antiguo Testamento establece que hay un código ético que gobierna las relaciones entre el pueblo propio y los demás, cuyo exterminio se contempla no solo como una necesidad infortunada, sino como una misión sublime, el cumplimiento de la voluntad de Dios. El paralelismo con el nacionalismo militarista de la cultura de nuestros días parece evidente. La muerte de uno de los nuestros es un asesinato, un crimen que debe ser castigado. La muerte del adversario durante la guerra es aclamada como un acto patriótico de heroísmo.¹²¹

Durante siglos han surgido otras situaciones más esperanzadoras. En el Nuevo Testamento, escrito mil años después del Antiguo, también se nos cuenta sobre matanzas masivas, como las de las multitudes quemándose en los lagos de fuego y azufre en el Libro de la Revelación. Pablo, Timoteo, Juan y otros nos hablan de las mismas denuncias furiosas de idolatría, fornicación, homosexualidad y “lujuria carnal” y la misma aceptación sin reparos de la esclavitud y la subordinación de la mujer.¹²² Pero el Nuevo Testamento también nos ofrece la parábola del Buen Samaritano.

En Lucas (11:25) Jesús es interpelado por un abogado que le pregunta qué significa “amar al prójimo como a ti mismo” y cómo ha de saber “¿quién es mi prójimo?” Sólo un abogado vería tal cosa como un problema. Y Jesús le cuenta una parábola: Hubo un hombre en Jerusalén que fue asaltado por ladrones, que le golpearon, le robaron todas sus pertenencias y le dejaron medio muerto. Pasó un sacerdote e hizo caso omiso de sus peticiones de ayuda, después pasó un levita que tampoco le ofreció su asistencia. Entonces pasó un samaritano que se detuvo, curó sus heridas, le llevó a una posada y le dio de comer. “¿Cuál de estos tres crees tú que era el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?”, preguntó Jesús. El abogado tuvo que admitir que era el samaritano.

La historia debió inquietar a la audiencia de Jesús. La idea de que un *samaritano*, un miembro de una tribu rival, pudiera ser objeto de un sentimiento de hermandad y cariño era una idea revolucionaria en un mundo regido principalmente por el antiguo código etnocéntrico. El mensaje de Jesús era: Todos somos iguales a los ojos de Dios. Deja a un lado la rivalidad tribal y abraza la hermandad universal.

Se podría señalar que a todo esto no se ha dicho nada sobre hermandad femenina. Las mujeres no tenían identidad aparte de su papel de adhesión devota al padre, al esposo, a la familia y a la tribu. Una identidad universal para las mujeres era algo impensable y surgió después de muchas luchas sólo en la era moderna. La próxima vez que celebremos el Día Internacional de la Mujer (8 de marzo) podríamos reconocer

el avance tan revolucionario que es conmemorar la hermandad femenina, incluso —o especialmente— en un mundo donde millones de mujeres todavía padecen una terrible opresión.

Habiendo conocido la desafortunada proclividad humana por los conflictos y distinciones étnicas, deberíamos también tener en mente el sistema de poder e intereses que puede sostener las actitudes racistas en muchas sociedades. Desgraciadamente las discusiones actuales sobre racismo sólo se centran en actitudes: “¿Por qué la gente siente (o piensa) de esa manera?” Pero el problema de la opresión étnica no es simplemente de “corazones y mentes”. Es un componente estructural de clase que opera muy eficazmente. En la sociedad capitalista de nuestros días, por ejemplo, el racismo tiene un cierto número de funciones sistemáticas.

La primera, los empresarios siempre han deseado tener un exceso de fuerza del trabajo. Cuando hay pleno empleo y los trabajos buscan a los trabajadores, en vez de lo contrario, los empleados pueden pedir mejores sueldos. Pero los sueldos mejores reducen los beneficios de la compañía. Cuando los trabajadores se mueven en un mercado de trabajo saturado, los salarios pueden ser más bajos y los empleos pueden ser precarios y estacionales, según la demanda del ciclo de los negocios. Y cuando cualquier sector de trabajadores está mal pagado, esto puede influir en la reducción de salarios en todo el mercado. Manteniendo a los

afroamericanos, latinos y otros como clases étnicamente bajas, una fuerza extra de trabajadores mal pagados que incrementan la competición por conseguir trabajo, el racismo ayuda a asegurar un “ejército laboral de reserva” que mantiene los salarios bajos en toda la sociedad. Así que, junto con el porcentaje normal de explotación (el porcentaje de beneficiarse del trabajo de otros), en este caso se desarrolla una *superexplotación* que permite al empleador moverse entre una fuerza del trabajo desaventajada, de forma que pueda sacar más beneficios a su inversión.

Segunda, la clase baja étnica, la *plebs urbana* de la América moderna, discriminada en cuanto a sus oportunidades de formación y ocupación, se ve relegada a un sector de la fuerza laboral de salarios bajos de una forma desproporcionada. Como a menudo es el único trabajo que pueden obtener, están dispuestos a hacer el “trabajo sucio” de la sociedad: trabajos desagradables, insanos y muy mal pagados, trabajos que los blancos, mejor organizados y con mejor formación, no están dispuestos a desempeñar.¹²³

Tercera, la clase baja étnica se convierte entonces en objeto de resentimiento entre los trabajadores blancos, que claman por su propio subempleo y la pérdida de sus salarios echando la culpa a los afroamericanos, latinos, inmigrantes recientes o cualquiera otros, en vez de reclamar a sus patronos.

Cuarta, el racismo ayuda a mantener dividida a la clase trabajadora desorganizada. Cuando los pocos gobiernan a los muchos, el racismo sirve a los intere-

ses de los pocos enfrentando a los muchos unos contra otros. Los beneficios son más seguros si los trabajadores están ocupados peleando unos contra otros por las migajas en vez de pedir un trozo más grande del pastel. Cuando el desempleo es alto, y los gobiernos conservadores recortan los servicios públicos, la competencia por un empleo y un sueldo se intensifica, así como, por supuesto, por una vivienda y una escuela decentes. Los resentimientos étnicos se calientan y un grupo se enfrenta a otro grupo compitiendo por los cada vez más escasos recursos, todo en beneficio de los que crean la escasez. Una vieja historia.

ESCLAVITUD Y CABALLEROS IMPERIALISTAS

Friederich Engels señaló una vez que la antigua esclavitud deja su “picadura venenosa” una vez que ha pasado a la historia. Lo mismo puede decirse de la esclavitud practicada en nuestro propio país en el Sur anterior a la guerra. Uno de los efectos venenosos posteriores de la esclavitud es el racismo, algo tan obvio que a menudo se olvida. Con la llegada de la esclavitud el racismo se convierte en parte de la ley, de la ideología y del folclore de la sociedad. En la antigua Attica la mayoría de los esclavos eran extranjeros despreciables, más conocidos como “bárbaros”. Se les mencionaba con el término despectivo de *andrópodos* (criatura con patas), una designación racista y subhumana.¹²⁴ En la antigua Roma el rico senador y propietario de esclavos Cicerón, estigmatizó a los sirios y a los judíos como “pueblos nacidos para la esclavitud”, dando a la servidumbre un carácter racial y de sangre, en vez de tratarla como algo circunstancial y de mala fortuna.¹²⁵

En el viejo Sur, hacia al año 1750, cuando la utilización del trabajo de los esclavos se incrementó, la

necesidad de defender la esclavitud se hizo más urgente. “La curiosidad y las hipótesis sobre las distinciones raciales dieron paso a la certeza y al dogmatismo; el respeto por las diferencias se convirtió en desprecio e incluso odio; los intentos de razonar abrieron camino al racismo”.¹²⁶ Se diseñaron numerosas leyes para reforzar la cultura de la esclavitud, dando cobertura legal a la supremacía racial. El estatus de esclavo se redujo a los no blancos y se prohibió el matrimonio interracial.¹²⁷ Se elaboraron toda clase de teorías pseudo-científicas autoconfirmando la psicología y la fisiología de las respectivas razas. Al esclavo africano se le retrataba como irresponsable congénito, indolente, como un niño, taimado, peligroso, inferior en inteligencia y no completamente humano.

Durante mucho tiempo se mantuvo —incluso entre algunos abolicionistas— que el esclavo no estaba preparado para la libertad inmediata. Por tanto la emancipación debía hacerse gradualmente. Pero si no estaban preparados para la libertad, los esclavos debían permanecer siempre en cautiverio, porque era el propio sistema de la esclavitud el que evitaba que pudieran mostrar su habilidad para algo que no fuera ser esclavo. En realidad, incluso en régimen de esclavitud, los esclavos demostraron una serie de habilidades artesanas o para la agricultura y la ganadería, y un deseo de alfabetización, de instrucción religiosa, de formar familias estables y un hogar seguro, cosas que raras veces se les concedían. Incluso antes de la emancipación hubo numerosos hombres libres en el Norte que probaron su eficiencia en la educación, en hablar en

público, en organizarse políticamente, en el periodismo, los negocios, la artesanía y el trabajo duro en general. El verdadero problema para el esclavista no era que sus propiedades no estuvieran preparadas para ser libres, sino que se mostraran demasiado aptos y dispuestos para serlo. Después de la emancipación el “no preparados para la libertad” se convirtió en “no preparados para la igualdad”.¹²⁸

La esclavitud y el racismo van juntos porque ambos alientan la misma relación social opresiva. ¿Por qué los colonizadores llevaron a la fuerza a gente africana al hemisferio occidental? ¿Fue porque nuestros antepasados calvinistas querían añadir calidez y color a sus vidas monótonas? Más bien fue porque los propietarios de esclavos necesitaban disponer de una mano de obra rentable para que ellos pudieran vivir bien de la explotación de los africanos. Los colonizadores blancos secuestraron a los hombres de raza negra para hacerles trabajar las tierras que habían expoliado a los hombres de piel roja y morena.

El racismo por tanto es un producto no solo de la esclavitud, sino del imperialismo, la internacionalización de la explotación de clase. Como señalé en el capítulo 5, el imperialismo es el proceso por el cual la clase dirigente de un país o región expropia las tierras, el trabajo, los recursos naturales y los mercados de otros. Lo que se intenta es imponer sobre el pueblo colonizado una condición de carencia, pobreza y subempleo, para así explotar mejor sus recursos naturales y beneficiarse de su trabajo.

Los imperialistas no hacen sus víctimas a la gente de color *per se*. El racismo no es el objeto central del imperialismo, sino simplemente un apoyo útil. Los imperialistas han explotado a la gente de cualquier color, incluidos los europeos blancos. La primera región sobre la que los poderes occidentales impusieron el subdesarrollo económico fue Europa del este, con sus habitantes caucasianos, en el siglo XVI. De igual modo la colonia británica más antigua, Irlanda, remontándonos a más de siete siglos atrás, estaba poblada enteramente por europeos blancos.¹²⁹ Hoy día, desde la caída de los estados comunistas, el subdesarrollo forzado se ha reintroducido en Europa oriental y, más recientemente, en la antigua Yugoslavia, otro país caucásico.

Cuando los imperialistas explotaron a las gentes de color fue por motivos económicos, aunque rápidamente racionalizaron sus atrocidades en términos racistas. Cuando invadieron África, Asia y América, saquearon las tierras, quemaron cosechas, destruyeron ganados, masacraron pueblos y ciudades y aplastaron o esclavizaron a sus habitantes, los colonizadores tenían que negar la humanidad de sus víctimas y achacarles el salvajismo homicida que ellos mismos habían practicado.

Hubo raras excepciones. Un vecino de la colonia de Plymouth Bay desde 1627 hasta 1645, el bueno de Thomas Morton, se tomó la molestia de confraternizar con los nativos americanos y les encontró “más llenos de humanidad que los cristianos”. No eran ni peligrosos ni dañinos “como algunos habían pensado”. De

hecho Morton comprobó que los “indios” eran sutiles e inteligentes, admirablemente competentes en la agricultura, la caza, la atención a los partos y la medicina, y vivían vidas ricas y plenas.

Morton también celebró las maravillas de su tierra, la belleza de sus colinas, los bosques limpios de maleza y transformados en territorios de caza por los indios, las grandes bandadas de patos y pavos salvajes y las manadas de venados que pasaban, los ríos y costas llenos de peces, los bancos de ostras de una milla de largo, las bancadas sin fin de mejillones y almejas, las “fuentes cristalinas y los arroyos de agua clara”.¹³⁰

Pero donde Morton vio una tierra hermosa y fecunda “con todo lo necesario”, los puritanos vieron solamente un salvajismo sin dios, lleno de espíritus malignos y “bestias peligrosamente salvajes”, una tierra que ellos odiarían hasta que pudieran sojuzgarla y transformarla en una propiedad personal. Donde Morton vio unos indígenas amistosos e inteligentes, los puritanos vieron “brutos”, “demonios” y “adoradores del mal”, cuyas almas estaban destinadas al infierno por un proceso de exterminación. Los nuevos colonos abusaron de la hospitalidad de los nativos, profanaron sus tumbas, masacraron sus tribus y exaltaron a ese Dios que estaba contento de castigar a sus odiados enemigos y “dejarnos sus tierras en herencia”, pasando a propiedad de los Endicotts, Winthrops, Underhills, Bradfords y otros cuyos nombres patricios de Nueva Inglaterra todavía nos son familiares hoy.¹³¹ Es notable lo a menudo que a través de la historia “agradar a

Dios” se ha convertido en un asunto de muerte y destrucción.

La exterminación total de la tribu de los Pequot por parte de los puritanos fue un acto de genocidio repetido una y otra vez durante casi tres siglos por otros colonizadores contra los indios nativos americanos y otros pueblos del Tercer Mundo. Según eran exterminadas las víctimas del imperialismo, eran satanizadas con la terminología racista. Durante la guerra de los Halcones Negros de 1832, en la cual fueron masacrados sistemáticamente hombres, mujeres y niños de la tribu sauk, se habló de “eliminar a esos demonios con forma humana” y exterminar a esos “miserables vagabundos” que eran “más como las bestias que como los hombres”. En esa misma guerra un soldado americano, disparando sobre un niño sauk, mencionó una de las metáforas más deshumanizadoras del imperialismo: “Matad a las liendres y no tendréis piojos”.¹³²

George Washington comparaba a los “salvajes pieles rojas” con los lobos, “ambos son bestias de rapiña, aunque difieren en la forma”. En su poema “La carga del hombre blanco”, Rudyard Kipling se refería a las víctimas asiáticas del imperialismo británico como “medio demonios, medio niños”. En 1897 Winston Churchill opinó que los afganos eran “peligrosos y tan sensibles como perros locos, por lo que deben ser tratados como tales” y recomendó el uso de gas venenoso contra ellos. El primer ministro británico Lloyd George dijo que su gobierno se reservaba el derecho de “matar a los negros” (se refería a asiáticos y africanos), y los imperialistas alemanes, mientras colonizaban y

aplastaban a la gente en África del Sudoeste en 1900-1910, les describían como “mandriles”.

Para justificar el expansionismo de los Estados Unidos más allá de los mares, los presidentes americanos hablaron de la obligación “anglosajona” de “inspirar y civilizar” a los pueblos inferiores, como dijo el presidente William Wilson McKinley de los filipinos y el presidente Woodrow Wilson de los latinoamericanos.¹³³ “El futuro pertenece al hombre blanco”, anunció el kaiser Guillermo II en 1908. “No pertenece a los amarillos, negros o cobrizos. Pertenece al hombre rubio y pertenece a la cristiandad y al protestantismo. Nosotros somos los únicos que podemos salvarlo”.¹³⁴ Así los saqueadores sanguinarios se presentan a sí mismos como los salvadores de la civilización.

Debemos recordar que los pronunciamientos racistas no siempre provienen de individuos incultos, sino que a veces vienen de los personajes más eminentes de la sociedad occidental, aquellos que han interiorizado más su cultura: los líderes y patricios, los caballeros de la clase superior, los imperialistas.

Hasta el día de hoy los racistas todavía tratan de subordinar el estatus social de la gente de color como una manifestación segura de sus capacidades biológicas y mentales inferiores, más que como algo debido al propio sistema socio-económico. Desde la emancipación las creencias racistas han persistido tanto por causa como por justificación de las condiciones de raza-clase opresivas. El linchamiento, la pobreza, los niveles de educación y vivienda precarios, las oportu-

nidades limitadas o inexistentes de trabajo y la discriminación en todas las facetas de la vida no son sólo sintomáticos de las actitudes racistas de siempre, sino también de las condiciones sociales de escasez, competencia, poder de clase y explotación laboral. Como señalamos en el capítulo anterior, el racismo no es solo una actitud personal interiorizada, sino una relación social exteriorizada que alienta continuamente las condiciones que parecen prestarle confirmación y hacerlo tan funcional.

Las elites económicas a menudo se preocupan de minar la unidad de la clase trabajadora e incitar la competencia inter-étnica. Su objetivo es dividir y vencer.

En la antigüedad algunos escritores griegos y romanos, incluyendo a Platón y Aristóteles, mencionaron que era deseable importar esclavos de diferentes nacionalidades y lenguas como un medio necesario para evitar que se unieran y pudieran rebelarse. Aristóteles escribe: "El esposo debería tener esclavos que no fueran de la misma nación o forma de pensar, porque así serán laboriosos en sus tareas y seguros en cuanto a no intentar nada inadecuado".¹³⁵ Los invasores europeos de África y Norteamérica utilizaban sobornos, engaños, tretas y regalos de armas de fuego para enfrentar deliberadamente a unos pueblos contra otros.¹³⁶

En la América del siglo XVII, antes de que se desarrollaran las leyes e ideologías de la esclavitud y el

racismo, los sirvientes blancos y negros no solo trabajaban juntos, sino que confraternizaban y parecían no preocuparse en absoluto de las diferencias de color. Las leyes que se dictaron prohibiendo la mezcla interracial testifican la vigencia de estas relaciones. Los propietarios de esclavos tenían un “vivo temor” de que sus sirvientes blancos se unieran con los negros o indios para ofrecer resistencia ante los patronos, cosa que ocurrió más de una vez. Así que los gobiernos coloniales siguieron deliberadamente la política de crear aversión entre los tres grupos raciales, volviendo a los indios contra los negros y a los blancos pobres contra ambos.¹³⁷

Después de la guerra civil el Ku Klux Klan lo crearon los propietarios de fábricas para aterrorizar a las asociaciones de trabajadores (sindicatos) y mantener a los negros lejos de los blancos. A finales del siglo XIX y principios de XX, las firmas industriales promovieron activamente la desunión y la hostilidad entre los grupos de inmigrantes en las ciudades, incluso llegando a mezclar deliberadamente en equipos de trabajo a suecos, polacos, húngaros, irlandeses y otros a la manera aconsejada por Aristóteles.¹³⁸ En algunas ocasiones en las prisiones de los Estados Unidos los funcionarios han promovido conscientemente la fricción entre presos blancos, negros y latinos, haciendo lo posible para evitar la unión entre ellos. Las mismas estrategias las ha utilizado la policía urbana respecto a las bandas callejeras.¹³⁹

Como señalé en el último capítulo, el racismo des-
vía la rabia de los trabajadores blancos de sus emplea-

dores ricos y privilegiados y la dirige hacia los otros trabajadores que tienen una etnia diferente. El racismo también sirve a los intereses de los líderes políticos conservadores que siempre están ojo avizor de asuntos “culturales” tales como el crimen en las calles, los predicadores en las escuelas, la quema de banderas, el aborto, los derechos de los gays, los valores de la familia y la pornografía, temas que difuminan las líneas de clase y distraen la atención de las realidades económicas.

En conclusión, el racismo generalmente se considera un resultado aberrante e irracional de un sistema social básicamente racional. Realmente suele ser justo lo contrario: el racismo es el resultado racional de un sistema injusto y torcido irracionalmente de privilegios y explotación. Gran parte de la política es la manipulación racional de símbolos irracionales. Los sentimientos racistas los orquestan conscientemente las elites en el poder siempre que puedan sacar algo de ello.

Hace algunas décadas fuimos testigos de gobiernos estatales que promocionaban a Jim Crow y toleraban la ley de Lynch, mientras el gobierno federal no hacía nada y miraba para otro lado, temeroso de “ofender al Sur”. Hoy todavía hay fuerzas institucionales que viven a costa del racismo. Los estereotipos racistas todavía los difunden los noticieros y los medios del entretenimiento. Y una Casa Blanca reaccionaria hace todo lo que puede por maximizar las desigualdades sociales que soportan la mayoría de los grupos minoritarios. El único rayo de esperanza contra esta terrible historia es la tímida e incompleta progresión de la ser-

vidumbre hacia la liberación, de la esclavitud y la segregación hacia la democracia económica y la igualdad. Contra todos los obstáculos hubo y todavía hay gente que se organiza, se forma y se mueve por la justicia social, y que consigue victorias; negros y blancos juntos luchando con determinación, no solo a favor de la gente de color, sino por la humanidad común, nuestra hermandad universal.

**HIPERINDIVIDUALISMO,
REALIDAD Y PERCEPCIÓN**



BONDADES Y DESÓRDENES DE LA NUEVA ERA

A finales de la década de 1960, dentro de la “cultura de la juventud”, “cultura alternativa” o “contracultura”, que de todas estas maneras se le ha llamado, surgieron unas ideas y prácticas imprecisas que recibieron el nombre común de *Nueva Era*. La idea de la Nueva Era persiste hoy día como una amalgama de misticismo oriental, ocultismo occidental, psicología de auto-ayuda y estilos de vida y tratamientos de salud alternativos. Gran parte del pensamiento de la Nueva Era no es nuevo en absoluto, sino que proviene de antiguas disciplinas transmitidas por gurús, lamas y chamanes de la India, Japón y el Tibet.

Mucha gente sigue los enunciados de la Nueva Era leyendo y practicando a su aire y sólo ocasionalmente asistiendo a un seminario o conferencia. Los libros, cintas, artilugios y programas de la Nueva Era constituyen una industria de mil millones de dólares. Una encuesta nacional estimó que unos diez millones de americanos estaban enganchados en algún aspecto al misticismo oriental. Millones de otros siguen una línea más secular de “autoayuda”. Un número menor está

sometido al régimen totalitario de algún grupo o culto comunales. Como fenómeno cultural, ¿qué es todo esto?

Los que proponen la Nueva Era nos han ofrecido muchas cosas de valor. Cuando la buena vida se definía como la vida inmóvil (cuanto menos esfuerzo, mejor), algunos entusiastas de la Nueva Era hacían yoga y aeróbic. Mientras las compañías de refrescos promocionaban sus bebidas azucaradas y las industrias de la carne y la leche nos convencían de que unas buenas dosis diarias de vaca y leche eran vitales para nuestra salud, los nutricionistas alternativos estaban promocionando la dieta sin azúcar, vegetariana y con poca grasa. Muchos seguidores de la Nueva Era han tomado una postura de culto a la salud, dándole gran importancia a la ciencia nutricional, a la medicina preventiva, la acupuntura, la naturopatía, la homeopatía, los tratamientos con hierbas y otras alternativas no alopáticas. Algunos incorporan la meditación y otras disciplinas mentales en su programa diario, en un intento de rebajar sus niveles de estrés, mejorar su salud y encontrar una mayor paz mental.

Los seguidores de la Nueva Era nos han urgido a vivir con menos excesos y más cerca de la naturaleza. Mientras las corporaciones agrícolas no han hecho nada para evitar la contaminación de la tierra y los cultivos con herbicidas tóxicos y pesticidas, inyectando al ganado grandes dosis de antibióticos y hormonas y produciendo alimentos modificados genéticamente, los que proponen el nuevo estilo de vida alternativo

han optado por cultivos orgánicos y alimentos naturales.

Los seguidores de la Nueva Era fueron una parte de los primeros movimientos medioambientales. Los mejor informados de entre ellos han argumentado que los recursos de la naturaleza son finitos, no infinitos, incluyendo la capacidad de la tierra para absorber el calor de nuestro consumo energético. Mantienen que los seres humanos necesitan eliminar su necesidad de los combustibles fósiles altamente contaminantes e ir hacia energías medioambientalmente sostenibles, como la solar, la eólica y las mareas. Ellos (junto con otra gente que practica el pensamiento de la Nueva Era pero que no se considera seguidora de la misma), argumentan que los niveles progresivos de toxicidad, calentamiento global, reducción del ozono, deforestación, destrucción del suelo y contaminación de los océanos están dañando la salud de todo el género humano y llevándonos al desastre ecológico total.

Apreciando los valores de los indios nativos americanos, los seguidores de la Nueva Era han atacado la postura industrial de occidente que considera a la naturaleza como algo que hay que dominar y de lo que se puede disponer de acuerdo con nuestros deseos. Algunos dicen que todos estamos conectados unos con otros, con otras especies y con nuestro entorno natural. Por sus esfuerzos ecológicos, ellos, junto con otros defensores del medio ambiente, han sido tachados de "eco-terroristas" por los conservadores que propugnan el mercado libre, cuya razón de ser es transformar la

naturaleza viviente en mercancías y las mercancías en capital muerto.

Los seguidores de la Nueva Era también tienen un punto de vista crítico sobre los valores militaristas y patrioteros y han jugado un papel prominente en las actividades contra la guerra, recordándonos, como dicen sus señales de protesta, que “la guerra es insana para los niños y otros seres vivientes”.

El “enfoque” de la Nueva Era está constituido por una amalgama de entusiasmos y prácticas a veces contradictorios. Algunos de sus seguidores están menos dedicados al activismo social que a estudiar lecturas esotéricas, las cartas del tarot, la quiromancia, la curación por las piedras, la curación por el cristal, las cartas astrológicas, la reencarnación, la vuelta al pasado, la levitación y otras estratagemas cuestionables. Los resultados que proclaman van desde asuntos menores hasta curaciones milagrosas, desde ser capaz de despertarse sin despertador hasta transformar totalmente una personalidad.

Aquí yo deseo examinar críticamente la ideología de la Nueva Era que pregona el hiperindividualismo y la autosuficiencia sin límites, el enfoque súper-subjetivista que reduce el valor e incluso niega la existencia de las fuerzas sociales objetivas.¹⁴⁰ Al contrario de los valores de la Nueva Era que tienden a fomentar una preocupación por los problemas sociales, el hiperindividualismo desalienta el compromiso con el mundo. En vez de mirar críticamente a la sociedad que nos rodea e involucrarnos en acciones sociales que pudie-

ran ayudarnos a poner al mundo —y a nosotros mismos— en un camino mejor, el hiperindividualismo nos invita a sumergirnos en nosotros mismos, a encontrar un universo de poder sólo en nuestro interior. Es el gran decreto del solipsismo.

Para el hiperindividualista la realidad externa parece contar poco. Lo que importa es cómo se *percibe* esa realidad. Como proclamó Werner Erhard, “la realidad es hacer creer”.¹⁴¹ Han surgido varias organizaciones para ayudarnos a desarrollar el poder “de crear la realidad que tú quieras, el poder para estar en sintonía con los aspectos más elevados de tu naturaleza”.¹⁴² Lo que Jeffrey Masson dice sobre ciertos psicoterapeutas que ponen poca atención a la realidad social lo mantendrían muchos gurús inspiradores. Desde su punto de vista del mundo, “no hay análisis de clase, ni pobreza, ni desigualdad, hambre o traumas tales como la guerra, la violación y el abuso infantil”.¹⁴³

El enfoque inspirador sobre el conocimiento es completamente diferente del método científico que considera las experiencias puramente subjetivas como poco fiables. Para el inspirador, la intuición se superpone a la razón; cuanto *más* subjetiva y arraigada en el sentimiento personal es una percepción, más verdadera debe ser, como la revelación mística y otras experiencias de la fe. La inefable calidad de una experiencia a veces se toma como evidencia de su profundidad, y si viene profundamente de uno mismo, entonces debe ser cierta.

Otros argumentarían que una cosa es afirmar nuestra fe en el valor individual y otra ver la realidad sólo a través del prisma de uno mismo. Una vez que tratamos la experiencia interior como lo más importante, estamos dando un paso para proclamar la omnipotencia personal. Para algunos seguidores de la Nueva Era todo hombre es autor de su propio destino: "Tú haces tu propia realidad", "tú escoges tu propio destino". La suerte en nuestra vida es sólo un asunto de cómo decides pensar y actuar. La realidad social se convierte en poco más que un asunto mental y de propia voluntad.

Tales ideas sirven fácilmente de apoyo a la ideología de derechas y se pueden llevar a extremos llamativos. Eileen Marie Gardner, ayudante especial del Ministerio de Educación de los Estados Unidos durante la administración Reagan, mantuvo que incluso los retrasados y mutilados pueden construir su propio destino:

"Ellos asumen falsamente que la lotería de la vida les ha penalizado de forma fortuita. Esto no es así. Nada le ocurre a un individuo que, en algún punto de su desarrollo, él mismo no haya originado. Cada uno de nosotros es responsable de su situación en la vida... En el universo no hay injusticias. Por muy desagradable que pueda ser, *las circunstancias externas de una persona se corresponden con su nivel de desarrollo espiritual interno...* Los retrasados que buscan que otros

soporten sus cargas y eliminen sus barreras quieren evitar el tema central de sus vidas".¹⁴⁴ (La cursiva es mía)

Ese "tema central" incluye el síndrome de Down, la esclerosis múltiple, la parálisis, la espina bífida y otras afecciones de incapacidad.

Las ideas oscurantistas de Gardner tienen un enorme parecido con el punto de vista del yoga sobre que las discapacidades congénitas son merecidas, porque reflejan el desarrollo del karma de nuestra alma. En otras palabras, si tú has nacido con fibrosis quística, es un castigo por tus pecados en vidas pasadas.

Lo mismo sirve para nuestra condición de clase. Como señaló un desilusionado devoto hindú: "Nuestro líder espiritual nos enseñó que si tú has nacido como campesino pobre en el Tercer Mundo, destinado a vivir toda tu vida en una miseria desesperada, es porque actuaste mal en vidas pasadas. A la inversa, si has nacido rico o acumulas riqueza es porque te has ganado esa buena fortuna por medio de acciones buenas previas. Debes disfrutar de estar libre de culpa".¹⁴⁵

En resumen, los más devotos del hiper-subjetivismo de la Nueva Era mantienen las siguientes máximas:

La voluntad del individuo es todopoderosa y determina su destino.

Lo que son pobres y pasan hambre, o han sido violados o asesinados, se lo han buscado de alguna manera.

Sufrir es simplemente el resultado de una conciencia imperfecta.

Los que viven bien en medio de tantas privaciones tienen una conciencia más elevada, y por tanto merecen su premio.

Si uno piensa que algo es cierto es que es cierto, porque la verdad es idéntica a la creencia.¹⁴⁶

Si “no hay injusticia en el universo”, como proclama una próspera conservadora bien alimentada como Gardner, entonces es cierto que no hay injusticia en nuestra sociedad. Si tú creas tu propia realidad no tienes que protestar sino de ti mismo, o de tu propio pasado. Las opresiones raciales, de género o de clase son sólo nuestro propio invento. Ningún dirigente plutócrata podría haberlo expresado mejor.

Para ser exactos no hay nada malo en cultivar nuestras capacidades internas de sosiego y contento. Todos tenemos un entorno intra-psíquico que a veces necesita atención. A nuestra paz mental la puede ayudar la meditación, el ejercicio, la buena dieta y la liberación de los falsos valores. Tales cosas pueden constituir una diferencia notable en nuestra vida. Esta es la mejor contribución de la cultura alternativa, influenciando a muchos que no se consideran seguidores de la Nueva Era.

Pero la mejora personal y la preocupación centrada en uno mismo no debe pensarse que abarca la totalidad de la vida o incluso la totalidad de la experiencia individual. Hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que sueña la filosofía de la Nueva Era.

EL MITO DEL INDIVIDUALISMO

En algunos aspectos el auto-centralismo de la Nueva Era recuerda el hiperindividualismo de la sociedad del libre mercado en la cual florece. Bajo el capitalismo se glorifica la autoconfianza del individuo, a menudo por parte de corporaciones que dependen de los subsidios y apoyos multimillonarios del gobierno. El mito del individualismo a ultranza conforma a la gente que persigue su gratificación personal, libre de las necesidades de otros, casi aparte de cualquier contexto social más amplio.¹⁴⁷

Las películas y las series de televisión producidas por los medios corporativos retratan regularmente a protagonistas sin miedo quienes con una sola mano eliminan a las fuerzas del mal y ponen las cosas en su sitio, generalmente con generosas aplicaciones de violencia: héroes de cultura individualizada para una cultura del individualismo. Que la condición humana ha avanzado principalmente por los esfuerzos colectivos organizados de mucha gente corriente, que luchó valientemente contra los privilegios y la injusticia, es un tema radical que nunca se menciona en los medios del entretenimiento de masas. En un mundo creado

por el sistema de las corporaciones, la sociedad se convierte en una amalgama de seres interesados dedicados a trabajar y consumir, envueltos en unos cambios de mercado que reducen la mayoría de las relaciones sociales (fuera de la familia) a valores instrumentales. Se cultivan amigos que podrían ser ventajosos para nuestros intereses, interactuando con otros para obtener algo de ellos. El objetivo del mercado libre es una carrera individual con un codicioso fin. El objetivo de la Nueva Era es un avance individual espiritual con un fin emocional personalizado. En su enfoque sobre el individuo que se sirve a sí mismo el *yuppie* y el *yogui* no se encuentran muy lejos uno de otro.

Para algunos hiperindividualistas no hay necesidad de involucrarse en los asuntos del mundo, primero porque tal cosa es una distracción de nuestro propio viaje interno y segundo porque la mejora de uno mismo presumiblemente conduce a una mejora del mundo. Como aconseja el yogui Swami Sivananda: "Refórmate a ti mismo. La sociedad se reformará a sí misma. Deja fuera de tu corazón el universalismo. El mundo se cuidará a sí mismo. Aparta al mundo de tu mente. El mundo será pacífico."

Si los problemas del mundo empiezan con el individuo, lo que sigue es que "tú no puedes esperar mejorar el mundo hasta que tú mismo estés perfecto". Una vez conseguido eso he aquí que no encontrarás nada malo en el mundo. Un folleto de un seminario de la Nueva Era en Vermont hace algunos años, titulado "Un curso en milagros", nos dice que "amor" es lo que "ocurre cuando dejamos de intentar cambiar el mundo

y cambiamos nuestras mentes sobre cómo lo vemos... Nosotros no somos víctimas del mundo”.

Si no hay víctimas no hay castigadores. He aquí que todos somos igualmente responsables de los males del mundo, tanto los poderosos como los pobres, el opresor como el oprimido, el violador como el violado, el niño víctima de abusos como el abusador, el explotador como el explotado, el belicista como la víctima de la guerra, el contaminador como el enfermo, los pocos a los que les sobra como los muchos necesitados.

Se nos ha dicho que una mente en calma es esencial para el desarrollo espiritual. La gente envuelta en luchas políticas no suele tener la mente en calma sobre las injusticias del mundo; se sienten frustrados e irritados de vez en cuando, y esto no les hace mejores que la gente a la que condenan, dicen los que proponen la paz interior. En abril de 2003 un llamamiento de la KPFA-Pacífica criticó a los manifestantes por la paz por dirigir su descontento contra el presidente G.W. Bush, quien en ese momento estaba dirigiendo una guerra de agresión que mataba a miles de inocentes en Iraq. En opinión del locutor, los que “dirigían esos sentimientos negativos hacia Bush no eran mejores” que el presidente y su cohorte. Como ellos llevaban la irritación en sus corazones, los que se oponían a que se matara eran tan malos como los que mataban.

Sin negar lo deseable de la mejora propia, podemos preguntar: ¿Debo reformar mi ser anterior para después reformar el mundo que me rodea? ¿Los seguido-

res del yo-primerio se pueden sentir lo suficientemente iluminados y auto-poderosos como para dar la batalla a las injusticias del mundo más amplio? Una ideología que sólo habla del yo y no del mundo no puede producir verdaderos reformistas.

¿Cómo podemos dotarnos de poder a nosotros mismos sin enfrentarnos a las condiciones que nos quitan ese poder? Los que están preocupados con un plan puramente personal eventualmente pueden moverse hacia una esfera social, pero generalmente sólo en persecución del mismo plan. Como señaló un practicante del crecimiento personal, “la gente se ha auto-afianzado y ahora quiere un plan de negocios”. Ahora quieren clase de entrenamiento para la prosperidad y técnicas de financiación creativa. Se convierten en ambiciosos dentro del sistema, no en cruzados contra él.

Algunos descubren que las necesidades materiales cuentan para algo más de lo esperado. Una que se autodenominaba “Hippy de San Francisco”, que una vez creyó que “podía ayudar a traer la revolución espiritual”, pasó por momentos económicamente duros y llegó a la conclusión de que “es duro pensar mucho en tu vida espiritual cuando estás luchando por pagar la hipoteca y cuando tu único ruego es que tu hija adolescente practique sexo seguro”.¹⁴⁸

No es de extrañar que el nexo de unión de los seguidores de la Nueva Era tenga que ver con la clase. Un estudio demuestra que la mayoría de los practicantes de este culto son caucasianos con educación

colegial y de hogares de clase alta o media.¹⁴⁹ Pero están muy poco representados los trabajadores del campo, obreros de fábricas, empleados de servicio mal pagados y otros que pasan necesidades económicas y necesitan protección, cosa que tiene poco que ver con los refinamientos de la conciencia autosuficiente.

El sociólogo Charles Horton Cooley dijo una vez que un individuo aislado es una abstracción desconocida por la experiencia, y que hay practicantes del budismo que meditan sobre su propio fenómeno contemplando su conexión con el mundo entero, con todas las cosas que existen una a causa de la otra. No ocurre lo mismo con los hiperindividualistas, que dan gran valor al contenido de su propia persona. Necesitar a los demás se considera un signo de insuficiencia, más que un deseo normal de los seres humanos, que es lo que somos. No necesitar a nadie supone supuestamente estar más desarrollado y liberado.¹⁵⁰ Así las necesidades infortunadas de la alienación actual y del aislamiento social se transforman en logros virtuosos.

Lo que llamamos el “yo” y la “conciencia interna” no son entidades acabadas; más bien están ligadas a una experiencia social más amplia. El auto-poder, el hiperindividualismo, son un mito. Ningún logro humano es algo autónomo. Los atletas, artistas, líderes de los negocios, científicos, etc., operan dentro de un contexto social; todo lo que tiene que ver con su cultura depende de las habilidades, trabajo, inventiva y recursos materiales de los que les precedieron y de los que trabajaron con o por ellos. Nadie consigue mucho

sin la ayuda de toda una gama de logros colectivos pasados y presentes. Incluso el gurú de otro mundo depende de los otros, que le alimentan y le cobijan mientras él se aventura en sus extraños reinos.

Peter Marin nos recuerda que todos los productos y comodidades de que disponemos son el resultado del “trabajo compartido de los demás; la lengua que utilizamos, las creencias que mantenemos y la forma en que vivimos nuestras experiencias. Cada una de estas cosas envuelve un mundo de otros, en el cual nosotros entramos en cada momento de nuestras vidas”. Incluso el simple acto de tomar café con azúcar por la mañana nos sumerge en un mundo más amplio. Tanto el azúcar como el café han sido cosechados muy probablemente en un país donde se ha expropiado la tierra a los pequeños agricultores que eran sus verdaderos dueños, “donde los salarios que se pagan a los trabajadores son bajos hasta la explotación. No hay duda, además, de que el sistema político subyacente de distribución de la tierra lo mantienen en gran parte los políticos que gobiernan por decreto y los ejércitos que actúan en nuestro nombre”. Así que un producto tan simple como un café “no tiene nada que ver con la voluntad del individuo y todo con la economía y con la historia”.¹⁵¹

Las injusticias socioeconómicas y las enfermedades y la infelicidad personales pueden inducir a algunas gentes a buscar soluciones engañosas, haciéndoles acudir a curanderos, chamanes y similares. La verda-

dera autosuficiencia, sin embargo, debería combinar el despertar personal con una preocupación por las fuerzas políticas y sociales que actúan sobre nosotros. Necesitamos desarrollar formas de integrar la naturaleza, la sociedad, y demostrar que la codicia y el autoenriquecimiento de unos pocos no debería ser —y realmente no puede ser— el camino hacia una sociedad feliz y sostenible para todos, sin importar cuántas manos invisibles del libre mercado estén al acecho. Mezclar las preocupaciones públicas y privadas es el mejor método de conducirnos a la pobreza.

Una cosa parece segura: mientras que los valores de la Nueva Era pueden a veces suponer contribuciones valiosas, el quietismo político y el hiperindividualismo no nos llevan hacia ninguna verdadera liberación social, ni, por eso mismo, a ninguna verdadera liberación *personal*. Eso sólo juega a favor de los que prefieren gobernar una población atomizada, distraída y políticamente inculta.

OBJETIVIDAD Y EL PARADIGMA DOMINANTE

Los símbolos legitimadores importantes de nuestra cultura se miden a través de una estructura social que está en gran medida controlada por organizaciones centralizadas y lucrativas. Esto es cierto especialmente en nuestro universo de la información, cuyo mercado masivo está monopolizado por los medios que son propiedad de las corporaciones.

Los reporteros y editores de noticias que trabajan para estos conglomerados gigantescos y multimillonarios creen que son objetivos en su tratamiento de las noticias. Si se les presiona sobre el asunto dicen que son profesionales que sólo cuentan los hechos, que evitan introducir opiniones personales en sus reportajes, que van derechos a las fuentes para conseguir su historia sin ningún sesgo ideológico en su trabajo. Fox News, una cadena de noticias que tiene tendencia derechista y está especializada en comentarios reaccionarios, proclama ser “la única cadena de noticias que es limpia y equilibrada”, como dicen sus anuncios en cada corte de programación. Y lo mismo ocurre con los muchos otros eruditos y columnistas que superpue-

blan los medios de las corporaciones; la mayoría parece creer que sus trabajos representan la verdad sin adornos. Aun cuando manifiesten una opinión personal, se sienten ajustados a los hechos. En resumen, creen en su objetividad.

La crítica usual de la objetividad es que ésta no existe. Desde el primer minuto que uno se sienta a escribir la primera línea de una historia, está haciendo juicios de valor, seleccionando y omitiendo cosas. Lo que es más, la propia naturaleza de la percepción la convierte en una experiencia predominantemente subjetiva. No somos sólo receptores pasivos que absorben un flujo de imágenes e información. La percepción convierte estímulos organizados y datos en unidades comprensivas. En una palabra, la percepción en sí misma es un acto de edición selectiva.

Las diferencias y distorsiones que surgen se deben no solamente a sesgos de la percepción, sino que están arraigadas en su misma fisiología. Recientemente se informó de que a algunas personas, ciegos de nacimiento, se les había devuelto la vista por medio de unas técnicas quirúrgicas nuevas. Uno de los resultados inesperados fue que, aunque los mecanismos fisiológicos de la vista estaban reconstruidos, los pacientes todavía no podían ver demasiado. Podían adivinar formas vagas y sombras, pero no podían distinguir objetos específicos e imágenes. Los investigadores llegaron a la conclusión de que nosotros no vemos con nuestros ojos, sino con nuestros cerebros, y los cerebros de estas personas privadas de la vista no habían desarrollado su capacidad de organizar la percepción visual.

También en contra de las manifestaciones fáciles de objetividad está el entendimiento de que todos tenemos nuestra manera propia de ver las cosas. Todos nos parecemos unos a otros en algunas cosas básicas, pero no hay dos personas exactamente iguales. Hay alguna parte de nuestra experiencia perceptiva que está formada idiosincrásicamente, situada exclusivamente en nosotros mismos.

Pero esto no deberíamos subestimarlo. Incluso en esta época del hiperindividualismo la percepción no es enteramente, o incluso en su mayoría, idiosincrásica. Los selectores y filtros mentales que utilizamos para organizar nuestra entrada de información, generalmente *no* son creación nuestra. La mayoría de nuestras aparentemente personales percepciones están formadas por una variedad de cosas externas a nosotros, tales como la cultura y la ideología dominantes, las creencias éticas, los valores sociales, la información disponible, nuestra posición dentro de la estructura social y nuestros intereses materiales. Respecto a la influencia de nuestros intereses materiales en nuestras percepciones, podríamos recordar la cita de Upton Sinclair: “Es difícil que un hombre entienda algo cuando su salario depende de que no lo entienda”.

En 1921 Walter Lippmann señaló que gran parte de la percepción humana está preconfigurada culturalmente. “La mayor parte de nosotros”, escribió Lippmann, “no vemos primero y después definimos, primero definimos y después vemos. En la floreciente y retumbante confusión del mundo exterior, recogemos lo que nuestra cultura ya ha definido para nos-

otros, y tendemos a percibir que lo que hemos recogido de una forma estereotipada para nosotros, es por nuestra cultura".¹⁵² Las ideas y percepciones que apoyan el clima de opinión dominante es más fácil que sean aceptadas como objetivas, mientras que aquellas que chocan con él generalmente las consideramos como algo más allá de los límites y carecen de credibilidad. Por eso, más a menudo de lo que nos damos cuenta, aceptamos o rechazamos una idea dependiendo de su aceptabilidad dentro de la cultura dominante. De modo similar a Lippmann, Alvin Gouldner escribió sobre las "presunciones de fondo" de la cultura, que son los factores sobresalientes de nuestras percepciones. Nuestra predisposición a aceptar algo como cierto, o rechazarlo como falso, descansan menos sobre sus argumentos y evidencias y más sobre cómo se alinea con las ideas preconcebidas incluidas en la cultura dominante, presunciones que hemos interiorizado debido a su continua exposición.¹⁵³ En nuestra cultura, entre los que configuran la corriente principal, esta unanimidad de sesgo implícito se considera "objetividad".

Hoy día raramente nos referimos a las presunciones de fondo de Gardner, pero un término equivalente puede ser el de "paradigma dominante". Algunos incluso llevan pegatinas en sus vehículos que nos urgen a "Subvertir el paradigma dominante". Un paradigma es un armazón teórico científico básico desde el cual se pueden derivar y comprobar hipótesis clave.¹⁵⁴ En la forma de hablar popular el paradigma dominante simplemente se refiere a la ortodoxia que predeter-

mina qué conceptos y etiquetas tienen credibilidad y cuáles no. Es la ortodoxia de la persona educada.

Si lo que pasa por ser objetividad es poco más que un entorno simbólico de autoconfirmación definido culturalmente, y si la verdadera objetividad —cualquiera que pudiera ser— es inalcanzable, parecería que estamos atrapados en un subjetivismo en el que un paradigma es tan creíble (o increíble) como otro. Nos enfrentamos con la conclusión infeliz de que la investigación para la verdad social supone poco más que escoger entre una variedad de configuraciones simbólicas ilusorias. Como argumentó David Hume hace dos siglos, el problema de lo que constituye la realidad en nuestras imágenes nunca puede resolverse, ya que nuestras imágenes sólo se pueden comparar con otras imágenes y nunca con la verdadera realidad.

¿Podemos pensar alguna vez que una opinión subjetiva, imperfecta, es mejor que otra? Sí, aunque es una regla tosca; las opiniones disidentes que son menos fiables desde el punto de vista del paradigma dominante están más expuestas a ser puestas en duda enérgicamente. La gente considera la opinión heterodoxa con escepticismo, asumiendo que nunca tendrá posibilidades de ser escuchada. Habiendo estado condicionados la mayor parte de sus vidas por la ortodoxia de la corriente principal, están menos inclinados a prestar su interés de forma automática y sin pensarlo a un análisis que no les es familiar, que no encaja con su entorno. Entonces se convierten en auto-censores y

desconectan. Si existe la elección de considerar una perspectiva nueva o emplear viejos argumentos contra ella, es notable cómo rápidamente la gente se va a los viejos argumentos. Todo esto hace que disentir sea mucho más difícil pero mucho más urgente.

La gente que nunca se queja de la ortodoxia de su educación política es la primera en quejarse de la “corrección política” dogmática de cualquiera que la ponga en duda. Lejos de buscar una diversidad de opiniones, se defienden a sí mismos de exponerse a tal diversidad, prefiriendo dejar inamovibles sus opiniones políticas convencionales.

Una vez di un curso a gente de clase media en la Universidad de Cornell. A mitad del curso algunos estudiantes empezaron a quejarse de que sólo veían un lado, una perspectiva. Yo señalé que de hecho las discusiones de las clases comprendían una variedad de perspectivas y algunas de las lecturas eran de lo más común. Pero la verdad era, hay que admitirlo, que el contenido predominante de las clases y las lecturas que les encargaba eran sustancialmente críticas con los medios de la corriente principal y con el poder de las corporaciones en general. Entonces les pregunté: “¿Cuántos de vosotros habéis estudiado estas perspectivas en vuestros muchos otros cursos de ciencias sociales?” De los cuarenta estudiantes —la mayoría veteranos que habían recibido muchos otros cursos de ciencias políticas, economía, historia, sociología, psicología, antropología y comunicación de masas— ninguno levantó la mano (una medida del nivel de diversidad ideológica de Cornell). Entonces les pregunté:

¿Cuántos de vosotros os habéis quejado a los otros profesores de que sólo veáis un lado?” De nuevo no se levantó ninguna mano, lo que me hizo decir: “Así que vuestra protesta no es realmente porque sólo veáis un lado, sino que, por primera vez, estáis saliendo de un lado y os estáis sometiendo a otros puntos de vista, y eso no os gusta”. Su petición no era investigar la opinión heterodoxa, sino aislarse de ella.

Desprovisto del apoyo de las presunciones de su entorno y del sistema de creencias dominante, el punto de vista que se desvía suena a demasiado improbable y demasiado controvertido como para ser considerado una idea equilibrada o una opinión fiable. Las opiniones convencionales encajan tan confortablemente en el paradigma dominante que se las considera afirmaciones sin discusión, como “la naturaleza de las cosas”. La verdadera eficacia de la manipulación de la opinión reside en el hecho de que no sabemos que estamos siendo manipulados. Las formas más insidiosas de opresión son las que se insinúan en nuestro universo de comunicaciones y en los recesos de nuestras mentes sin que nos demos cuenta de que están actuando sobre nosotros. Las ideologías más poderosas no son las que sobreviven a todos los ataques, sino las que nunca son atacadas, porque, en su ubicuidad, no aparecen más que como una verdad sin adornos.

Una opinión heterodoxa suministra la ocasión de probar la ortodoxia predominante. Nos abre a argumentos e información que los que mantienen el paradigma dominante han malinterpretado o ignorado completamente. La opinión disidente no es sólo una

opinión entre muchas. Su tarea rebate la ideología reinante y amplía las fronteras del debate. La función de la opinión establecida es justo la contraria, mantener los parámetros del debate lo más estrechos posible.

Después de todo lo dicho y hecho, nosotros no estamos predestinados a un relativismo sin objeto. Incluso si el problema de la percepción permanece sin resolver de acuerdo con la epistemología, el sentido común y la vida diaria nos obligan a emitir juicios y a actuar como si algunas imágenes de la información fueran más fiables que otras. No siempre podemos saber lo que es cierto, pero podemos desarrollar alguna eficacia en cuestionar lo que es falso. Al menos para algunos propósitos los mecanismos racionales tienen su uso en la detección del error, de forma que incluso si la “realidad desnuda” nos elude constantemente, tenemos la esperanza de poder llegar a una aproximación a esa verdad.¹⁵⁵ Lo falso puede descubrirse a veces por un proceso de realimentación, como cuando los acontecimientos nos demuestran lo contrario de lo que se nos dice, por ejemplo, como cuando en 2004 las cacareadas bombas de destrucción masiva, que eran la justificación para invadir Iraq, no se materializaron por ninguna parte.

A veces la opinión ortodoxa está tan enraizada que la evidencia se convierte en irrelevante, pero también hay veces en que el punto de vista oficial y los medios corporativos tienen dificultad en presentar su realidad. Hay límites a la eficacia manipuladora de la propa-

ganda. En 2003 la propaganda oficial prometía una rápida y fácil “liberación” de Iraq, pero la realidad nos trajo resultados innegablemente diferentes que pusieron en evidencia el punto de vista oficial. La propaganda de la Casa Blanca no dijo que las tropas de los Estados Unidos fueron “recibidas con alegría por el pueblo iraquí”, pero el curso de los acontecimientos nos llevó a una guerra de resistencia costosa y prologada. La propaganda nos dijo que “un puñado de terroristas fanáticos” estaba causando la mayoría de los problemas, pero ¿cómo podía un puñado de hombres doblgar a dos divisiones de marines y al 82º cuerpo aerotransportado e infligir miles de bajas?

Y al igual que con Iraq ocurrió con Vietnam. Durante años la prensa transmitió el punto de vista oficial sobre la guerra de Vietnam, pero mientras pudo paliar lo que estaba ocurriendo en Indochina no pudo ignorar totalmente la terrible actualidad de la propia guerra. Todavía prevalecía el paradigma dominante. El debate sobre la guerra estaba limitado entre los que decían que se podía ganar y los que decían que no. Aquellos de nosotros que decíamos que el problema no era el resultado final, sino que no teníamos derecho a intervenir, que la intervención no era por el interés del pueblo indochino ni el del pueblo americano, nunca tuvimos un sitio en los medios de la corriente principal, porque nuestra ideología era equivocada y no éramos objetivos.

El paradigma dominante a menudo puede suprimir e ignorar la actualidad entera, como cuando los bombardeos sobre Camboya durante la guerra de

Vietnam, una masacre de la que la Casa Blanca mantuvo ignorante al público y al Congreso durante algún tiempo. Sin embargo la supresión total no siempre es posible, incluso en un estado totalitario, como descubrió el ministro de propaganda de Hitler, Dr. Joseph Goebbels, hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Goebbels intentó sin éxito convencer al público alemán de que los ejércitos nazis estaban consiguiendo victoria tras victoria. Pero después de un tiempo la gente notó que los nazis estaban perdiendo la guerra, porque las batallas “victoriosas” estaban teniendo lugar en zonas cada vez más cercanas a la frontera alemana y finalmente dentro de la propia Alemania.

Junto con los límites de la realidad también tenemos nuestros poderes de deducción crítica. Creo que fue el filósofo Morris Raphael Cohen quien dijo una vez que el pensamiento es la moral de la acción y la lógica es la moral del pensamiento. Un componente de la lógica es la consistencia. Sin hacer ninguna investigación empírica por nuestra parte, podemos observar la evidencia interna para comprobar que, como cualquier mentiroso, la línea oficial y la prensa que la sirve están llenas de inconsistencias y contradicciones.¹⁵⁶ Raras veces se hace responsable a los medios de lo que dicen, los políticos pueden producir alegremente información y opiniones que inadvertidamente revelan la falsedad de afirmaciones anteriores, sin una palabra de explicación. Podemos señalar la ausencia de evidencias que apoyen sus afirmaciones. Podemos preguntar por qué las declaraciones que aparecen una y

otra vez en los medios no se miden contra realidades demostrables. Ya sabemos la respuesta: es porque encajan confortablemente dentro del paradigma dominante. Podemos preguntar por qué ciertos acontecimientos e informaciones importantes se ignoran totalmente. De nuevo la respuesta es porque no encajan adecuadamente dentro del paradigma dominante. Debemos por tanto estar atentos a cómo la línea oficial nos invita a creer una cosa u otra sin que haya ninguna razón para creerla.

Hay un rayo de esperanza: la socialización dentro de la cultura convencional no opera con un efecto perfecto. Si no fuera así, si estuviéramos inmersos hasta el fondo en el paradigma dominante, entonces yo no podría haber sido capaz de desarrollar estos pensamientos críticos y vosotros no habríais sido capaces de entenderlos.

Todas las sociedades de cualquier clase y complejidad tienen sus disidentes y críticos, o al menos sus escépticos tranquilos y sus no creyentes. Ninguna sociedad, ni siquiera la "primitiva", está tan pulcramente encajada como algunos observadores externos nos podrían hacer creer. Incluso entre los trobrianders, los zunis, los kwakiutl y otros pueblos "primitivos", hay escépticos que piensan que los mitos de su cultura son sólo eso, mitos, historias fabricadas y poco convincentes. La cultura ejerce sus efectos sobre nosotros de forma imperfecta, y a veces para bien.

En nuestra sociedad la realidad es más un problema para la clase dirigente que para nosotros. Tienen que retocarla y falsearla constantemente para encubrir sus planes reaccionarios. Los que están en la cumbre entienden que la cultura política corporativa no es un sistema auto-sostenido místicamente. Saben que deben trabajar sin descanso para propagar la ortodoxia reinante, utilizar apariencias democráticas para ocultar las políticas plutocráticas.¹⁵⁷

Así que hay un elemento de lucha e indeterminación en todas nuestras instituciones sociales. Al menos, a veces, hay un límite para las falsedades que la gente tiene que tragar. Frente a toda la manipulación ideológica monopolista muchos individuos desarrollan un escepticismo o una desafección total, basada en la creciente disparidad entre realidad social e ideología oficial. Junto con la estabilidad institucional tenemos un fermento popular. Junto con la manipulación de las elites tenemos un amplio escepticismo. Junto con la clase dirigente coercitiva tenemos una resistencia masiva, aunque no tanta como algunos desearíamos.

Hace años William James observó cómo la costumbre puede operar como un sedante, mientras que lo novedoso (incluida la disidencia) se rechaza como irritante.¹⁵⁸ Sin embargo yo argumentaría que después de un tiempo los sedantes se pueden convertir en sofocantes e irritantes. La gente a veces tiene hambre de perspectivas críticas que le den una explicación más significativa de las cosas. Sabiendo esto tendremos una mayor posibilidad de movernos contra la corriente. No es cuestión de convertirse en instrumento ciego de

cualquier opinión particular, sino de resistirse a las falsedades de una cultura sutil pero dominada ideológicamente por las corporaciones. En las luchas sociopolíticas de este mundo, la cultura es un campo de batalla clave. Los guardianes ideológicos lo saben, y también lo debemos saber el resto de nosotros.

NOTAS

1. Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, editado por Quinton Hoare y Geoffrey Novell-Smith (Nueva York: Internacional Publishers, 1971), 238.
2. Fuerzas mercenarias se dedicaron a destruir la revolución sandinista en Nicaragua, principalmente atacando objetivos civiles desprotegidos.
3. Ver Gary Webb, *Dark Alliance: The CIA, the Contras, and the Crack Cocaine Explosion* (Nueva York: Seven Stories Press, 1998).
4. Mencionado en *LA Weekly*, 16 de diciembre de 2004.
5. Ver la excelente declaración de Daniel Simon, <http://www.sevenstories.com/Book/index.cfm?GCOI=58322100705890>.
6. Ver "Church and Revolution in Nicaragua, An Interview with Meter Marchetti", *Monthly Review*, julio/agosto 1982.
7. Shannon Lockhart y Olivia Recondo, "Crisis of Identity Among Ixil Youth", *Report on Guatemala* (Washington, D.C.), invierno 2001.
8. David Brooks, "Our Sprawling, Supersize Utopia", *New York Times Magazine*, 4 de abril de 2004.
9. Para una visión realista de primera mano sobre la experiencia de los empleados de servicio, ver Barbara Ehrenreich, *Nickel and Dimed: On (Not) Getting By in America* (Nueva York: Henry Holt/Metropolitan, 2001)
10. Jeremy Rifkin, *The European Dream* (Nueva York: Tarcher/Penguin, 2004).
11. Ver Ehrenreich, *Nickel and Dimed*.
12. Marvin Harris, *Cows, Pigs, Wars and Witches* (Nueva York: Vintage, 1974), 6-11.

13. Harris, *Cows, Pigs, Wars and Witches*, 8, 11, 13.
14. Harris, *Cows, Pigs, Wars and Witches*, 14.
15. Harris, *Cows, Pigs, Wars and Witches*, 16-17.
16. George P. Elliot, "The Enemies of Intimacy", *Harper's*, Julio 1980.
17. Herbert I. Schiller, *Culture Inc.* (Nueva York/Oxford University Press, 1989), 31.
18. Ver mi *Make-Believe Media: The Politics of Entertainment* (Nueva York: St. Martin's Press, 1992), capítulo 1 y otros.
19. Martin Large, *Who's Bringing Them Up?* (Gloucester, Inglaterra: M.H.C. Large, 1980), 35.
20. Marisa Handler, "Indigenous Tribe Takes on Big Oil", *San Francisco Chronicle*, 13 de agosto de 2004.
21. Handler, "Indigenous Tribe Takes on Big Oil".
22. Ver Chin-Tao Wu, *Privatizing Culture: Corporate Art Intervention Since the 1980s* (Nueva York/Londres: Verso, 2002); y Serge Guilbaut, *How New York Stole the Idea of Modern Art* (Chicago: Chicago University Press, 1983). Para una opinión sobre cómo el arte se ha convertido en algo separado de las relaciones sociales, ver Mary Anne Staniszewsky, *Believing Is Seeing: Creating the Culture of Art* (Hammondsworth, Middlesex: Penguin, 1995).
23. Para un enfoque alternativo sobre la distribución del arte, ver Jerry Fresia, "A Call To Artists", Znet, 15 de diciembre de 2004,
24. El propio Darwin es culpable de esto. Ver su *The Descent of Man* (Nueva York: Modern Library, 1936). Para una crítica, ver Stephen Jay Gould, *The Mismeasure of Man* (Nueva York: Norton, 1981).
25. Ver Barry Lines, *The Cancer Conspiracy: Betrayal; Collusion and the Suppression of Alternative Cancer Treatments* (Delmar, N.Y.: Elsemere Press, 2000).
26. Ver Lynes, *The cancer Conspiracy*; y Alan Cantwell Jr., *The Cancer Microbe* (Los Angeles. Aries Rising Press, 1990), 115.

27. Ann Goldberg, *Sex, Religion and the Making of Modern Madness* (Nueva York/Oxford: Oxford University Press, 1999), 4. Goldberg estudió un asilo alemán en el siglo XIX, pero lo que encontró es válido para muchas otras instituciones mentales de otros tiempos y lugares.
28. Mencionado por Andrew Scull y Diane Favreau, "A Chance to Cut Is a Chance to Cure: Sexual Surgery for Psicosis in Three Nineteenth Century Societies", *Research in Law, Deviance and Social Control* (1986), mencionado por Leonard Roy Frank, *Influencing Minds*, 165 (Portland, Oregon: Feral House, 1995), 160.
29. Frank, *Influencing Minds*, 165, y las fuentes citadas anteriormente. La literatura crítica con los abusos de la psiquiatría y la psicoterapia es numerosa. Se podría comenzar con los escritos de Thomas SAS, Jeffrey Moussaief Masson y Ronald Laifer.
30. El informe de Cartwright se publicó en el *New Orleans Medical and Surgical Journal*, 1851, citado por Leonard Roy Frank, "Understanding Psychistry", *Street Spirit* (Berkeley, California), junio 2003.
31. Mencionado por Frank, *Influencing Minds*, 163.
32. Dudley Clendinen, "John E. Fryer-Gay Psychiatrist Who Spoke Out". *New York Times*, 7 de marzo de 2003.
33. Clendinen, "John E. Fryer-Gay Psychiatrist Who Spoke Out".
34. Sally Satel, M.D., "Antidepressants: Two Countries, Two Views", *New York Times*, 25 de mayo de 2004.
35. Ver David Healy, *Let Them Eat Prozac: The Unhelthy Relationship between the Pharmaceutical Industry and Depression* (Nueva York University Press, 2004); y Stael, "Antidepressants: Twn Countries, Two Views".
36. "Profitably Inventing New Diseases", *Health Letter*, publicación del Public Citizen Health Research Group, agosto 2003.
37. Ritt Goldstein, "Critics See Drug Industry Behind Mental Health Plan", informa IPS, 18 de octubre de 2004. Esta

discusión de la New Freedom Commission, incluyendo todas las acotaciones, es del artículo de Goldstein.

38. Ver mi artículo "Jesús, Mel Gibson, and the Demon Jew", *Humanist*, septiembre/octubre de 2004.
39. Eli Sagan, *At the Dawn of Tyranny* (Nueva York: Vintage, 1985), 4.
40. Ver mi *Superpatriotism* (San Francisco: City Lights Books, 2004).
41. Ver Benita Parry, *Delusions and Discoveries: India in the British Imagination, 1880-1930* (Londres/Nueva York: Verso, 1998) para ejemplos de los prejuicios racistas que los colonizadores británicos desarrollaron en la India.
42. Ver G.W.F. Hegel, "The Natural Context or the Geographical Basis of the World History", *Lectures on the philosophy of World History* (Cambridge/ Nueva York: Cambridge University Press, 1975), 174.
43. Ver Leo Africanus, *The Description of Africa*, 1526, extractado en <http://www.wsu.edu:8080>.
44. Sagan, *At the Dawn of Tyranny*, 100-101 y otras.
45. Lawrence Wright, "The Kingdom of Silence", *New Yorker*, 5 de enero de 2004.
46. Wright, "The Kingdom of Silence".
47. Lawrence Wright, "Lives of the Saints", *New Yorker*, 21 de enero de 2002.
48. Kathleen Barry, *Female Sexual Slavery* (Nueva York/ Londres: New York University Press, 1979), 163-164.
49. Barry, *Female Sexual Slavery*, 164.
50. "The Right to Healthcare", *Multinational Monitor*, octubre 2004.
51. Daniel Bergner, "The Most Unconventional Weapon", *The New York Times Magazine*, 26 de octubre de 2003.
52. Chip Johnson, "Crimes Usual in India, Reddy Says", *San Francisco Chronicle*, 16 de junio de 2001.
53. Associated Press, 1 de agosto de 2004.
54. Ver Herbert Aptheker, *American Negro Slave Revolts* (Nueva York: International Publishers, 1943, 1987).

55. Andrew Cockburn, "21st Century Slaves", *National Geographic*, septiembre 2003.
56. Ver *Hidden Slaves. Forced Labor in the United States*, septiembre 2004, informe de Free the Slaves.
57. Cockburn, "21st Century Slaves".
58. Elizabeth Bryant, "Despite Official Ban, Slavery Lives on in Mauritania", *San Francisco Chronicle*, 29 de agosto de 2004.
59. Associated Press, 11 de junio de 2004.
60. Cockburn, "21st Century Slaves".
61. Samir Amin, "Imperialism and Culturalism Complement Each Other", *Monthly Review*, junio 1996.
62. Yo presento una opinión similar respecto a la comprensión de las sociedades antiguas. Ver mi *The Assassination of Julius Caesar* (Nueva York: New Press, 2003), 205-206.
63. United Nations Population Fund, *State of World Population Report 2000*.
64. *New York Times*, 18 de junio de 2004.
65. United Nations Population Fund, *State of World Population Report 2000*.
66. La desaparición de mujeres se comprueba cuando los datos del censo están marcadamente fuera de línea con los porcentajes normales de nacimientos por género, ya que el censo muestra muchos más hombres que mujeres.
67. Nawal El-Saadaawi, *The Hidden Face of Eve* (Londres: Zed Press, 1980); Fran Hosken, "Female Genital Mutilation", *Truth Seeker*, julio/agosto 1989; y Hill Lawrence, "Women Seek Asylum in West to Avoid Abuses in Homeland", Associated Press, 2 de marzo de 1994.
68. *Nation*, 27 de abril de 1992, p.547.
69. "Striking Back Against Dowry Murders", *New Internationalist*, enero 1992.
70. Informe del Departamento de Información Pública de las Naciones Unidas, DPI/1772/HR-febrero 1996.
71. Matthew Power, "The Poison Stream", *Harper's*, agosto 2004.

72. Esto me lo contó, el 19 de octubre de 2004, Emile Parry, antigua investigadora en Ghana; ver también el documental *Witches in Exile* (2004).
73. Carolyn Lockhead, "Global Summit Aims to Alleviate Plight of Girls Sold as Sex Slaves", *San Francisco Chronicle*, 23 de febrero de 2003.
74. Nicholas Kristof, "Asian Childhoods Sacrificed to Prosperity's Lust", *New York Times*, 14 de abril de 1996; *Boston Globe*, 9 de febrero de 1992; y Kathleen Barry, *Female Sexual Slavery* (Nueva York: New York University Press, 1979).
75. Elizabeth Fernández y Stephanie Salter, "Ugly Americans: Sex Tourists", *San Francisco Chronicle*, 17 de febrero de 2003; Andrew Cockburn, "21st Century Slavery", *National Geographic*, septiembre 2003.
76. Fariba Nawa, "They Prefer Death over Abuse", *San Francisco Chronicle*, 26 de julio de 2002.
77. Mencionado por John Pilger, "Afghanistan-What Good Friends Left Behind", *Guardian* (UK), 20 de septiembre de 2003.
78. Anna Badkh, United Nations Population Fund, *State of World Population Report 2000*.
79. Yanar Mohammed mencionado por Christian Parenti, *The Freedom: Shadows and Halucinations in Occupied Iraq* (Nueva York: New Press, 2004), 24.
80. Barry, *Female Sexual Slavery*, pp.86-120.
81. *Violence Against Women*, un informe de la mayoría del Comité Judicial del Senado, Washington D:C., octubre 1992; y Jane Caputi y Diana Russell, "Femicide: Speaking the Unspeakable", Ms., septiembre/octubre 1990.
82. *Violence Against Women*, julio 1992; Maria Roy, *The Abusive Partner* (Nueva York: Van Nostrand Reinhold, 1982); Richard Gelles y Murray Straus, *Intimate Violence* (Nueva York: Simon & Schuster, 1988); y el informe

- publicado por el Departamento de Información Pública de las Naciones Unidas, DPI/1772/HR-febrero de 1996.
83. Lori Heise, "When Women Are Prey", *Washington Post*, 8 de diciembre de 1991.
 84. Heise, "When Women Are Prey".
 85. *A Call to Action-Worldwide Governmental Failure to Investigate and Prosecute Rape*, informe del Centro de Derechos Constitucionales et al., 1995; también informes en el *San Francisco Chronicle* de 19 de julio y 12 de diciembre de 2002.
 86. "Barebrained and Pregnant with Idiocy", *CovertAction*, verano 1995.
 87. Sandra Butler, *Conspiracy of Silence, The Trauma of Incest* (Volcano, CA: Volcano Press, 1985); Judith Herman, *Father Daughter Incest* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1981) y Tim King y Peter Kotz, "Rural Rape", *Z Magazine*, septiembre 1992.
 88. "Rape in America", preparado por Crime Victims research and Treatment Center, Medical University of South Carolina and National Victim Center, Arlington VA., 23 de abril de 1992; y *Violence Against Women*, publicaciones del Comité del Congreso para asuntos de las Mujeres, Washington D.C., julio 1992.
 89. Informe de Associated Press de Jamal Halaby, 29 de julio de 2004 y United Nations Population Fund, *State of World population Report 2000*.
 90. *San Francisco Chronicle*, 19 de marzo de 2002.
 91. Juliette Terzieff, "United States Ignores Abuse of Pakistani Women", *San Francisco Chronicle*, 30 de junio de 2002.
 92. *San Francisco Chronicle*, 4 de julio y 19 de julio de 2002.
 93. Associated Press, 26 de julio de 2002.
 94. Associated Press, 26 de julio de 2002.
 95. *Los Angeles Times*, 23 de marzo de 1995.
 96. Heise, "When Women Are Prey".
 97. *San Francisco Chronicle*, 18 de febrero de 2002.
 98. "Call for Support from Slovenia", *off our backs*, febrero 1996.

99. *USA Today*, 1 de octubre de 2003.
100. *San Francisco Chronicle*, 15 de diciembre de 2004
101. Wright, "The Kingdom of Silence".
102. *Cleveland Plain Dealer*, 14 de julio de 1992.
103. "Chronicle of a Death Foretold", *Harper's*, enero 2004.
104. Associated Press, 30 de abril de 2004.
105. Siddharth Srivastava, "When Women Kill for Justice", *San Francisco Chronicle*, 2 de enero de 2005.
106. Srivastava, "When Women Kill for Justice".
107. Mencionado en *San Francisco Chronicle*, 25 de octubre de 2004.
108. Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, República Dominicana, Ecuador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú y Venezuela.
109. Mencionado por Calvin Sims, "Justice in Peru", *New York Times* (edición internacional), 12 de marzo de 1997.
110. Ver los estudios de sociólogos y psicólogos citados por Kimberley Blaker, "God's Warrior Twins", *Toward Freedom*, otoño 2003.
111. Blaker, "God's Warrior Twins"; ver también Kimberley Blaker (ed.) *The Fundamentals of Extremism: The Christian Right in America* (Plymouth, Michigan: New Boston Books, 2003).
112. Jane Ganahl, "Women in Asia Are Starting to Say 'I don't'", *San Francisco Chronicle*, 14 de noviembre de 2004.
113. Informe de la Oficina del Censo de los Estados Unidos, Associated Press, 2 de diciembre de 2004.
114. Como se informó en *Mother Jones*, enero-febrero de 2005.
115. *New York Times*, 20 de noviembre de 2004.
116. *San Francisco Chronicle*, 1 de enero de 2005.
117. Mencionado por Chris Thompson, "Gay Couples Aren't Inclined to Apologize", *East Bay Express*, noviembre 2004.
118. Horst Drechsler, "*Let Us Die Fighting*": *The Struggle of the Hereros and Nama against German Imperialism*, 1884-

- 1915 (Berlín: Akademie-Verlag, 1966); y Jon Bridgman, *The Revolt of the Hereros* (Berkeley: University of California Press, 1981), 31-37 y otras.
119. Bringhamtom Collective, "Race and Class in Twentieth Century Capitalist Development", *Insurgent Sociologist*, otoño 1980.
120. Louise Derman-Sparks, "Teaching Children Not to Hate", *Washington Post*, 6 de agosto de 1989; también Louise Derman-Sparks y ABC Task Force, *Anti-Bias Curriculum* (Washington, D.C.: National Association for the Education of Young Children, 1989).
121. Para extenderse más sobre este tema, ver mi *Superpatriotism*.
122. Para una lista completa, ver Hechos 7:43, 15:20, 17:16,29, Romanos 1:23, Corintios 5:1 y 6:9, Revelación 2:14, 20:21 y 17:2, Pedro 2:11, Romanos 1:26-27, Efesios 6:5, Colosianos 3:18, Pedro 3:1-2 y Timoteo 2:11-12.
123. En muchos casos el salario bajo de los miembros de grupos minoritarios puede no deberse a menor formación o menos habilidades. Los afroamericanos formados y con buen currículo a menudo se enfrentan a la discriminación salarial sólo debido al racismo.
124. M.I. Finley, *Ancient Slavery and Modern Ideology* (Londres: Chatto & Windus, 1980), 99.
125. Ver el discurso de Cicerón, *De provinciis consularibus* y G.E.M. de Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World* (Ithaca: Cornell University Press, 1981), 417.
126. Jack Gratus, *The Great White Lie* (Nueva York: Monthly Review Press, 1973), 265.
127. William Julius Wilson, *The Declining Significance of Race* (Chicago: University of Chicago Press, 1978), 25.
128. Gratus, *The Great White Lie*, 198, 250.
129. L.S. Stavrianos, *Global Rift* (Nueva York: William Morrow, 1981), 62-68.

130. Richard Drinnon, *Facing West: The Metaphysics of Indian-hating and Empire Building* (Nueva York: New American Library, 1980), 17-19.
131. Drinnon, *Facing West*, 16-20. Los puritanos no solo odiaban a los indios, odiaban la confraternización de Morton con ellos, por lo que le encerraron en prisión.
132. Drinnon, *Facing West*, 199.
133. Algunos de estos ejemplos se citan en mi *The Sword and the Dollar* (Nueva York: St. Martin's Press, 1989), 84-87.
134. Hal Borland, "The Kaiser, Japan and Hitler", *New York Times Magazine*, 16 de julio de 1939.
135. Aristóteles, *Política*, libro siete, capítulo diez; ver también las *Leyes* de Platón, libro seis.
136. Ver por ejemplo, Stavrianos, *Global Rift*, 115-116.
137. Aptheker, *American Negro Slave Revolts*, 164-166 y otras y Kenneth Stamp, *The Peculiar Institution* (Nueva York: Knopf, 1956).
138. Ver Scott Nearing, *The Making of a Radical* (Nueva York: Harper and Row, 1972), 16 y Harry Targ, "Plant Closing and Class Struggle", *Nature, Society and Thought*, 3 de enero de 1990.
139. Robert Minton y Stephen Rice, "Using Racism at San Quentin", Ramparts, enero 1970. La policía de Los Angeles favoreció la provocación de incidentes entre los Crips y los Bloods, dos bandas rivales que habían formado una alianza contra la brutalidad de la policía: Mike Davis, LA: The Fire This Time", *CovertAction Information Bulletin*, verano 1992.
140. Para críticas a las prácticas de la Nueva Era, ver Martin Gardner, *The New Age: Notes of a Fringe Watcher* (Buffalo, NY: Prometheus Books, 1988) y Michael Rossman, *New Age Blues* (Nueva York: Dutton, 1979). Para una lectura crítica con los *best sellers* de la Nueva Era, ver Scout Tucker, "New Rage vs. New Age", *Z Magazine*, septiembre 1992. Un tratamiento más simpáti-

- co nos lo ofrece Michael D'Antonio, *Heaven on Earth* (Nueva York: Crown Publishers. 1992).
141. Según aparece en *Utne Reader*, marzo/abril 1987.
 142. Dennis Lewis, "Beyond Postmodernism", *Yoga Journal*, mayo/junio 1992; también Charlene Spretnak, *States of Grace* (San Francisco: Harper San Francisco, 1992).
 143. Jeffrey Moussaieff Masson, *Against Therapy* (Nueva York: Atheneum, 1988), 208.
 144. Mencionado por Molly Ivins, "Thanks for the Memories", *Progressive*, diciembre 1988. Gardner fue expulsado de su puesto.
 145. Peggy Karp, "Life With the Guru", manuscrito sin publicar, San Francisco, junio 1992.
 146. Peter Marin, "The New Narcissism", *Harper's*, octubre 1975.
 147. Ver la discusión en C.B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism* (Londres: Oxford University Press, 1962).
 148. Carta de Kathy Bryan en *Newsweek*, 28 de diciembre de 1992.
 149. Nancy Duvergne Smith, "Spiritual Despotism", *New Age*, marzo 1978.
 150. Elfriede Kristwald, "Now They Call it 'Co-Dependency'", *Los Angeles Times*, 14 de febrero de 1990.
 151. Marin, "The New Narcissism".
 152. Walter Lippmann, *Public Opinion* (Nueva York: Free Press, 1960 (1921), 81.
 153. Alvin W. Gouldner, *The Coming Crisis of Western Sociology* (Nueva York: Basic Books, 1970).
 154. El paradigma científico dominante se establece presumiblemente sobre la base de una comprobación completa, y se acepta porque se ha utilizado muchas veces con aparente éxito. "Cambio de paradigma" se refiere a los cambios trascendentales en los modelos básicos de concepción e investigación, por ejemplo, el cambio de la física newtoniana a la teoría de la relatividad de Einstein. Ver

- Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago & Londres: University of Chicago Press, 1962).
155. Ver Kenneth Boulding, "Learning and Reality-Testing Process in the International System", *Intenational Affairs*, v.21 (1967)
 156. Para un estudio sobre los medios de noticias, ver mi *Inventing Reality*, 2th ed. (Belmont, CA: Wadsworth, 1993).
 157. Para una exposición completa sobre el tema, ver mi *Democracy for the Few*, 7th ed. (Belmont: Wadsworth, 2002).
 158. William James, "The Sentiment of Rationality", en sus *Essays in Pragmatism* (Nueva York: Hafner, 1948), 13.

ÍNDICE

Agradecimientos	7
INTRODUCCIÓN	9
REFLEXIONES SOBRE LA CULTURA	13
1.La política de la cultura	15
2.Explicaciones culturales	23
3.El comercio masivo de la cultura	32
4.La psiquiatría como arma de control	41
JUZGANDO DIFERENTES CULTURAS	53
5.Etnocentrismo e imperialismo cultural	55
6.Los riesgos del relativismo cultural	64
7.La costumbre contra las mujeres	76
8.La cultura de la violación global	84
9."La institución más fundamental de la civilización"	95
MITOS RACISTAS	107
10.Del tribalismo al universalismo	109
11.Esclavitud y caballeros imperialistas	119
HIPERINDIVIDUALISMO, REALIDAD Y PERCEPCIÓN	131
12.Bondades y desórdenes de la Nueva Era	133
13.El mito del individualismo	141
14.Objetividad y el paradigma dominante	148
Notas	161

COLECCIÓN "INFORME"

1. DISPERSIÓN

Elaborado con documentos de distintos organismos de Derechos Humanos. Prólogo de Eva Forest

2. PODER, RETÓRICA E INSUMISIÓN

Juan Antonio Herrero Brasas

3. ¡OJO CON LOS MEDIA!

Michel Collon

4. ¿PROCESO AL JURADO? Conversaciones con Miguel Castells

Eva Forest

5. COMUNICACIÓN E INSURGENCIA

Francisco Sierra

6. TODO LO QUE QUISISTE SABER SOBRE LAS DROGAS Y NUNCA TE ATREVISTE A PREGUNTAR

Oriol Martí

7. EL TIEMPO Y EL ESPACIO EN LA COMUNICACIÓN

Vicente Romano

8. IRAQ: ¿UN DESAFÍO AL NUEVO ORDEN MUNDIAL?

Eva Forest

9. ATRAPADOS EN LA RED MEDIÁTICA. Orientación en la diversidad

Harry Pross y Vicente Romano

10. LAS ESTRATEGIAS DEL IMPERIO.

Los EEUU y América Latina

James Petras

11. MONOPOLY.

La OTAN a la conquista del mundo

Michel Collon

12. LO QUE YO HE VISTO EN LA PRISIÓN DE LA SANTÉ

Véronique Vasseur

13. EL EJIDO, TIERRA SIN LEY

Foro Cívico Europeo-Comité Europeo de Defensa de los Refugiados e Inmigrantes

14. ENTRE LAS URNAS Y LA CALLE.

Ensayos para una dialéctica de nuestro tiempo

James Petras

15. EL INSTINTO DE PLATEA EN LA SOCIEDAD DEL ESPECTÁCULO

Alfredo Correia Soeiro

16. ECOLOGÍA DE LA COMUNICACIÓN

Vicente Romano

17. MIRANDO A VENEZUELA

Coord. Pascual Serrano. Varios autores

18. CUBA 2005

Alfonso Sastre, Carlos Fernández Liria, Santiago Alba Rico, Carlo Frabetti, John Brown, Belén Gopegui

Una de las enseñanzas ideológicas más persistentes en los Estados Unidos es que nuestra sociedad está especialmente libre de enseñanzas ideológicas. La ideología es algo importado de tierras extrañas o que han introducido en nuestros hogares grupos supuestamente siniestros, como la “ideología comunista”. Sin embargo a los americanos se nos adoctrina sobre ciertos preceptos, como el patriotismo, el hombre rico hecho a sí mismo y la viabilidad rentable del mercado libre. También recibimos nociones sobre raza, clase y relaciones de género y sobre la distribución democrática del poder en nuestra sociedad pluralista. Mi opinión es que la mayoría de estas creencias son en sí mismas ideológicas. Sin embargo circulan ampliamente, permanecen libres de cualquier examen crítico y se considera que representan el orden natural de las cosas.

La cultura es cualquier cosa menos neutral. Es algo más que nuestra herencia común, que el aglutinador social de nuestra sociedad. El pensador político del siglo XVIII, Edmund Burke, se refería a ella como el vínculo imponderable de consenso que mantiene unida a la sociedad. Pero la cultura además de ser un campo de consenso también lo es de conflicto. Mientras que algunos de sus atributos los comparten prácticamente todos los miembros de la sociedad, en otros no ocurre así. Muchas costumbres operan en beneficio de algunas personas en particular y en perjuicio de otras. En otras palabras, la cultura frecuentemente es algo que envuelve privilegios y desigualdades.

